

CELIA SANTOS

MÁS RÁPIDA

QUE

LA VIDA



**B**

# Más rápida que la vida

CELIA SANTOS



SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Que nada nos defina. Que nada nos sujete. Que sea la libertad  
nuestra propia sustancia.

SIMONE DE BEAUVOIR

Metió la enorme llave en la cerradura y empujó, como el que espera una misiva y rompe el sobre con descuido. Apenas tres empujones y la puerta cedió.

La oscuridad salió en busca de la ansiada luz, ausente durante décadas. Las motas de polvo se precipitaron hacia el torrente de claridad, chisporroteando incontroladas.

Allí estaba, cubierto por una lona. El polvo y alguna pluma velaban su testimonio para así evitar que escapase y se desvaneciese en la bruma del tiempo. Dio una vuelta completa al vehículo antes de retirar la tela. Su mano izquierda sujetaba las solapas de su abrigo. Tras más de veinticinco años en aquel país, aún no se había acostumbrado a la humedad. Con la mano libre alzó la lona y la apartó con determinación. Un vuelo casi perfecto que levantó una estela polvorienta, como la que solía dejar a su paso cuando retaba a la velocidad por los caminos de media Europa.

Candela cerró los ojos y agitó la mano para evitar que le entrase el polvo. El viejo coche de carreras De Dion se mostró como un espíritu invocado por la melancolía. La pintura verde, entonces brillante, lucía ahora ajada y de una tonalidad gris acorde con el olvido. Los neumáticos habían perdido el aliento y el parabrisas la miraba casi ciego.

Aquel viejo trasto era lo único que ella le había dejado en herencia. No se quejaba, muy al contrario, sentía un orgullo conmovedor. Avanzó unos pasos mientras acariciaba la deslucida carrocería con la yema de su dedo corazón. Cuando llegó a la puerta derecha, se detuvo. Dudó un instante antes de abrirla. Remangándose la falda, subió y se acomodó en el asiento del conductor. No lo hacía desde aquellos días en que su amiga le enseñó a conducir. Sonrió ante la invasión del recuerdo... Deseó que el pasado que rezumaba por cada tuerca, por cada pedazo de chapa, por cada costura de la piel de los asientos se tornase presente; convertir aquel viejo De Dion en la máquina del tiempo de su viejo amigo el escritor.

Al deslizar la mano derecha bajo el asiento, localizó el pequeño cajón donde Dorothy guardaba siempre sus herramientas. El cierre cedió con facilidad. Movié la mano como un sabueso hasta que topó con lo que esperaba encontrar. Sonrió. Sabía perfectamente de qué objeto se trataba. Lo apretó con fuerza, con miedo de que el pasado se desvaneciera. Antes de examinarlo cerró los ojos y suspiró. La vieja polvera de plata, labrada con motivos florales, había perdido el brillo de antaño, las vetas del orfebre lucían ennegrecidas y le dispensaban una belleza madura y reposada. Se sintió como un arqueólogo a punto de abrir el sarcófago de un milenarío faraón, temerosa de destapar tantos recuerdos. Con un leve pellizco, el espejito se abrió. Miró a través de él y entonces, sin necesidad de artilugios modernos, viajó a aquel pasado. El suyo, el de Dorothy...

Con una nitidez mágica, vio reflejada su figura: la chica más rápida del mundo.

La primera vez que Dorothy vio un coche fue con ocho años, en la residencia de la familia Levitt, en Hackney. Tomaba el té con su hermana Elsie mientras el aburrimiento se merendaba la tarde. Dorothy observaba dos escarabajos que parecían competir en una carrera hasta las migas de pastel que ella había dejado a unos centímetros. Apostaba mentalmente cuál de los dos llegaría primero para hacerse con el premio. Elsie bordaba hastiada, con la mente en el imaginario que suelen visitar las adolescentes.

Un rumor ronco, tenue al principio, rompió la quietud. Aunque inusual, las niñas adivinaron de dónde procedía. Se asomaron a la ventana y se sonrieron. En ese instante, el señor Lowenbrown apareció frente a ellas en su flamante Mercedes Benz. El socio de su padre, un joven y guapo emprendedor que se encargaba de los negocios de la empresa de Jacob en el extranjero, los visitaba con frecuencia y ya les había anunciado su decisión de adquirir uno de aquellos modernos vehículos a motor. Una locura, había afirmado Jacob convencido, una moda que no durará.

La pequeña Dothy contemplaba el coche fascinada: no había caballos que tirasen de él ni un cochero en el pescante. Imaginó un par de corceles invisibles arrastrando la magnífica máquina.

Elsie se incorporó y se atusó el pelo y el vestido. Su interés en el socio de su padre rozaba los límites del decoro para una señorita de su edad y condición. Dorothy dejó caer su emparedado sobre la taza de té, salpicando el elegante mantel de hilo que su hermana había bordado. El interés de la pequeña iba por otros derroteros. Se moría de ganas de ver aquel carruaje extraño.

El hombre bajó del coche y fue directo hacia Elsie para dejarse agasajar. Ella le ofreció una taza de té que él rechazó; prefería saborear la tierna belleza de la juventud recién estrenada que ella disfrutaba con fingida timidez.

Al ver la puerta del vehículo abierta, Dorothy se coló y trepó por el asiento del conductor hasta quedar frente al volante. Lo giró y los neumáticos chirriaron al roce con la tierra. Su hermana aprovechó la travesura para alardear de su madurez y mostrarse como una mujer responsable.

—¡Dothy, baja de ahí, eso no es un juguete!

Pero la pequeña la ignoró como se ignora a las hermanas mayores cuando pretenden usurpar la autoridad en ausencia de la figura materna. Se deslizó por el cuero del asiento e intentó alcanzar los pedales con los pies. Sus ojos curiosos y sus manos menudas exploraron aquel artilugio mecánico que la fascinó al instante. Palancas, indicadores, mandos... todo era nuevo, excitante, seductor.

Lowenbrown la miraba divertido. Elsie sintió un ramalazo de celos al ver relegado su cortejo por la mocosa de su hermana pequeña. El señor Lowenbrown se acercó a Dorothy y la invitó a bajar. Ella accedió obediente pero ansiosa.

—¿Quieres ver el motor? —le preguntó sabiendo la respuesta. Ella abrió los ojos, no hizo falta que dijera nada. Lowenbrown abrió el capó y le mostró el interior—. Mira, esto es el motor y esta pieza de aquí, el pistón. Ahí se produce la explosión que hace que se mueva. Y esta estructura es la que se acciona cuando pisas el pedal que has visto dentro.

Dorothy estaba entusiasmada. Era su primera clase de conducción. No lo sabía, pero aquellas enseñanzas serían vitales en el futuro, en su carrera y en su vida. Volvió a entrar y fingió conducir. Miraba hacia atrás, como si otro vehículo la siguiese.

—¿Y cómo sabes si viene otro coche por detrás? —preguntó.

A Lowenbrown le enterneció su inocencia.

—Lo importante no es lo que hay detrás, sino lo que tienes delante, tu destino, la meta, el objetivo. No debes perder de vista el horizonte.

Dorothy asintió no del todo satisfecha. Quiso creer que tan importante era lo que te perseguía como lo que intentabas alcanzar. Pero no hizo más preguntas. El hombre volvió a su galanteo a Elsie, que aguardaba con resquemor y anhelo. La niña permaneció dentro del coche, algo que alimentaba su alma y su corazón; se acababa de determinar su futuro.

Los vehículos recién llegados se alineaban en el gran salón, colocados de forma estratégica para atraer la atención de los visitantes. Algunos vendedores abrían capós para mostrar las virtudes de los motores. Otros los ponían en marcha para que los posibles compradores se deleitasen con su ronroneo.

A sus diecinueve años, los conocimientos de Dorothy eran suficientes como para apreciar la moderna tecnología que se exponía en la feria anual de Napier. Observaba cautivada cada uno de los modelos y estudiaba la evolución de los viejos motores de vapor, ahora de carburación. Algunos incluso de un cilindro. Sujetaba su sombrero con elegancia y sumergía la cabeza en los entresijos, como un estudiante de medicina que acude a una disección. La imagen de una joven refinada y aparentemente distinguida analizando carburadores y neumáticos resultaba chocante, inusual, por no decir provocadora.

La exposición estaba siendo un éxito y Selwyn Edge esperaba que las visitas se materializasen en dinero que llenase su caja de caudales. Observaba desde un extremo a la multitud que serpenteaba entre los coches, parecían hormigas alrededor de granos de azúcar. Era difícil resistirse a probar —y desear— una de aquellas máquinas. Prescindir de la dependencia animal, limitada e incómoda, era el principal aliciente para decidirse a adquirir cualquiera de los modelos. De repente, entre tanto hombre, Edge se fijó en Dorothy. Lanzó al suelo con descaro el pitillo que estaba fumando y lo apagó de un pisotón. Quería conocer a esa chica. Se abrochó el botón de la chaqueta, se atusó el pelo y el poblado bigote, y con una mano en el bolsillo y aire petulante, se dirigió hacia ella.

Dorothy estaba con la cabeza hundida en el engranaje, admirando el motor del De Dion-Bouton de ocho caballos. Era evidente que no quería perder detalle. Edge se puso a su lado, tan cerca que le resultó cómico que ella no se percatase de su presencia. Solo cuando se giró para continuar con su examen advirtió la figura que estaba casi pegada a ella. Dio un respingo que hizo tambalear su sombrero. Ante ella, un rostro firme, anguloso, de mandíbula ancha y labios cóncavos que la miraba fijamente. Tenía unos pómulos exagerados y las cejas juntas, ojos neutros y sonrisa irreal. De hechuras hercúleas, aunque no exageradas, le daba a su traje hecho a medida la agilidad de quien sabe, o quiere, moverse seguro por la vida. El hombre gozaba de un atractivo indescriptible, oculto, casi etéreo. Difícil de localizar a primera vista.

—Discúlpeme —se excusó Dorothy de forma fingida y se retiró ligeramente ruborizada.

Él respetó la distancia entre ambos y se acodó en la carrocería del vehículo.

—¿Le gusta este modelo? Seguramente su marido desearía probarlo.

Aquel comentario iba cargado de segundas intenciones. No le gustaba moverse por terreno pantanoso, prefería caminar sobre seguro, o al menos tener algo a lo que agarrarse en caso de patinar.

—No, no. Solo estaba mirando.

—Normalmente las mujeres se aburren cuando acompañan a sus maridos a sitios como este. Pero usted parece realmente interesada. —El pez no había picado a la primera. Tenía que lanzar otro anzuelo.

—¿Le extraña que una mujer se interese por la automoción? —replicó ella algo ofendida.

—Digamos que estoy... sorprendido —dijo él desafiante—. Es la primera vez que veo a una mujer cautivada por unos cuantos hierros.

—Pues debería saber que hay mujeres que conducen sus propios coches, incluso han participado en competiciones. Pero imagino que no sabe quién es Camille du Gast, o la baronesa Van Zuylen, señor... —Hizo una pausa para que él se presentara.

—Edge, Selwyn Edge. Soy el propietario. —Y alargó la mano esperando la suya.

—Dorothy Levitt. —Él se dispuso a besarle la mano, pero ella se limitó a estrechársela.

—Discúlpeme, tengo la impresión de estar hablando con una experta. —Su tono traslucía burla.

—Dos cilindros, ocho caballos, resistente pero suave al manejo, quiero suponer.

Dorothy conocía casi todas las marcas de coches que se comercializaban en ese momento en Europa, Mercedes, Triumph, Peugeot, Panhard, Napier..., aunque hasta entonces no había tenido oportunidad de verlos en vivo. Y mucho menos de conducirlos. Selwyn se sorprendió de la erudición de la joven. Aun así, no se dejó amedrentar.

—¿Le gustaría probarlo? Me atrevería a afirmar que sabría apreciar todas las cualidades que esta maravilla puede ofrecerle. —El desafío era más que evidente.

Dorothy sintió una emoción que le costó reprimir, pero no podía perder la compostura y los buenos modales.

—Es usted muy amable, señor Edge —le agradeció ella—. Quizá en otro momento. Ha sido un placer. —Le ofreció de nuevo su mano para despedirse.

La joven se alejó entre la multitud y él la siguió, impassible, con la mirada. Du Gast; había oído hablar de ella, pero no le había prestado mucha atención. Una loca millonaria que disfrutaba derrochando la fortuna de su difunto marido en excentricidades.

Sintió que una chispa había prendido en su cabeza. No sería fácil convencer al viejo Du Cros, aunque en lo concerniente a los negocios, nada se le resistía.

La portada del *Daily Express* mostraba la noticia, ya anunciada hacía meses, de la coronación de Eduardo VII. El cambio en el trono suponría un punto de inflexión en la historia y, sobre todo, en la sociedad. En los sentimientos de los británicos chocaban la esperanza y la desazón. Si bien el relevo auguraba cambios y la entrada en la modernidad, la mayoría de británicos no había conocido más monarca que la reina Victoria y eso generaba cierta inquietud.

Selwyn Edge se coló en el despacho de su socio, Harvey du Cros, sin avisar. Este dejó caer el periódico sobre la mesa para prestar al australiano la atención que reclamaba.

Cuando tres años antes Selwyn le había propuesto comercializar los vehículos Panhard, el viejo Harvey, un auténtico caballero británico, fiel al honor y a la palabra dada, no imaginó que su socio resultaría ser un ambicioso mercader. Le sacaba de quicio su actitud, su prepotencia, su suficiencia y esa elegancia artificial, adquirida con premura para introducirse en los círculos de poder y dinero. La distinción y el empaque no se compraban, se nacía con ellos, pero era preciso cultivarlos. Y aunque él mismo no era noble, sus orígenes galos y su educación contrarrestaban la ausencia de sangre azul.

—El eterno príncipe al fin sentirá sobre su cabeza el peso de la corona —ironizó Selwyn, que había visto la portada de refilón.

Harvey du Cros negó resignado. Comentarios como aquel reafirmaban su opinión. A veces se preguntaba por qué había tenido que asociarse con un ser tan alejado de su moralidad y sus principios. Pero Selwyn tenía olfato para los negocios y conocía bien el producto. Además, no era mal piloto, una ventaja a la hora de promocionar la marca. La empresa que habían montado juntos había obtenido ganancias el primer año. Eso, para las reducidas arcas de Du Cros, cuyos negocios en Dunlop no iban todo lo bien que desearía, era un buen motivo para aguantar el desdén y los malos modales de Edge.

—Los tiempos cambian, muy a pesar nuestro —aseguró mientras doblaba el periódico. No respondió a las provocaciones veladas de Edge. Sabía que, si entraban en temas políticos, alguno de los dos saldría escaldado. Tenían una especie de acuerdo tácito por el cual las alusiones políticas eran las justas y necesarias. Se limitó a mirarlo, expectante ante la noticia o idea que, adivinaba, traía con él.

—Tengo buenas noticias, mi querido irlandés. —Selwyn apoyó ambas manos sobre la mesa y

habló a menos de dos palmos de la cara de Du Cros—. Vamos a ganar tanto dinero que no sabrás qué hacer con él.

Harvey abrió los ojos en señal de pregunta. Esperaba cualquier cosa de aquel individuo descarado y temerario.

—Bueno, es una gran noticia, no cabe duda, pero mucho me temo que detrás de semejante afirmación se esconde alguna maniobra que no me va a gustar. —Du Cros sabía perfectamente que cualquier negociación con Edge venía precedida de desacuerdos y, en ocasiones, de duras discusiones. Aun así, se quedó en silencio esperando el resto de la explicación.

—¿Cuáles son los productos que más se venden? —le preguntó Selwyn de forma retórica mientras se paseaba por el despacho. No le dejó responder—: Los necesarios y los fáciles de usar.

—Pues mucho me temo, querido amigo, que nuestro producto no posee ninguna de esas cualidades —replicó Du Cros, casi triunfante al conseguir rebatirle una propuesta—. Un coche no es ni fácil de usar ni necesario.

—No, no lo es... de momento. —Edge le dio la razón—. Pero nosotros crearemos esa necesidad y después, demostraremos que es fácil de manejar.

Selwyn parecía haberse aprendido el discurso de memoria para exponérselo a su socio. Como si conociera de antemano sus reacciones, le rebatía con argumentos que obligaban a Du Cros a seguir escuchando.

—Podemos doblar las ventas en apenas un año —prosiguió—. En estos momentos solo la mitad de los clientes potenciales están comprando vehículos y la mayoría lo hacen por capricho o por diversión.

—Sí, tú mismo, por ejemplo —continuó Du Cros—. Compites para mostrar nuestros vehículos a los posibles compradores, pero también lo haces por placer, por la emoción y, por qué no decirlo, por el lujo y por lo que supone hoy en día poseer un coche. Además —añadió—, ¿quién más podría permitirse gastar quinientas libras en un coche? La clase trabajadora no, desde luego. Los coches son un capricho, juguetes para esos *gentlemen drivers* a los que no les importa quemar parte de su fortuna en los motores de nuestras máquinas —ironizó.

—Hemos mejorado el Panhard y el De Dion, ahora son más manejables, más suaves, más fáciles de conducir... —Hizo una pausa antes de soltar el disparo final—. Hasta una mujer podría hacerlo.

Su socio se burló con una carcajada atropellada. ¡Una mujer! Intentó imaginarse a su esposa Annie, una oronda señora que apenas conseguía moverse dentro de su propia casa, acomodada en el minúsculo asiento de un vehículo y conduciendo por las calles de Londres. Apartó esa imagen cómica de su cabeza. Miró a Selwyn, que permanecía con los ojos clavados en él. Ni siquiera se

había inmutado ante la burla. La sonrisa se borró de la cara de Harvey. Algo le decía que aquella propuesta estaba más que meditada y que no era una frase soltada al azar.

—Imagínate —insistió Edge—. Mujeres que quieren ser un poco más independientes, moverse y viajar con libertad. Un nuevo rey ansioso por aportar modernidad y tecnología a sus dominios. Y el movimiento de liberación femenino... Es una apuesta segura.

En ese punto Du Cros no pudo contener su enfado. Él, un conservador declarado, en política y en convicciones... No iba a permitir semejante disparate. Movimiento de liberación femenino, ¡hasta ahí podíamos llegar! Algunos grupos de apoyo a la liberación de la mujer ya habían causado más de un problema. Incluso se rumoreaba que se estaban creando asociaciones para pedir el voto femenino. Harvey du Cros no iba a permitir que la empresa que él representaba y en la que había invertido la mayor parte de su fortuna colaborase para que una panda de desequilibradas pudiera alterar el orden que llevaba siglos impuesto en Gran Bretaña y en el mundo.

—Definitivamente, te has vuelto loco —afirmó cogiendo de nuevo el diario para continuar con su lectura, como si quisiera obviar aquella propuesta tan descabellada.

Edge lo detuvo, interceptando el periódico.

—Harvey, Harvey... Escucha, podemos sacar provecho de la adversidad —insistió Edge, que no se rendía. Acercó una silla al escritorio y se sentó enfrente—. Olvida por un momento tus prejuicios. O mejor, enfócalos de otra manera: ¿qué es lo que quieren todas esas mujeres, las emancipadas, las feministas o como quiera que se hagan llamar? —Du Cros arqueó las cejas y esperó la respuesta de Edge—. Quieren ser como los hombres, hacer las mismas cosas que nosotros, entre ellas, conducir sus propios vehículos. Si se lo permitimos, las tendremos de nuestro lado. Después será mucho más fácil convencerlas de lo que nosotros queramos. Y en ese proceso, Napier saldrá beneficiado. Todos ganamos.

Selwyn Edge sabía muy bien que para convencer a Du Cros debía exponer sus argumentos con mucho tacto, elegir el camino menos espinoso, la senda más tranquila. Tenía que reforzar su razonamiento y tocar su punto débil: el dinero. Pero también sabía que era un hombre orgulloso y de férreos principios. No podía dejar ni un hilo suelto. Por su expresión, supo que iba por buen camino.

—¿Me estás diciendo que la libertad de la mujer será beneficiosa para mí? —preguntó receloso.

—No, no exactamente —corrigió Edge. Tenía que darle una de cal y otra de arena—. Pero, a veces, para cazar un ratón hay que usar un cebo succulento, apetecible.

Harvey du Cros suspiró su rendición. Arqueó de nuevo las cejas y se acarició el bigote. Edge sabía que solo faltaba el toque final para conseguir llevar a cabo su plan.

—Digamos, solo como suposición, que considero tu propuesta —añadió al fin—. ¿Cuál es tu

plan?

—Una carrera —soltó como una bomba, un estallido que retumbó en la cabeza de su socio. Antes de que este protestara y soltara algún impropio, prosiguió—: En Francia ya se está haciendo. Camille du Gast ha participado en alguna, y con bastantes buenos resultados, por cierto.

—Comprendo, pero, ¿y si resulta que las mujeres no están capacitadas para manejar un coche? En su naturaleza no está la competición, ni la mecánica, ni siquiera la velocidad —rebatía de nuevo Du Cros.

—No te preocupes, amigo, tengo a la persona perfecta. —Miró por la ventana que daba a las oficinas generales donde un par de secretarias tecleaban en sus pesadas máquinas de escribir y hacían anotaciones en sus cuadernos. Detuvo la vista en Dorothy, que intentaba alcanzar un archivo en uno de los estantes más altos.

Edge había contactado con ella pocos días después de su encuentro en la exposición y le había ofrecido un trabajo como secretaria en Napier. No pudo negarse. La idea de estar rodeada de coches pudo más que sus reticencias iniciales.

—Me lo temía —se lamentó Du Cros—. Esto no es por las ventas, ¿verdad? Muy propio de ti.

Sabía la debilidad que Edge sentía por las mujeres jóvenes y bonitas y no había puesto ninguna objeción a la incorporación de una nueva secretaria a la empresa; él nunca se encargaba de la contratación de los empleados. Pero había notado el interés desmedido de su socio por aquella joven; incluso sospechaba que entre ellos la relación iba más allá de lo laboral. Ahora lo veía claro.

—Es lista, Harvey. Aprende más rápido que ninguna de las que hayan pasado por aquí. Ama los coches; en apenas tres meses ya los conoce todos de arriba abajo, cada tuerca, cada pieza, cada movimiento. Ni siquiera yo sería capaz de describir uno de nuestros motores con la precisión con que ella lo hace.

Du Cros se rindió. Guardó sus lentes y se levantó dispuesto a marcharse. Era su forma de aprobar aquel disparate. No estaba en absoluto convencido, pero aun así accedió.

—Espero no equivocarme con esto —advirtió desconfiado.

Edge lo despidió con una de sus sonrisas frías. Le gustaba apostar y sabía que tenía la mejor jugada.

Dorothy se sobresaltó al sentir una mano en la cintura. Dio un brinco y uno de los archivos que intentaba alcanzar le dio de lleno en la cabeza. Selwyn logró cazar otro al vuelo. Lo dejó en su sitio sin soltar a su presa. Ella bajó la mirada, ligeramente ruborizada. Aunque había decidido ser una mujer liberada e independiente que vivía sola en una bonita casa de Marylebone, no dejaba de ser una chiquilla de apenas veinte años impresionable y enamoradiza. A Edge le bastaron una cena y dos paseos en el De Dion de ocho caballos para que ella sucumbiera como una mariposa a la luz.

Él la rodeó con sus brazos, ella se zafó sin mucho esfuerzo. Estaban solos. Anna, su compañera, una mujer de casi cincuenta años que había empezado a trabajar allí por recomendación de Du Cros, había salido a enviar la correspondencia. Dorothy se sentía incómoda con las muestras de cariño de su jefe en el lugar de trabajo, aunque nadie pudiera verles.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo mientras intentaba besarla. Ella apartó la cara y esperó la noticia. Él acercó de nuevo sus labios, esperando un beso a cambio de la información. Ella accedió. No sabía cómo aquel hombre la había seducido sin ella darse cuenta. Edge permaneció callado.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó impaciente Dorothy, deshaciendo el nudo que había formado él con sus brazos.

—El jueves llega el nuevo Gladiator —dijo él casi con indiferencia.

—¿El dieciséis caballos? —Sus ojos azules brillaron como dos faros.

Él asintió con un leve gesto y una sonrisa pícaro.

—Me gustaría que lo vieras y... —estiró la pausa para impacientarla; Dorothy lo apremiaba a continuar con la mirada— he pensado que quizá te gustaría conducirlo.

A Dorothy se le atragantó la emoción. Cuando al fin pudo respirar, se abrazó a su cuello, sin importarle que su compañera pudiera entrar y los sorprendiera en un acto tan indecoroso. De pronto, su ánimo se calmó y su sonrisa empezó a desdibujarse.

—Pero, Selwyn, no sé conducir —se lamentó—. Quizá antes debería...

—No te preocupes —la interrumpió—, ya he pensado en eso. Eres lista y aprenderás rápido.

Dorothy no cabía en sí de gozo. Conducir... Había sido el sueño de su vida desde aquel día en la casa familiar de Hackney. Quiso abrazarlo de nuevo, pero en ese momento entró Anna, que

volvía de realizar sus gestiones. Se contuvo a duras penas. Él saludó a Anna y se despidió de ambas.

—Buenos días, señoritas. Señorita Levitt, no olvide que el jueves llega el nuevo modelo. La necesito conmigo cuando lo traigan —añadió con fingido tono serio.

—No se preocupe, señor Edge. Estaré allí a primera hora.

Cuando Selwyn salió por la puerta, Dorothy comenzó a dar saltos de alegría. Anna la miraba como si estuviera loca de remate. La joven se acercó aún alterada a su compañera.

—¡Anna, no te lo vas a creer! ¡Voy a conducir! —Estaba excitada. Su compañera seguía mirándola con gesto circunspecto. No entendía a qué se debía aquel alboroto.

Dorothy hizo caso omiso al desdén de su compañera y siguió trabajando con el ánimo alterado y un optimismo desbordante.

«Un coche», se decía, «voy a conducir un coche». Y empezó a aporrear la máquina de escribir repitiendo aquella frase como un mantra con cada pulsación de las teclas: «Voy a conducir un coche».

Ilusión, fuerza, energía, valor y conocimiento. Dorothy tenía casi todo lo necesario para convertirse en piloto. Todo, menos un pequeño detalle: nunca había conducido un vehículo; pero estaba a punto de solucionar ese pequeño detalle. Selwyn la acompañaba mientras atravesaban el patio del concesionario hacia la entrada del enorme garaje que custodiaba los vehículos recién salidos de la factoría.

—Ya verás, querida, con unas pocas clases te convertirás en una excelente piloto. Conoces los coches mejor incluso que yo —bromeó Edge. Caminaba a su lado a través de la explanada y le rozó levemente la cintura. Ella se estremeció con la caricia, lo que incrementó sus nervios.

Dorothy se debatía entre la emoción y el temor. Había estudiado cada uno de los motores Napier, desde el primer Panhard de motor vertical hasta aquel dieciséis caballos que Edge había ordenado preparar para ella. Ya no se trataba de un objeto de estudio o admiración, una máquina exánime, un deleite visual. Ahora debía entrar en el alma del espectro mecánico que hasta ese momento simplemente deambulaba por las estancias desoladas de su ilusión. Tenía el compromiso de convertirse en el corazón, la sangre, el aliento y los latidos de aquella máquina inanimada. En la chispa que, como en la novela de Mary Shelley, activaría el cuerpo sin vida, aunque en su caso de metal, del monstruo automático. Ojalá, pensó, ella también fuera capaz de enseñarle a amar.

—Aquí lo tienes —exclamó Edge extendiendo su mano por una superficie invisible que apuntaba a la flamante carrocería verde.

Ella lo contempló asombrada. Un hondo suspiro mantuvo sus párpados abiertos unos segundos más de lo normal. La voz de su mentor la sacó de su concentración:

—Mohinder te enseñará los conceptos básicos de manejo, pero recuerda que tú dominas la máquina, no ella a ti.

Antes de que pudiera responder, él se despidió con un toque en su mentón que denotaba más dominio y prepotencia que complicidad o cariño. A ella la violentó aquella demostración de supremacía y seguridad. Quiso replicarle con una mirada reprobatoria, pero él ya deshacía el camino a las oficinas, donde se cocinaban aquellas recetas, secretas y misteriosas, que daban como resultado la admiración del público, sobre todo de la alta sociedad, y unas ventas considerables. Lo que Dorothy ignoraba es que ella era el ingrediente principal del plato fuerte de la temporada.

—Señorita, señorita... —La voz de su instructor a su espalda estampó sus pensamientos contra

el suelo. Se volvió, aún aturdida, tratando de recomponer la realidad.

—Perdone, estaba distraída —se disculpó mientras intentaba localizar al emisor de aquella voz serena y esponjosa.

Sus manos aún atusaban el sombrero cuando chocó con el abismo de sus ojos. Un espasmo perturbador agitó su compostura. ¿Qué era aquel magnetismo? No podía dejar de mirar aquel rostro amable, desconocido, imantado. La complacencia de la servidumbre, pensó recurriendo a la racionalidad. Aunque no era el modo de mirarla ni su sonrisa afable lo que la inquietaba. Era el escalofrío que transitaba por su espalda, que la hacía sentir rara y cómoda a un tiempo. Se sacudió de encima aquella sensación. Lo importante era el coche que, en breves instantes, manejaría. Su sueño de infancia estaba a punto de cumplirse.

—... por eso no puede estar distraída. —Fue la frase que la devolvió al mundo de los mortales.

—No, no, por supuesto. —Dorothy asintió no supo muy bien a qué. Supuso, esforzándose en enlazar sus últimos comentarios, que se refería a su distracción—. Soy la señorita...

—Levitt —apuntó él sin dejarle acabar la frase—. El señor Edge me ha hablado mucho de usted.

Aún con la mano en el aire, pudo observarlo con más detenimiento. Su nombre y su vestimenta indicaban que era de origen hindú. El colonialismo había provocado movimientos migratorios —deseados o no— entre el imperio de oriente y Gran Bretaña. Una kurta blanca y unos pantalones del mismo color componían su indumentaria. Un turbante, también blanco, envolvía su cabeza. Se notaba que quería causar buena impresión. Era el encargado de enseñar a conducir a la que sería la estrella de la temporada. Toda una responsabilidad. Estaba en juego no solo el prestigio de la marca, sino también su propio empleo.

—Mi nombre es Mohinder y estoy aquí para servirla —afirmó solícito realizando una leve inclinación con el tronco.

La inquietud regresó cabalgando en una sonrisa hospitalaria y melosa. Dorothy evitó mirar aquellos dientes níveos que contrastaban con su piel cobriza. Pero su mente buscaría de nuevo su rostro, más de lo que ella estaría dispuesta a aceptar.

Las dos copas tintinearón con el roce; las burbujas doradas, teñidas por la luz áurea de las lámparas, ascendían por el champán y se derramaban al llegar a la superficie.

—Por ti, querida, y por tus futuros triunfos. —Camille hizo chocar sus copas y dio un largo trago.

—No creo merecer tal honor, al menos aún no —dijo Dorothy tímida, casi ruborizada. Estaba tan emocionada por conocer a su heroína que apenas había probado bocado durante la cena. Llevaba tres meses en Francia y una de sus prioridades, aparte de su formación, había sido conocer a la leyenda, a la valquiria del motor, Camille du Gast. Lo sabía todo sobre ella: sus logros, sus competiciones, incluso sus excentricidades, como aquella de lanzarse en paracaídas desde un globo aerostático. Aunque para Dorothy, más que rarezas de una loca, eran victorias, aventuras envidiables que le hubiera gustado protagonizar.

Les Deux Magots formaba parte de la ruta de locales que Camille visitaba para evitar los compromisos sociales. Si algo le molestaba especialmente era tener que saludar a conocidos cuando salía a cenar o a la ópera. El local le ofrecía la discreción necesaria para relajarse y disfrutar de una velada agradable sin interrupciones indeseadas. A ella le gustaba observar, disfrutar del trajín de la cafetería. Un sitio elegante pero no pomposo.

Por eso había elegido precisamente aquel local. Tenía ganas de conocer a aquella inglesita osada que intentaba imitar sus logros al otro lado del canal. Fue a través de Maurice, el hijo de Adolphe Clément, dueño de la Clément-Bayard, como contactó con ella. Edge y Du Cros habían acordado, pese a las reticencias de este último, enviarla a Francia para que aprendiese todo el proceso de fabricación y manejo de los automóviles que ellos comercializaban en Londres. Dorothy fue la gran apuesta para el lanzamiento definitivo de su empresa. Suponía una gran inversión, pero Selwyn Edge estaba convencido de que sería un éxito. Su olfato para los negocios nunca había fallado. Aquella estancia en las instalaciones Clément-Bayard, cerca de París, era el colofón formativo para su futura carrera como deportista destinada a hacer historia.

—Debo reconocer, querida, que tenía curiosidad por conocerte —admitió Camille.

—Para mí es todo un privilegio poder compartir con usted esta velada, señora Du Gast. — Dorothy estaba tan emocionada que tuvo que sujetar la copa de champán con las dos manos para evitar que temblase.

—Deja la cortesía para las grandes recepciones, querida. Aquí somos simplemente Camille y

Dorothy, dos incipientes amigas.

El comentario y el guiño de su ojo izquierdo relajaron un poco a la muchacha. Todo aquello, la entrada en Napier, su estancia en Francia, la posibilidad de conducir los coches más modernos, Camille..., conformaba un sueño que empezaba a hacerse realidad. Deseos casi secretos que la acompañaron en su infancia y que se transformaron en ambición durante la adolescencia.

—Y bien, cuéntame, ¿cómo te va con el viejo Adolphe? —Camille retomó la conversación, o más bien la encauzó hacia el tema que les interesaba a ambas.

—Todo es tan increíble que a veces temo despertar y que haya sido un sueño —confesó Dorothy casi estremecida—. Las jornadas son agotadoras, pero cuando me acuesto por la noche, lo hago con tanta satisfacción que a veces me cuesta conciliar el sueño —rio.

La mujer la miraba con gesto maternal, como si fuese su propia hija; la que tenía, desgraciadamente, no tenía el entusiasmo y la empatía de aquella joven por la que sentía una fascinación que intentaba no dejar al descubierto. Se hizo un breve silencio que se alargó cuando el camarero se acercó y les sirvió el *filet mignon* que Camille había sugerido.

—El cocinero es un genio, el mejor de todo París —aseguró casi en un susurro—. Pero no lo digas por ahí o esto se llenará de caballeros estirados y damas envueltas en plumas y apestando a perfume. —Las dos rieron y dieron buena cuenta del plato, que a Dorothy le pareció delicioso.

Los nervios iniciales habían desaparecido y ahora disfrutaban de la comida, el ambiente y la simple compañía mutua.

—¿Edge es buen mentor? —Dorothy no esperaba que Camille se interesase por él.

—¡Claro! Es un hombre brillante, una bestia para los negocios. Le debo mucho y le estaré siempre agradecida.

—¿Eso crees? ¿Que estás en deuda con él? —La experiencia y la edad hablaban a través de la intuición de la francesa. No tuvo dudas en suponer que entre Dorothy y Edge había una relación al margen de las carreras y la automoción. Sin darle tiempo a responder, continuó—: Piensa en todo lo que le has dado, en lo profesional y en lo personal. Dinero, que te aseguro que será mucho, notoriedad, éxito. Tú, sin embargo, ¿qué vas a conseguir? Sí, de acuerdo, estás a punto de cumplir tu sueño. Pero los sueños son intransferibles, no se puede poner precio a una ilusión, un anhelo, una fantasía. No te sientas en deuda. Ya le has pagado con creces. No te dejes hipnotizar por el contoneo de la serpiente que tienes frente a ti.

Dorothy se había ruborizado tanto que intentó esconder su rostro en el plato que tenía delante. Miró alrededor, evitando encontrarse con la mirada de Camille.

—¿De qué otra forma hubiera conseguido hacer lo que adoro y que, desgraciadamente, es algo exclusivo de los hombres? —La excusa no fue convincente.

—Solo el trabajo y la formación te proporcionarán el camino para ser lo que quieras —

continuó Camille—. Pero lo más importante son el convencimiento y la valentía. La fe en lo que hagas te dará el valor para afrontarlo. Debes estar preparada.

—No tengo miedo —aseguró Dorothy orgullosa—. Sé muy bien lo que quiero y haré todo lo posible para conseguir hacer lo mismo que los hombres. Tú lo has conseguido y yo también quiero hacerlo.

Camille sonrió con ternura. Ella también había sido una joven impetuosa y díscola años atrás.

—Mi querida niña —susurró la mujer—. Para empezar, el miedo es necesario. El miedo te advierte del peligro, te alerta cuando te acercas demasiado a una amenaza. Utilízalo bien y será tu mejor aliado. Porque te aseguro que vas a pasar mucho miedo. Estás a punto de entrar en un mundo hostil, un territorio salvaje y despiadado con las de nuestra especie. Serás una presa fácil, o al menos apetitosa. Todas las balas y las flechas te estarán apuntando. Y cuando cometas un error, por mínimo que sea, se abalanzarán sobre ti para darte la estocada.

Dorothy tomaba nota mental de los consejos de la francesa. Hasta sus suspiros rezumaban sabiduría. Cada frase, cada comentario suponían para la joven una lección de vida que aprendía de memoria e intentaba retener. Entendió que, de algún modo, le serían útiles en el futuro. Aunque empezaban a preocuparle la peligrosidad y hostilidad a las que, según le habían advertido, estaba a punto de enfrentarse.

—Quiero demostrar que puedo ser como ellos —dijo la chica.

—Verás, Dothy —Camille adoptó un tono aún más íntimo, si es que era posible—, ese es uno de los errores más comunes de las mujeres que, afortunadamente, luchan por sus libertades. El secreto no está en ser igual que los hombres y hacer las mismas tonterías. Lo que las mujeres debemos conseguir es tener las mismas oportunidades que ellos, poder hacer las cosas a nuestra manera. Participar del mundo, de la sociedad y de la vida, no solo engendrarla y parirla. ¿De qué sirve hacer lo mismo que ellos? ¿Acaso el mundo funciona bien con ellos al mando?

Rieron abiertamente. Dorothy veía ante ella un panorama fascinante y aterrador a la vez. Tenía delante a un hada madrina que le ofrecía una carroza, el baile, el palacio, pero que sabía que las fantasías son posibles solo porque existe la realidad. Y que las carrozas se convierten en calabazas, los castillos son de arena y los príncipes no son solo azules. Pero también era consciente de que, en esos cuentos de hadas, aparte de príncipes, había aventuras, escuderos, piratas, brujas, magos, hechiceras y alfombras voladoras.

—¿Y qué me dices de ti? —rebatía Dorothy en vano—. Tú has hecho todo lo que a las mujeres nos está prohibido. Has conducido coches, has pilotado lanchas... ¡Te has lanzado en paracaídas, por Dios bendito! Acabas de llegar de competir en la carrera París-Viena.

—Sí, y no me han dejado inscribirme en la de Nueva York a San Francisco por ser mujer —la interrumpió—. Todo eso son entretenimientos. No conseguirás la igualdad para las mujeres si crees que lo único que hace falta es divertirse como los hombres. Hay más, mucho más. La

sociedad, la vida real no son los coches de lujo. El feminismo está en las cosas pequeñas, en erradicar las injusticias del día a día con cambios mínimos que revolucionen nuestra existencia y que demuestren que es mucho más válida esta nueva manera de ver el mundo que la que se ha llevado a cabo hasta ahora. Dorothy se quedó callada. No porque le faltasen las palabras, sino porque intentaba asimilar las que acababa de regalarle aquella mujer que se acababa de convertir en su referente, no solo deportivo sino también vital. De Camille conocía su vertiente automovilística y aventurera, pero desconocía lo demás. No sabía de su pasión por los animales ni de su lucha contra las corridas de toros en España. Desconocía también su altruismo y la dedicación a mujeres y niños desvalidos y con dificultades. Se dio cuenta de que se había dejado cegar por el brillo de las carrocerías y los trofeos. Por los fuegos de artificio de una fingida libertad que no era más que un subterfugio para mantener a las mujeres más alejadas de la verdadera liberación.

Aquella lección fue más valiosa que diez años en la mejor universidad. Una lección de vida que cambió su visión de las mujeres y de su lucha. Una visión de futuro que no le parecía un espejismo, aunque sí una quimera. Fue la primera página de un ideario que, tiempo después, haría suyo con ayuda de otras mujeres que compartían la misma creencia.

La velada continuó distendida, divertida, inolvidable.

Dos semanas más tarde, Dorothy se disponía a regresar a Londres. Su formación había terminado y allí la esperaban muchos compromisos y alguna que otra sorpresa, según le había anunciado Selwyn en su última carta. Antes de salir hacia la estación, llamaron a la puerta. Un mensajero le hizo entrega de una enorme cesta en la que dormía un pequeño pomerano blanco. Dorothy sonrió y lo tomó en brazos sin dejar de hacerle carantoñas. Atada con un lazo, en el asa había una nota: «Necesitas un copiloto. Suerte. Camille». El amor de la señora Du Gast por los animales estaba presente en todo lo que hacía. Aquel regalo significaba una muestra de confianza y fe en la joven. No hubiera sido capaz de regalar un animal a alguien que no fuese de su entera confianza. Dorothy agradeció el gesto con una sonrisa. A partir de aquel momento, Dodo, como decidió llamarlo, no la abandonaría casi nunca.

Maurice la acompañó a la estación del Norte. Entre ellos hubo complicidad y entendimiento desde el principio. Apasionado de la tecnología y la velocidad, el heredero de Clément-Bayard era digno de dirigir el emporio que su padre había creado con apenas unos pocos francos.

—Hágame saber que ha llegado sin contratiempo —le rogó él antes de despedirse.

—Tranquilo, le enviaré un telegrama.

—Seguiré de cerca sus progresos y sus éxitos —dijo a modo de advertencia.

—Espero no defraudarlo —prometió ella.

La despedida fue más emotiva de lo que corresponde a un profesor y su alumna, pero a ninguno de ellos le importó. Dorothy se llevaba consigo los conocimientos y también grandes amigos, entre ellos, Maurice.

El pitido del tren anunció la inminente salida. Ella subió al vagón y esperó a que arrancara. Con su nuevo acompañante en brazos, agitó la mano mientras la locomotora se ponía en movimiento. Volvía a Londres, a su casa, pero era una Dorothy renacida a la que acababan de servir el mundo en bandeja.

—Un poco más despacio, majestad. No quisiera ser responsable del atropello de uno de sus guardias reales —incredó bromista Dorothy, pero la reina no la oyó, o fingió no hacerlo. Instantes después, acercó su cabeza ligeramente a la de su instructora:

—¿Decías algo, querida? —La sordera de la reciente reina consorte era notoria, como también lo era el hecho de que, en más de una ocasión, la utilizaba para su beneficio y para no tener que dar explicaciones sobre su comportamiento.

Dorothy negó con un gesto resignado, cómico, casi tanto como la emoción de su majestad al volante de aquel De Dion. Durante su estancia en Francia habían llegado a las oficinas de Napier decenas de cartas solicitando sus servicios para enseñar a conducir. La noticia de que una inglesa estaba formándose para ser piloto había corrido como la pólvora. Cuando una de aquellas solicitudes llegó con el membrete del palacio de Buckingham, las demás quedaron en un segundo plano. La reina Alejandra solicitaba la presencia de la señorita Levitt para que la enseñase a conducir, a ella y a sus hijas. La sorpresa para Edge fue mayúscula; incluso su socio, Harvey du Cros, dejó escapar una sonrisa de satisfacción. Las mujeres de la realeza aprenderían a conducir con una instructora de Napier. Y, evidentemente, lo harían en sus coches. La prensa se frotaría las manos y engrasaría las rotativas. El aperturismo del nuevo rey estaba resultando beneficioso en todos los sentidos; también para la prensa, sobre todo para la más sensacionalista, siempre al acecho de noticias morbosas y cotilleos con los que entretener a las clases menos acomodadas. Dorothy había aceptado encantada, aunque siempre guiada por los consejos de su mentor y amante, Selwyn Edge.

La reina Alejandra era de una sencillez y cercanía sorprendentes. Amable, cariñosa e incluso bromista.

—¿Qué diferencia entre conducir una misma y viajar en la parte de atrás! —declaró su majestad mientras giraba en una de las esquinas del palacio de Buckingham a una velocidad que obligó a Dorothy a sujetarse a la puerta. Afortunadamente, tras el giro, aminoró la marcha.

—Veo que su majestad es amante de la velocidad —atestiguó casi en un grito mientras intentaba volver a una posición cómoda que le permitiese dar las indicaciones oportunas. Esta vez la reina sí pareció oírla.

—De siempre, querida, aunque no he tenido muchas oportunidades de disfrutarlo. Cuando montaba a caballo, a veces me escapaba al campo y cabalgaba sola con Smuk, mi yegua. Mi

familia se empeñó en enseñarme la doma inglesa, pero a mí lo que me apasionaba era correr, rápida como el pensamiento. Desafiar el ritmo normal de la vida, atravesar el tedio, robarle tiempo al reloj. Esa sensación increíble de dominar el elemento al que todos estamos encadenados y que rige nuestra existencia —rememoró la reina con añoranza.

—La comprendo, majestad, yo también soy amazona y sé lo que se siente cuando caballo y humano se convierten en un centauro.

—Cuando era pequeña —continuó la reina Alejandra—, en Bernstorff, mi hermana y yo aprendimos a montar, pero también a nadar. —Dorothy la miró sorprendida. Ella afirmó con una leve inclinación de cabeza, divertida—. Nos enseñó Nancy Edberg, una gran mujer, te hubiera encantado conocerla.

—¿Echa de menos su país, majestad? —se atrevió a preguntar Dorothy, abusando de la confianza que la monarca le había dado.

—Llevo en Inglaterra desde que tenía dieciocho años, pero a veces recuerdo mis días de infancia y adolescencia en Dinamarca. —Una nube de nostalgia atravesó su memoria—. No teníamos lujos. Mi hermana y yo incluso teníamos que cocinar y recoger la mesa, arreglar nuestra propia ropa, pero éramos inmensamente felices.

Dorothy imaginó a una reina consorte de Inglaterra y a una zarina de Rusia, cargo que ocupaba su hermana, sacudiendo alfombras y cosiendo botones. El ejercicio no le resultó fácil.

—Debió de ser un gran cambio para su majestad —dijo al fin—. Al menos los ingleses salimos ganando. —El halago sorprendió a la reina y lo agradeció con una tímida sonrisa.

—A veces pienso cómo hubiera sido mi vida de no dedicarme... a lo que me dedico —bromeó—. Quizá ahora estaría haciéndote la competencia. Por eso me permito estos pequeños placeres, dosis de libertad efímera que hacen que cada noche me abandone entre las sábanas con una sonrisa. ¡Quita de en medio, por Dios bendito! —gritó la reina a un guardia despistado que cruzó ante ellas. Dorothy no daba crédito. Realmente conducir un coche hacía florecer instintos reprimidos en cada uno de nosotros. Lo estaba comprobando en su propia piel.

—Pero su majestad, el rey ha llevado a Inglaterra al siglo xx. —Dorothy intentó seguir la conversación con normalidad—. Ha permitido avances, tanto en la sociedad como en la industria y el Ejército. Es un gran cambio para todos.

—Cierto, aunque lo hace más por curiosidad que por beneficio. No tiene inconveniente en que las niñas y yo aprendamos a conducir, pero sé que nunca podré manejar un vehículo fuera de este recinto. El progreso me ha pillado demasiado mayor —se lamentó—. ¡Si mi difunta suegra me viera...! —La carcajada que soltó se escuchó mucho más que el sonido del motor—. En confianza, eso me hace sentir una ligera satisfacción, aunque sea a título póstumo.

Dorothy no supo si reír o mantener la compostura. Por mucha naturalidad que mostrase la reina,

no creía correcto bromear con los muertos, y más tratándose de una reina que había estado más de sesenta años en el trono.

Llegaron a la puerta principal del palacio. La reina Alejandra hizo chirriar los neumáticos sobre la grava, asustando a una de las doncellas. Un lacayo acudió presto para ayudarla a salir del vehículo mientras otras dos doncellas la cubrían con un chal y recogían sus guantes de cabritilla. Dorothy bajó del coche y lo rodeó para ocupar el sitio del conductor. Antes de entrar en el palacio, la reina se giró y fue hacia ella. Un simple mohín dio a entender a la servidumbre que debían permanecer apartados unos metros. Había recuperado su posición, el envoltorio de majestad la disfrazó de nuevo. Portaba el cargo con una elegancia sublime, su belleza no había disminuido un ápice, más bien había mutado en sabiduría y madurez, como solo les pasa a las mujeres inteligentes. Hasta su cojera resultaba imprescindible en el conjunto de su personalidad, atrapada en un cargo y en una vida de oro igual que un mosquito en una gota de ámbar.

Se acercó a su monitora y, antes de que esta subiera al coche, le puso la mano en el hombro:

—Eres joven y libre, sigue a tu corazón, querida. Pronto llegarán los éxitos y conseguirás lo que te propongas, estoy segura —sentenció convencida—. Pero no te dejes deslumbrar. —Se giró de nuevo y el cortejo de sirvientes se volcó en ella—. Nos vemos el próximo jueves —gritó mientras se alejaba.

Dorothy se dirigió a las cocheras mientras rumiaba las últimas palabras de la reina. De nuevo, las advertencias, los resquemores, las señales de alarma. Mohinder la esperaba para volver a las instalaciones de Napier. Al verlo le invadió una placentera emoción sosegada. Cuando estaba con él, no tenía prisa por regresar al trabajo, ni por ver a Selwyn. La impaciencia se disipaba en compañía del hindú. No se atrevía a pensar más de la cuenta. Se limitaba a disfrutar de aquel respiro emocional que le permitía vivir sin la presencia constante de su amante en la cabeza.

La hermosa sonrisa de Mohinder esperaba con un sobre en la mano. A veces se preguntaba cómo era capaz de sonreír constantemente. No recordaba haberlo visto serio o preocupado ni un instante.

—El señor Edge le envía un mensaje —anunció alargándole el sobre.

Dorothy lo rasgó sorprendida. Selwyn estaba en Francia y no volvería hasta dentro de una semana. ¿Qué podía ser tan importante? La respuesta llegó cuando leyó el telegrama: «Abril, tu primera carrera».

Un ovillo de inquietud le subió desde el estómago hasta la garganta. Miró a Mohinder y sus ojos vidriosos por la emoción lo dijeron todo. Él abrió la puerta para que subiera al coche y a continuación se acomodó en el asiento del copiloto. No preguntó, nunca lo hacía. Para él la noticia era lo de menos, lo importante era verla feliz.

El percherón negro enganchado al carruaje de lord Stilton se encabritó con el ruido del motor del De Dion de Dorothy. Los animales aún eran ajenos a la sinfonía de bielas, bujías y pistones que, poco a poco, empezaba a amenizar las calles de Londres. Hicieron falta dos cocheros más para calmar al animal. La dama oronda o engalanada en exceso que salía del tiro miró el vehículo de la joven con recelo, como quien contempla un excremento del animal que en ese instante se debatía con el sobresalto.

Dorothy ni siquiera reparó en la escena. Apagó el motor, cogió su estola de marta y se apeó. Conducir su propio vehículo ya formaba parte de su vida cotidiana. Solo en contadas ocasiones se hacía acompañar por Mohinder, que se había convertido en su escudero. La última noche de 1902 se despedía a lo grande, con un frío polar y una niebla espesa que ralentizaba hasta los movimientos. El edificio neoclásico del Royal Automobile Club iba a ser el lugar en el que los londinenses amantes del motor dijeran adiós a aquel año, ávido de cambios y heraldo del progreso.

A escasos metros de la puerta, Selwyn Edge y su esposa, Eleanor, conversaban alegres con el socio de Selwyn, Harvey du Cros. Al verla, Edge tomó a su mujer del brazo y entró en el edificio. Fue Harvey, cuya elegancia y caballerosidad le precedían, quien recibió a Dorothy y se ofreció a ser su acompañante. Le enervaba el comportamiento de su socio y sintió lástima por la chica. Así, optó por intentar que Dorothy se sintiera a gusto antes de lanzarle a Edge cualquier reproche, aunque después de tantos años le resultaba agotador tanto encubrimiento; agotador e inmoral.

Dorothy contemplaba la escena a escasa distancia. Su pecho soliviantado, no supo si por el corsé, del que cada vez prescindía con más frecuencia, o por el pundonor herido, le dio un pequeño aviso. El brazo de Du Cros le proporcionó el asidero oportuno que evitó que se desmoronase. Harvey, sabedor de los desvelos de la chica, intentó tranquilizarla. Ella lo agradeció. Sentía un gran aprecio por aquel caballero que, aunque no había tenido mucha relación con ella, siempre la trataba con respeto y aprecio. La miró preocupado, con un interrogante en el rostro. La respuesta llegó en forma de sonrisa. Una vez dentro, la música, que todo lo calma, apaciguó su desasosiego.

Los músicos americanos habían visto una brecha de mercado en el viejo continente tras la muerte de la reina Victoria. El aperturismo del nuevo monarca era permeable a todo tipo de cambios, incluidas las bandas de moda. Una orquesta de cinco músicos, vestidos de forma

impecable, con fracs blancos y cabello almidonado, amenizaba la entrada de los invitados con temas de Scott Joplin. El salón, decorado con elementos barrocos, columnas y capiteles perfectamente esmaltados, refulgía con las recién instaladas lámparas de gas cuya luz era inmensamente más intensa que la de las velas tradicionales. Los ventanales arqueados daban la bienvenida a los asistentes, invitándolos a atravesar los brillantes suelos de mármol cubiertos, en parte, por ricas alfombras. Las copas de champán, en cuyo interior quedaban atrapados pequeños destellos de la iluminación, circulaban conducidas por eficaces camareros. Las damas mostraban sus encantos, disimulados tras quilates de diamantes, esmeraldas, oro y plata. Los caballeros las enganchaban a sus brazos como complementos indispensables de su posición.

No faltaba un detalle en la fiesta que el Royal Automobile había organizado para despedir aquel 1902.

La luz, la alegría de los asistentes y la música, que para muchos resultaba algo estridente, acalló los latidos de Dorothy. Selwyn había desaparecido momentáneamente. Mejor, pensó, así sería más fácil centrarse en la cortesía y en el compromiso de saludar, conversar y socializar con unos y con otros. Iba a ser una noche importante y necesitaba toda su calma y entereza para afrontar aquel momento clave en su vida. No solo en las próximas horas, sino en los meses siguientes.

Harvey du Cros le fue presentando a todos los invitados, especialmente a los socios del club, que habían confesado una gran curiosidad por aquella joven que se había convertido en el tema de conversación dentro de los círculos automovilísticos. Aunque hacer de acompañante fue, en principio, una obligación tácita impuesta por su socio, lo cierto es que Harvey se sintió como un pavo real paseando por todo el salón del brazo de su joven empleada. Y es que tenía motivos para presumir. Si algo destacaba en Dorothy, aparte de su destreza al volante, su capacidad de aprendizaje y asimilación y su instinto de superioridad, era su natural elegancia. Dotaba de estilo cualquier prenda que vistiese, ya fuese una gabardina de trabajo, un abrigo cómodo y sin gracia o, como en aquella ocasión, un bonito vestido de seda y encaje, de escote imperio con brocados dorados sobre una falda de lamé del mismo tono.

La nueva moda, deseosa de irrumpir en el nuevo Londres, empezaba a desprenderse de los corsés y faldas abullonadas victorianas. Aquella noche, Dorothy marcó, sin pretenderlo —o sí— un nuevo estilo en la indumentaria de las mujeres de la alta sociedad. Su estancia en Francia le había servido, además de para formarse en la práctica y conocimientos automovilísticos, para renovar su vestuario y crear tendencia. Las miradas de hombres y mujeres se deslizaban por la curiosa pareja y ellos se dejaban admirar. La ligera timidez de Dorothy, algo turbada por el entorno, sus finas facciones cargadas de personalidad y su sonrisa pícaro y segura completaban el derroche de elegancia del que hacía gala.

Du Cros y ella se detuvieron ante dos hombres que charlaban ajenos a ella. Los dos caballeros

se giraron y su fascinación ante la figura de la joven fue evidente.

—¡Mi querido Du Cros! —exclamó uno de ellos, de elegante bigote largo y pelo totalmente blanco—. Qué placer volver a verlo. Para ser usted dueño de una de las mejores escuderías, no se prodiga mucho por el club.

—Ah, el trabajo, querido Wallace, que es como una esposa celosa, nunca le deja a uno ni un instante para el esparcimiento —se disculpó—. Le presento a la señorita Levitt, nuestra promesa automovilística. El señor Roger William Wallace, presidente del Royal Automobile Club —aclaró mientras paseaba la vista por todo el salón. Dorothy alargó la mano hacia el caballero. Él acercó a ella sus labios y la besó sin llegar a rozar su guante de satén.

—Un placer, señor Wallace —respondió ella—. Unas instalaciones magníficas.

—Debo confesar que me moría de ganas de conocerla —continuó—. Es usted el tema de conversación de todo Londres. Según creo, es una avezada piloto. —Ella respondió con una sonrisa cohibida que alargó al no saber qué responder—. Quiero presentarles a un amigo —añadió el hombre dirigiéndose a su acompañante, que había observado la escena en silencio, aferrado a una copa de champán—, el señor Wells, ilustre escritor, aunque algo raro para mi gusto —bromeó Wallace.

Wells se acercó a Dorothy y, al contrario que su colega, alargó la mano y apretó la de la joven con fuerza, acompañando el gesto de una simpática sonrisa.

—Señor Wells, es un verdadero honor —confesó ella emocionada—. He leído casi todas sus obras y créame si...

—Ah, no, señorita, no haga que me ruborice. Como bien ha dicho el señor Wallace, ya sabe que mis novelas son algo... extrañas.

—A mí me fascinan —rebató Dorothy—. Es usted un visionario, una mente preclara y futurista. Du Cros, que no entendía nada de lo que ocurría, intentó desviar la conversación sin éxito.

—¿Es usted miembro del club, señor Wells? —preguntó.

—Solo miembro honorífico. Algunos de los socios me prestaron sus vehículos para mi última novela —reconoció—. Me sirvieron de inspiración.

—¡*La máquina del tiempo!* —manifestó Dorothy excitada—. Es una de mis favoritas.

En vista de que la maniobra no había tenido éxito, Du Cros y Wallace se apartaron para entablar así su propia conversación y dejar al escritor y a la piloto de coches con su charla.

—Así que es usted la famosa automovilista que se va a adelantar a su tiempo —observó el escritor ya de forma más íntima.

—Bueno, es solo una pasión —confesó ella casi en un susurro—. Usted sí que es un adelantado, escribiendo esas historias del futuro, de mundos increíbles. ¿Y qué me dice del hombre invisible?

—Mi querida señorita Levitt —empezó a decir él a la vez que robaba al vuelo una copa de champán y se la ofrecía—, lo mío es ficción, historias inventadas. Aunque esconda en ellas

algunas de mis preocupaciones o, digamos, denuncias, siempre tengo la protección de la literatura, los cuentos, las fábulas. En su caso, su materia prima es la realidad. Va a entrar en un mundo hostil, cruel, duro... Una mujer en un terreno exclusivamente masculino. Ni yo mismo me he atrevido a tanto —rió mientras le ofrecía el brazo para caminar por el salón.

Otra vez la misma advertencia. Empezaba a creer que todos estaban confabulados para que abandonase antes de empezar, vencida por el miedo a ese mundo desconocido que la aguardaba.

—¿Cree que cometo un error? —preguntó abiertamente. Aquel hombre de mirada limpia y afable le inspiraba confianza. Ni siquiera se paró a pensarlo.

—En absoluto —afirmó taxativo—. Sin mujeres como usted no habría progreso, ni evolución, ni avances. Siempre debe haber alguien que dé un paso antes de tiempo, alguien que se adelante en, ¿cómo lo llaman ustedes?, la parrilla de salida. Solo intento advertirla. Los hombres tenemos nuestra parte de responsabilidad en la lucha femenina, algunos ya hemos empezado a tomar partido, pero son ustedes las que van a sufrir las consecuencias. Busque apoyo, aliadas, infórmese, pida consejo. Sobre todo, no se deje cegar por la pirotecnia, ni de un lado ni de otro. Reflexione y tome decisiones acordes con sus convicciones. No siempre serán acertadas, pero si lo hace, nunca tendrá que arrepentirse. No será fácil, pero valdrá la pena.

Una mano en su hombro la sacó de las recomendaciones del escritor, que ella iba almacenando en su cabeza junto a los consejos ya recibidos.

—Querida, no te he visto llegar. —La voz de Selwyn Edge a su espalda le resultó fastidiosa. Hacía algún tiempo que su atención no se centraba tanto en él, en sus zalamerías, en sus promesas y sus cantos de sirena.

—Te presento al señor Wells, el mejor escritor de toda Inglaterra —exageró.

Edge se limitó a estrecharle la mano sin siquiera esforzarse en esbozar una mueca de cortesía.

—Querida, es la hora —reclamó como si estuvieran solos. Ella alargó su mano de nuevo al escritor.

—Ha sido un honor, señor Wells.

—El placer ha sido mío, señorita Levitt. Llámeme si necesita algo de lo que le he comentado —añadió. Y permaneció inmóvil, viendo cómo la pareja se alejaba; ella volvió la vista, queriendo alargar un poco más el encuentro.

—¿Un admirador? —preguntó Selwyn insidioso. Ella no respondió—. No me extraña, esta noche estás radiante.

—Tu esposa también está muy elegante —le recriminó ella vengativa.

—Dothy, por favor...

Se dirigieron a un extremo del salón. Los asistentes esperaban escuchar de forma oficial la noticia que todos conocían. Edge pidió silencio para pronunciar su breve discurso.

—Queridos amigos, este ha sido un año de transformaciones para todos. El nuevo siglo que

apenas hemos estrenado nos ha dejado algunas pérdidas, pero ha traído cambios y progreso. En la casa Napier estamos orgullosos de presentar nuestros nuevos modelos y dar un giro sustancial al mercado automovilístico. Este año, De Dion participará en las carreras más importantes de nuestro país. Yo mismo pilotaré algunos de los modelos, que, espero, acaben en todos los podios. Pero me complace presentarles a nuestro fichaje estrella. La persona que llevará nuestra marca a todos los rincones del país y del continente. —Hizo una pausa para crear unos instantes de suspense—. Les presento a la señorita Dorothy Levitt.

La concurrencia, que llevaba toda la noche esperando la noticia, estalló en aplausos, mezclados con alguna exclamación de asombro y algún que otro reproche velado. Selwyn Edge le ofreció la mano. Dorothy, que esperaba tímidamente en la primera fila, se acercó y saludó con discretas sonrisas. Alguien entonó los primeros acordes de *Auld Lang Syne* y todos siguieron la canción con la emoción que queda atrapada en la encrucijada entre un año que se va y otro que llega.

Dorothy se vio flotando en una burbuja etérea e intentó anclarse con los pies a la tierra para no sucumbir al artificio. Sus ojos corrieron hasta el final del salón y allí, junto a una columna, encontraron la mirada añil del escritor, que la contemplaba como quien observa a un cervatillo rodeado de leones.

Pasaban de las tres de la mañana. Ligeramente aturdida, subió al coche. Mohinder, que no la abandonaba ni a sol ni a sombra, estaba pasando la noche con Kiran. Dorothy se había opuesto tajantemente a que la acompañara y dejase solo a su hermano. Aunque él se había ofrecido a ir con ella, su tono denotaba que sus deseos eran otros. Ella lo adivinó enseguida. Su sonrisa al saber que tendría libre la noche de fin de año fue el agradecimiento más sincero.

Ella amaba conducir, más que nada en el mundo. El tacto del volante, el cambio de marchas, el olor de la gasolina, el chirriar de los neumáticos... Todo el conjunto suponía una droga de la que ya le resultaba imposible desintoxicarse. La libertad que sentía a bordo de su De Dion solo se podía entender si se experimentaba. Una burbuja emocional en la que nadie penetraba, su mundo particular de apenas un metro cuadrado. Recorrió la distancia hasta Picadilly bordeando el parque. Pensó en su vida a partir de aquel momento, en las carreras, la competición. En llegar allí donde ninguna otra inglesa había llegado nunca. Pensó en Camille, su hada madrina. Le gustaba encarnar en ella esa figura de los cuentos que leía de pequeña. Y recordó también la conversación con el escritor, Wells, del que había leído gran parte de su obra. Los consejos de los dos le aportaban la pizca de prudencia que no había contemplado.

Su mente viajaba ajena al recorrido, del cual se ocupaba su instinto. Al llegar al desvío de Half Moon Street, redujo la marcha, más por inercia que por atención. Giró el volante a la izquierda con maestría y confianza, pero entonces, una figura oscura cruzó ante ella por la calzada. Un gato negro atravesaba la calle confiado. El animal, como todos los de su especie, podía esquivar los carruajes tradicionales, pero, al igual que el caballo de la entrada del Royal Automobile Club, su instinto y su oído aún no estaban acostumbrados al rugido de los motores de gasolina. Al oírlo, su lomo se erizó, el gato dio un respingo y saltó sobre el capó. Dorothy apenas tuvo tiempo de reaccionar. Giró el volante con la intención de no atropellar al animal, pero cuando quiso darse cuenta, este ya estaba sobre el parabrisas. La mala suerte quiso que, en ese momento, por el carril contrario, circulase un carruaje tirado por dos caballos. Lo siguiente que vio Dorothy fue el parachoques de su vehículo empotrado en la puerta del landó y los caballos relinchando asustados.

Con el capó echando humo y los engranajes del motor emitiendo quejidos, bajó del coche desorientada, no sabía si por el susto o por las tres copas de champán que había tomado durante la cena. Todavía no se había ubicado cuando vio venir hacia ella a un hombre elegantemente vestido,

con chaqué negro y camisa de cuello duro coronada por una pajarita blanca, chistera de brillante seda y bastón. Bigote largo y almidonado, mirada colérica y actitud desafiante.

—¿Se encuentra bien? —se interesó de mala gana mientras buscaba con la mirada en el interior del vehículo, aún agonizante.

Dorothy, intentando recuperar la compostura, se dirigió al hombre con talante conciliador.

—Disculpe, señor, el gato... —balbuceó buscando al minino que, a buen seguro, ya se habría refugiado en alguno de los callejones de Londres.

—Quiero hablar con el dueño del vehículo —interrumpió el hombre visiblemente enajenado.

—Señor, le estoy pidiendo disculpas... —replicó ella.

—¿Es usted la propietaria? Bien, ¿dónde está su chófer? —bramó él sin dejarle terminar la frase—. Soy lord William Somerset y quiero hablar con ese inútil. Va a saber a quién se enfrenta. Debería elegir mejor a sus empleados, señora. Estas máquinas no son juguetes, hacen falta experiencia y pericia para conducirlos. Seguro que ha huido a emborracharse, el muy mezquino.

Su porte denotaba autoridad y hábito de ser obedecido cuando hablaba. Una arrogancia que arrolló a Dorothy, aún aturdida por el champán y el accidente. Haciendo un gran esfuerzo consiguió la fortaleza necesaria para rebatirle.

—Es lo que intento decirle —dijo—. Yo soy la dueña del coche y la conductora.

La ira avivó la mirada de lord William Somerset. Él, miembro del partido conservador, contrario a cualquier mínimo movimiento que hiciera destacar a las mujeres, arrollado por una dama. ¡Cómo se atrevía a semejante despropósito!

En un instante de serenidad, tomó aire y reflexionó unos segundos.

—¿Me está diciendo que usted iba conduciendo este automóvil, señorita...? —Esperó la respuesta con irónica cortesía.

—Levitt. Y sí, eso es lo que estoy diciendo —aseguró ella muy digna.

Una medio sonrisa rijosa asomó a la boca del caballero.

—Así que es usted, esa de la que todos hablan... —Su tono se volvió mordaz y desafiante. Dorothy no supo qué responder—. ¡Paul, ve a buscar a un agente, deprisa!

El cochero, que había saltado del pescante para calmar a los caballos, lo miró incrédulo. La sede de Scotland Yard se encontraba a más de media hora a pie de allí. Pero no podía negarse, nadie le llevaba la contraria a lord William Somerset. Confundido e indeciso, soltó las riendas y echó a correr por Green Park. Con un poco de suerte, encontraría algún agente por el camino y se evitaría la carrera hasta Victoria Embankment.

Dorothy y lord William se quedaron solos. Ella no tenía la más mínima intención de entablar una conversación con él. Su conducta provocadora ya le había dado a entender que aquel no iba a ser un asunto fácil de resolver. Decidió esperar a que llegase la policía. No era cuestión de montar un escándalo justo ahora que había conseguido lo que más anhelaba. Se apoyó en una de

las puertas, pero el frío del invierno londinense no daba tregua. Calmados los ánimos, sacó su abrigo del coche, no el de marta cibelina que lucía cuando llegó a la fiesta, sino uno de tweed que siempre llevaba en el vehículo, sobre todo en invierno.

—Tiene usted agallas, señorita Levitt —afirmó socarrón—. Lástima que un coche como este no se aproveche como es debido. —Dorothy sabía por dónde iba. Recordó las palabras que le había dicho Wells pocas horas antes: una mujer en un entorno masculino. Eso iba a molestar a muchos, a muchísimos, y lord Somerset parecía ser el primero de ellos—. Le daré una oportunidad; abandone ahora y olvidemos este incidente. No llegará lejos, créame.

Aquella última frase sonó más a amenaza que a invitación. Pero ella no estaba dispuesta a dejarse amilanar. Abrió el capó del coche y, abrigada por la noche oscura, metió la cabeza en el mecanismo para intentar calmar sus nervios. O para no vocearle a aquel individuo en la cara todo lo que pensaba.

—Una mujer joven, sola a estas horas por las calles de Londres... —siguió diciendo el lord—. Podría pasarle cualquier cosa. Debería contratar un chófer o hacerse acompañar por un hombre. O mejor, debería quedarse en casa, su lugar natural.

Dorothy sacó la cabeza de dentro del motor, harta ya de las impertinencias de aquel hombre inquietante. Al hacerlo, atisbó un perfil femenino que la observaba tras la cortina oscura del carruaje; un rostro impávido, casi turbador, pero con una mirada negra que le regaló una sonrisa sin mover un solo músculo de su cara.

—Buenas noches, caballero. —Una voz interrumpió el intercambio de mensajes, en ese momento, indescifrables.

Dorothy se volvió y pudo ver a Paul, el chófer de lord William Somerset, acompañado de un policía. Volvió la vista hacia la ventanilla del landó: la cortina se balanceaba y el rostro había desaparecido.

Aquel sábado de abril los tulipanes se abrían derramando sus pétalos a la primavera y a la vida. La explanada del Royal Automobile Club era una fiesta. Los coches, perfectamente alineados, rugían impacientes por arrancar. Participantes e invitados deambulaban entre los vehículos, unos con una copa de champán en la mano, otros ultimando la puesta a punto de sus carrocerías. Los hombres contemplaban fascinados las máquinas; las mujeres, a los pilotos. Héroes modernos, gladiadores del honor y el prestigio que debían defender. Mesas interminables con los mejores manjares, dignos del palacio de Buckingham. Exquisiteces aportadas especialmente para la ocasión: ostras de la isla de Ré, caviar de Kalix, faisanes de Lewis, trifies de la Maison Bertaux, sin olvidar el jerez y el champán francés. Ambrosías que los asistentes devoraban con insultante indiferencia.

Los asistentes hundían tacones y bastones en la hierba mullida, impacientes por conseguir un lugar privilegiado desde donde presenciar la salida.

La animación se intensificó con la llegada de los *gentlemen drivers*. Aquellos hombres, todos miembros de las mejores familias aristocráticas inglesas y europeas, habían cambiado la emoción de las competiciones de coches de caballos por las de los modernos vehículos que se iban imponiendo en las grandes ciudades. La noticia de la presencia de una mujer en la carrera había causado expectación, aunque más que curiosidad, lo que expresaban era burla y sarcasmo. Ninguno quería perderse el acontecimiento, era el aliciente de la jornada. El resultado que obtuviera en la clasificación les era absolutamente indiferente.

En torno a los pilotos, un tropel de bellas mujeres cuyo aspecto denotaba, en el mejor de los casos, su procedencia de alguno de los cabarés de la ciudad. Así, una rubia de escasa estatura y abundante escote servía una copa de champán al conde Zborowski, al que ni la reciente muerte de su padre lo había hecho desistir de acudir al evento. Una oriental, aparentemente sumisa y frágil, permanecía inmóvil junto al propio Jules Albert de Dion. El fundador de la carrocería de Dorothy no se perdía una carrera si estaba en el país. Duques, marqueses, terratenientes... jóvenes herederos presuntuosos que exhibían su porte y sus trajes caros y que únicamente buscaban la emoción de la velocidad y el riesgo. El triunfo ya les había llegado de nacimiento.

En uno de los extremos más alejados de las últimas filas, Dorothy revisaba su De Dion. Lo hacía de forma intuitiva, mecánica. Llevaba más de cuatro meses poniendo a punto el vehículo. Había inspeccionado cada tuerca, cada remache, cada conducto. Conocía de memoria aquella

máquina que la situaría en las páginas de la historia del Reino Unido. No había más niveles que medir, ni más motas de polvo que limpiar, ni más rincón de chapa que abrillantar. La carrocería verde refulgía como una esmeralda del Brasil. Mohinder, como siempre, se adelantaba a sus movimientos, procurando que cada detalle que ella comprobaba estuviera en perfectas condiciones. No parecía nervioso, pero sí inquieto, preocupado, pendiente de que todo estuviera impecable. Había adoptado el triunfo de ella como propio. No por orgullo personal, sino por deferencia. Tras él, Kiran, su hermano pequeño, abrillantaba los faros con un trapo. Lo hacía con tanto empeño que Dorothy sonrió apurada, pensando que en cualquier momento los acabaría desmontando. Tenía unos cinco años. Dorothy lo conoció una tarde que, escondido en el taller, jugueteaba con unas tuercas en el suelo. Mohinder, avergonzado y temeroso de una reprimenda, intentó excusarse. Ella entendió que no tenía otro sitio a donde ir. No le molestó su presencia, al contrario; le pareció un niño adorable que resultó ser decidido, inteligente y un poquito pícaro. Una sonrisa infantil siempre era motivo de entusiasmo.

Buscando algo más que inspeccionar para atemperar sus nervios, revisó su atuendo. La falda color burdeos, de lana fina para mayor libertad de movimiento de las piernas, sin enaguas. Una camisa blanca de seda rematada por un camafeo victoriano de cásido labrado con una anónima silueta. Zapatos con el mínimo tacón, sin cordones, para facilitar el juego de pedales y evitar que se engancharan con cualquier elemento del vehículo. Un abrigo de paño, ligero pero cálido, envolvía su elegante indumentaria de piloto. Para rematar, un sombrero, rosa pálido, sujeto a la barbilla por un velo del mismo tono. Intentó con desatino ajustarlo para que no se le moviera durante el recorrido. Mientras peleaba con el sombrero, vio a una mujer que la observaba tres coches más a su derecha. Fumaba un pitillo sin utilizar la pipa de boquilla alargada que se estilaba en los círculos más elegantes, como haría cualquier estibador del puerto, aunque ese gesto zafio subrayaba aún más su elegancia. Dorothy se percató de que la mujer llevaba un buen rato mirándola, con una sonrisa entre irónica y tierna. Trató de disimular y seguir con el arreglo de su velo. Con el rabillo del ojo, percibió la silueta de la mujer acercándose.

—No debería haber elegido la seda —exclamó antes de situarse a su altura—, es muy resbaladiza.

Sin pedir permiso, se colocó frente a ella y ajustó la tela a su mentón con un doble nudo que haría imposible que se moviera. Después, acicaló las arrugas que se le formaban en la parte alta del sombrero hasta convertirlas en un mar de ondas perfectas. La destreza de aquella mujer, que hablaba con acento atropellado y afectado, era asombrosa. Miró el conjunto y sonrió satisfecha. Solo faltaba el beneplácito de Dorothy. Introdujo la mano en un pequeño bolso de terciopelo verde que colgaba de su muñeca y tanteó el interior. Inmediatamente sacó una brillante polvera de plata con motivos florales labrados. La abrió con destreza utilizando una sola mano y se la puso delante. Dorothy la sujetó con ambas manos. Mientras observaba su imagen, perfecta y armónica,

una sonrisa de satisfacción se perfiló en su cara. Desvió su mirada a la mujer por encima del espejito. Su rostro descarado le daba su aprobación con una sonrisa encajada en una hermosa boca grande, carnosa, lasciva y con un travieso lunar negro en el que, a buen seguro, se había perdido un buen número de hombres. Abrió los ojos levemente a modo de afirmación.

—Señorita Levitt, ya está todo listo. —La voz de Kiran se coló en la conversación silenciosa de las mujeres salpicándola con su inocencia chispeante. Su tono quiso imitar una madurez que no le cabía en su cuerpecito de cáscara de huevo.

Se giraron hacia él y sonrieron con ternura. Sin intención de frustrar la responsabilidad adquirida por el pequeño, Candela se dirigió a Dorothy:

—Supongo que este caballero es su jefe de equipo —dijo a la vez que se agachaba para ponerse a la altura del niño.

—Así es, el mejor de toda la competición —aseguró Dorothy fingiendo un tono solemne con el que siguió el juego.

—Pues un buen jefe de escudería debe de ser recompensado. A ver qué tenemos por aquí... —Candela volvió a rebuscar dentro de su bolso. Al momento, le enseñó una bolita envuelta en papel de seda que ella sujetaba con un palo. La desenvolvió y se la entregó—. Estoy segura de que te encantan los dulces. Tienes cara de goloso.

Los ojos del pequeño se iluminaron como dos faroles al ver el caramelo. Antes de aceptar, miró a su hermano, que le dio permiso con una simple caída de ojos. No necesitó instrucciones; lo agarró por el palo, empezó a chupar y fue a reunirse con Mohinder, no sin antes dar las gracias. Candela se incorporó siguiéndolo con la mirada y retomó la conversación con Dorothy.

—Es usted la mujer que va a participar en la carrera, ¿verdad? —preguntó de forma retórica—. Es la comidilla de la temporada. Creo que ha venido más gente a verla a usted que a la competición.

—Levitt —acertó a decir Dorothy sin soltar el espejo, pero alargando la mano hacia su interlocutora—. Un placer, señorita... —Sentía una absurda curiosidad por saber el origen de aquella mujer de acento exótico.

—Candela Ríos, pero aquí me llaman Candy —aclaró.

—Un placer, señorita Ríos —afirmó ahogando la erre del apellido mientras jugaba a adivinar su procedencia. Esas erres sonoras no eran propias del acento anglosajón.

—Debo confesarle —hizo una pausa para encender otro de aquellos cigarrillos que consumía con auténtico deleite— que yo también tenía curiosidad por verla. La animaré a usted. Espero que nos deje en buen lugar —sugirió guiñando uno de sus enormes ojos negros.

Dorothy insinuó un gesto de inseguridad. El hecho de participar en una carrera no significaba que tuviera que ganarla. Ella solo ansiaba poder intentarlo, tener las mismas oportunidades que cualquiera de los participantes. En las carreras solo había un ganador y eso no hacía a los demás

inferiores. Ella no pretendía ser mejor por ganar, sino ser igual por participar. Pero las mentes obtusas de la época quizá aún estuvieran un poco verdes para apreciar la sutileza del concepto.

—Haré lo que pueda —se limitó a decir mientras alzaba de nuevo la polvera para echar un último vistazo a su aspecto.

—Está aquí, ¿no? Eso ya es un logro. Le aseguro que en mi país ninguna mujer se atrevería a hacer algo semejante. —Por el rostro de Candela cruzó el pajarraco de la nostalgia.

El comentario le dio a Dorothy la oportunidad perfecta para saciar su curiosidad. Además, estaba segura de que había visto antes a aquella mujer, aunque no conseguía adivinar dónde. Pero cuando se disponía a preguntarle por su origen, una imagen reflejada en el pequeño espejo hizo que su rostro mudara. La sonrisa que había mantenido durante la conversación desapareció de pronto. El recelo tomó la delantera. La figura de un hombre ataviado con un mono de cuero, especial para el evento, se acercaba a ellas con andar desafiante. Era uno de los participantes, un *gentleman driver*. Dorothy lo reconoció al instante. Cuando Candela reparó en su presencia, sonrió de forma fingida y se dirigió a él.

—¡William, querido! ¿Dónde te habías metido? ¿Recuerdas a la señorita Levitt? Va a participar en la carrera. —La chica parlotaba en un incoherente intento por disimular su incomodidad.

—Por supuesto que la recuerdo —ironizó él sin mirar a Candela—. Encantado de volver a verla.

Dorothy apenas lo miró; ni tan siquiera le ofreció su mano para corresponder al saludo. Él no se dio por aludido y siguió mirándola sin ocultar su sonrisa sarcástica. Era la última persona que esperaba ver allí. Después del incidente de fin de año y el posterior juicio, pensó que jamás volvería a cruzarse con él. Pero el destino es caprichoso y lord William Somerset había resultado ser uno de aquellos *gentlemen drivers* que malgastaban su dinero y su tiempo en poner a prueba sus carísimos vehículos. Contempló el auto de Dorothy y le dio un repaso asintiendo con la cabeza al tiempo que paseaba su vista por la carrocería. Parecía sorprendido con el De Dion, como si coche y piloto, a sus ojos, no estuvieran en sintonía. Pasó sin atender a Mohinder, al que miró como el que contempla una piedra. Al llegar a donde estaba Kiran, se detuvo y observó cómo este chupaba el caramelo. El pequeño se refugió tras el sari de su hermano con una sonrisa inquieta. El hombre pareció perder todo interés en los presentes y fijó su atención en el niño. Se agachó para hablar con él, pero Kiran no se atrevía a asomarse. Mohinder temió una reprimenda al no atender su hermano las muestras de cariño de un hombre importante. La mujer deshizo elegantemente la tensión.

—William, querido, nuestros amigos nos esperan. Quiero saludar a lord Benson antes de que empiece la carrera —solicitó en un fingido tono pícaro intentando atraer la atención de su protector—. ¡Buena suerte, señorita Levitt!

Cogió al hombre por el brazo y lo arrastró hacia un grupo que los esperaba con una botella de

champán recién abierta. Lord William Somerset; el rostro de Dorothy se crispó al pensar en la aciaga noche que su vehículo chocó contra su carruaje. La inquina que el lord y político le había mostrado durante el proceso por el que fue condenada a pagar treinta y cinco libras se vio reflejada en su rostro. Su presencia era otro obstáculo más que añadir a su lista. Y la carrera aún no había empezado.

Mientras se alejaban, Candela volvía constantemente la vista hacia atrás, como si quisiera reafirmar su apoyo y confianza en Dorothy. Esta los observaba cuando se dio cuenta de que se había quedado con la polvera. La impaciencia de la joven había hecho que se olvidase de recuperarla. Dorothy ni siquiera hizo amago de ir tras ella para devolvérsela. Presionó el resorte y la tapa saltó como la saeta de una ballesta. Lo mismo hizo su mente. Sin saberlo, aquella mujer de extraño acento le había proporcionado una ventaja que los demás no tenían.

Los guantes de cabritilla que envolvían sus manos aferraban el volante como un náufrago un tronco. El pie que pisaba el embrague recibía las vibraciones del motor, que subían hasta su pecho. El corazón tan acelerado que los latidos se fundían con el ronroneo del vehículo. El ruido de los otros coches parecía confluír en ella, como si aquel reducido espacio metálico fuese el epicentro de todos los bramidos que saturaban la explanada de Saint James. El sueño que desde pequeña la había alentado a convertirse en lo que ya era adquiriría otro prisma ahora que era una realidad. Una realidad palpable, con peso y textura. Una realidad que la había llevado a un estado de nerviosismo que no aparecía en sus fantasías. Temió derrumbarse y echar al traste el trabajo de tantos meses. No entendía por qué su corazón se rebelaba y dificultaba el arranque de su gesta. Un sudor frío le subió por el cuello hasta la nuca. Intentó localizar a Mohinder, que estaba en su puesto del box asignado. Una vez lo divisó, un retazo de cordura se apiadó de ella. No podía competir en aquel estado. Era preciso que se calmase para poder demostrar lo que todos esperaban. Necesitaba un recurso, una herramienta que le permitiese evadirse de la presión a la que estaba sometida. Respiró hondo, relajó su pecho y cerró los ojos.

Un espejo de aguas calmas, quietas como vidrios en un día de verano, escondía debajo los barbos más grandes de toda Inglaterra; era lo que siempre le decía su padre. Aquellas mañanas de domingo a solas con él eran el momento de más serenidad que recordaba. El paseo hasta el cercano Warwick, la elección del lugar adecuado, la preparación de los aperos, el anzuelo correcto, el cebo apropiado. La pequeña Dorothy observaba el ritual de Jacob con admiración, atenta a cada movimiento de sus dedos. Mientras preparaba la caña, instruía a la niña en las técnicas y la actitud del arte de la pesca.

—Tranquila, Dothy. El tiempo es el mejor maestro. —El discurso de Jacob siempre era el mismo—. Paciencia y silencio. El secreto está en no ir a por ellos; no trates de pescarlos, no los persigas. Solo espera a que ellos vengan a ti. Un buen cebo es lo único que necesitas.

Dorothy recordó un día que marcó para ella un antes y un después. Su padre le pasó la caña ya preparada y le pellizó la mejilla de forma cariñosa.

—No te precipites —añadió agachado a su altura y con su cara pegada a la de ella—. No se trata de tener fuerza en los brazos, sino de utilizarlos bien. Un movimiento seguro y seco. Venga, inténtalo.

Miró un instante el cielo reflejado en el lago. Por algún motivo que escapaba a su

entendimiento, sentía una punzada de pena cuando el anzuelo aturcía el silencio del agua con las salpicaduras y las ondas.

Inclinó la caña ligeramente hacia atrás y sacudió el brazo con precisión. El plomo voló hasta caer en mitad del lago. Dorothy se sorprendió a sí misma. Miró a su padre, que sonreía con orgullo.

—Ahora solo hay que esperar. Es la parte más difícil, aprender a ser paciente. —Se sentó en una piedra y cogió un libro—. Silencio y paciencia, cariño.

El juez de la carrera agitó la bandera para dar la salida y los coches empezaron a moverse. Ella seguía con las manos asidas al volante. «Paciencia y silencio», susurraba como una letanía. Abrió los ojos y despejó los ruidos del momento. A su alrededor no había vehículos, solo un lago como aquel de su infancia. No iba a correr para alcanzarlos.

Apretó a fondo el acelerador y se deslizó por el camino que conformaba la parrilla de salida. Lo hizo como cuando lanzaba la caña, con seguridad, serena... La velocidad fue aumentando y con ella la sensación de flotación, de levitación, un efecto místico que no se había producido durante los entrenamientos. El silencio invocado acudió a su encuentro. Como un halcón que sobrevuela el páramo, observó su entorno. Los coches la adelantaban por ambos lados. Ella los veía pasar como aves que la acompañaban en su migración, no como rivales a batir. El coche y ella eran el plomo del anzuelo, y la meta, la presa que acudiría a ella. No buscaba la victoria ni batir ningún récord. Se dejaba mecer por la libertad recién descubierta. La sensación de poder sosegado que estaba experimentando superaba cualquier triunfo. Su corazón volaba con deleite mientras su cerebro ordenaba a sus manos y pies esquivar, virar, frenar, cambiar de marcha, reducir o acelerar. Corazón y mente cumplían su función por separado dentro del armazón de su cuerpo que funcionaba como el mejor de los automóviles que hubiera visto jamás.

Tomó una curva como si el camino tuviera surcos adaptados a sus ruedas. Al salir de la misma, apareció a lo lejos la pancarta que anunciaba la meta. Allí estaba, viniendo rápida a su encuentro, al succulento bocado enganchado en su anzuelo. Sonrió y pensó en Jacob, su padre. Ni siquiera reparó en los coches que la habían adelantado y que ya cruzaban la meta.

Aceleró, pero un fuerte golpe la sacó de su abstracción. Miró a la derecha: el Triumph rojo de lord William había embestido la puerta lateral. Dorothy pisó el acelerador a fondo y pudo deshacerse de él. Pero no se fiaba. Intentando mantener la velocidad, abrió la portezuela del receptáculo que había bajo el asiento. Palpó varias veces hasta encontrar la polvera que Candela le había dejado poco antes del inicio de la carrera. Pulsó el resorte con la mano izquierda y el cierre saltó. La velocidad esparció los polvos de arroz, que la cegaron un instante. Miró por el espejo. El coche de lord William permanecía pegado al suyo, tanto que no pudo distinguir espacio entre uno y otro. Intentó una maniobra de despiste y giró a la derecha, aprovechando que el espejo

le mostraba que no venía nadie por ese carril. Lord William no tuvo más remedio que adelantarla y atravesar la meta unos metros más adelante. Tras él, lo hizo Dorothy en su De Dion.

Aquel hombre no había tenido suficiente con la denuncia y la multa. No era una cuestión de dinero, quería venganza. Pretendía quitarla de en medio, machacarla, humillarla hasta conseguir que desistiera. Desgastarla, minar su esfuerzo. Pero iba a necesitar algo más que un choque en una carrera. Lo que Dorothy no sabía era hasta dónde llegarían sus represalias.

Rebasar la línea de llegada fue el culmen. Lo había logrado, había conseguido completar el recorrido. Dejó que el coche siguiera avanzando unos metros, llevado por la inercia de la aceleración. Más adelante, la muchedumbre vitoreaba a los vencedores. Uno de los *gentlemen drivers* al que había visto en la parrilla de salida alzaba su trofeo victorioso mientras curiosos, arribistas y señoritas de dudosa reputación lo rodeaban y alababan su hazaña. ¿Habría gozado aquel hombre como lo había hecho ella? ¿Habría experimentado el misticismo de la libertad y el vuelo?

Dorothy sonrió.

Inmediatamente apareció Mohinder con su inalterable voluntad. Abrió la portezuela y la ayudó a bajar. Sus miradas se cruzaron de nuevo y la complicidad se selló con una sonrisa. Mohinder montó en el auto y se alejó para poder revisar el estado del mismo, los desperfectos tras la carrera y los niveles de gasolina, agua y aceite.

Dorothy buscó a Edge entre el gentío, pero en su lugar vio acercarse a lord William Somerset con su ya habitual rostro rijoso. A ella le cambió el gesto. No había manera de deshacerse de aquel individuo.

—Al final yo tenía razón —le escupió al llegar a su altura—. No lo ha logrado. ¿Qué pensaba? ¿Que podría adelantarnos a todos? —Su satisfacción era evidente.

—Se equivoca, lord Somerset, he logrado lo que pretendía —le replicó socarrona—. No he ganado, pero tampoco usted ni muchos de esos hombres. —Dirigió el gesto ligeramente hacia los que habían cruzado la meta detrás de ella—. A eso yo le llamo igualdad, una palabra que parece molestarle sobremanera.

El gesto de repulsión desapareció de su cara y dos haces vidriosos de ira salieron disparados de sus ojos. Se acercó a ella un poco más. Cuando estaba a apenas un palmo de su cara, bajó el tono y, de forma intimidatoria, le dijo a modo de advertencia:

—Acabaré con usted y con todas sus camaradas que juegan a ser hombres. Hágase un favor a sí misma, señorita Levitt, abandone antes de que tenga que lamentarlo. Ya le gané la batalla en el tribunal y puedo hacerlo cuantas veces me proponga.

Dorothy aguantó la compostura, aunque paralizada por el terror. Aquello era una amenaza en toda regla. Él había dejado claras sus intenciones. La guerra había empezado.

Se dirigió a la zona donde se encontraban los patrocinadores, aún apesadumbrada y con las

emociones revoloteando en su cabeza y en su pecho. Tras la valla que protegía al público de la carrera, distinguió a un grupo de mujeres que sostenían pancartas y gritaban algunas proclamas. Tres comisarios de la carrera trataban de contener su euforia. La más veterana, que parecía la líder, la llamó por su nombre.

—¡Señorita Levitt! ¡Señorita Levitt! —gritó mientras uno de aquellos hombres intentaba frenarla.

Dorothy se acercó con curiosidad. Al verla, los guardias aflojaron su empeño por contenerlas. La mujer alargó la mano para saludarla. Ella le devolvió la cortesía.

—Señorita Levitt, venga a vernos —solicitó serena y segura.

La mujer le extendió un panfleto en el que podía leerse «*Votes for women*». Levantó la mirada asombrada. Eran ellas. Sabía de su existencia, pero nunca había tenido oportunidad de conocerlas. En ese momento, un grupo de fotógrafos y reporteros la rodeó. Una de las más jóvenes se dirigió a la líder.

—Vamos, Norah, tenemos que irnos.

Dorothy quiso detenerlas, pero los periodistas la atosigaron con sus preguntas. Era la noticia que circularía durante días por todo Londres: la primera inglesa en participar en una carrera automovilística. Se dejó fotografiar y respondió con soltura y decoro. Una vez satisfechos, se alejaron y pudo respirar. Antes de retirarse, pudo ver a la más joven de ellas junto a Candela, que la miraba de soslayo. Ambas conversaban cómplices, casi a escondidas. Sabía que conocía a aquella mujer que le había prestado la polvera, la había visto antes en alguna parte, pero ¿dónde?

Las jóvenes se separaron y desaparecieron entre el gentío. Un fogonazo inexplicable, un presentimiento impreciso, le dijo que volvería a verla. Y no tardaría mucho en producirse el encuentro.

Resultaba difícil para la señora Green convivir con un animal en casa. Aunque hacía años que vivía en Londres, se había criado en el campo, donde los animales tenían su propio espacio y no se dedicaban a mordisquear el calzado o a hacerse pis en las alfombras que luego ella tenía que limpiar. Tampoco estaba acostumbrada a que ladrasen enloquecidos entre sus pies y a que se le enredasen en las enaguas al caminar. Recorrió el pasillo a trompicones, con el miedo adquirido de que cualquier día acabaría dando con los dientes en el suelo. El timbre sonó de nuevo y tuvo que apresurarse a abrir mientras espantaba con su pie al revoltoso pomerano.

Era miércoles por la tarde. Habían transcurrido tres días desde la carrera. Dorothy repasaba el recorrido, apuntaba posibles mejoras y examinaba los errores cometidos. Tomaba notas en un cuaderno cuando la señora Green apareció en la puerta del salón acompañada por una elegante y sonriente joven. Alzó la vista y la reconoció: era la mujer de la polvera. Visiblemente sorprendida, Dorothy se levantó del sofá estilo Luis XIV para recibirla.

—La señora... Ros... Risk... Rois... —El ama de llaves fue incapaz de pronunciar el nombre de la visita.

—Candela Ríos —se adelantó a decir ella al percibir la dificultad de la empleada para articular su apellido. Esta, que no profesaba su afecto a cualquiera, lo agradeció y sumó el primer punto de simpatía hacia aquella mujer. Candela se acercó y le extendió la mano a Dorothy, que le ofreció la suya y con un gesto la invitó a sentarse.

—Más té, Rose —ordenó Dorothy.

El salón era un espacio amplio y luminoso. La decoración moderna, con muebles estilo *art déco* de delicada talla y con tapizados de seda tursor en tonos claros, le daba un respiro a la luz, que fluía con suavidad por las paredes, también pintadas de blanco, y se hacía añicos al tropezar con la lámpara veneciana que pendía del alto techo. Una chimenea apagada y unos ventanales que invadían por completo la pared daban la sensación de bienestar a una casa que, aunque elegante, se percibía vivida.

Candela rodeó una de las otomanas tapizadas con piel de vaca. Sus movimientos rezumaban seguridad. El desparpajo de quien sabe que solo con valentía y arrojo se puede avanzar en un mundo atestado de trampas. Y la firmeza de alguien que, a buen seguro, ha sorteado un gran número de ellas. Era joven, aunque no tanto como Dorothy —quizá tenía cinco o seis años más—, lo que le otorgaba una gran personalidad. Su sonrisa abierta, su boca más bien grande pero de

estiloso atractivo y su lunar hipnótico secundaban la expresión risueña y confiada de sus ojos, oscuros y grandes como ventanas abiertas en una noche de luna nueva. Un rostro tan expresivo que las palabras resultaban ser simples apéndices de cualquier revelación. Coronaban su semblante un gracioso recogido que moldeaba la melena azabache y un par de pendientes de perlas sencillos para no romper aquella armonía. Una elegante blusa de encaje blanco cubierta con una chaquetilla de terciopelo en color burdeos y una falda de *voile* que se ajustaba a su estrecha cintura y resaltaba sus ligeramente voluptuosas caderas completaban el conjunto de una mujer que cualquiera se pararía a contemplar. Una vez se hubo sentado, se retiró el coqueto sombrero rosa palo, que iba sujeto con un largo velo de crep de la china.

Dorothy observó todos sus movimientos casi con admiración. En ese momento le hubiera gustado ser aquella mujer, decidida, abierta y con determinación.

—Veo que le fue útil —dijo al ver la polvera sobre la mesita en la que Dorothy tenía todos los documentos y cuadernos de notas referentes a la carrera.

—La verdad es que sí —confesó al recordar cómo aquel pequeño estuche le había proporcionado una ligera ventaja sobre el resto de competidores—. Tenga, temía no poder devolvérsela. —Pasó la mano sobre la plata antes de entregársela—. Me temo que los polvos de arroz salieron volando durante la carrera.

—Quédesela, le traerá suerte —señaló convencida de los poderes mágicos de aquel objeto.

Dorothy no se negó. Aunque no era especialmente supersticiosa, sentía cierto apego por las cosas que simbolizaban momentos importantes de su vida. Agradeció con franqueza el gesto.

—¡Es usted la sensación del momento! —Candela llevaba consigo un par de periódicos. Le alargó el ejemplar de *The Graphic*, en el que se destacaban la valentía y la destreza de Dorothy al volante, así como la elegancia que caracterizaba su imagen, justo lo que en Napier esperaban de ella—. Si sigue así, todas las mujeres de Londres acabarán conduciendo su propio coche.

Dorothy sonrió satisfecha y volvió la vista al artículo. El periodista había reproducido parte de la entrevista que le había hecho sobre el terreno. Le resultaba extraño ver su nombre y su foto en los periódicos. Lo había leído esa misma mañana, pero se dio el capricho de deleitarse de nuevo con el texto y la imagen. Candela la miró sonriente y disfrutó de su satisfacción.

—Aunque no todo son buenas noticias —advirtió cautelosa mientras le extendía otro ejemplar, ahora del *Daily Mail*—. Alguien ha publicado el asunto del accidente de la noche de fin de año y la multa que tuvo que pagar a lord William Somerset.

En ese momento cayó en la cuenta. Era ella, la mujer que asomaba tras la cortinilla del carruaje con el que había tenido el accidente. Llevaba días intentando ubicar aquel rostro y por fin se le revelaba. La prudencia hizo que se tensara. Estaba claro que estaba relacionada de algún modo con lord William Somerset. No podía fiarse. Pero Candela, que se había percatado de la suspicacia, la tranquilizó.

—Tranquila, Willy es solo un... amigo —aclaró—. Él no sabe que estoy aquí, he venido por mi cuenta. Tenía muchas ganas de conocerla —añadió.

Dorothy aún se mostraba reticente ante aquella mujer que había entrado en su vida no sabía cómo. Pero los reparos durarían poco. Tenía facilidad para fiarse de la gente, quizá demasiada, aunque hasta el momento le había ido bien, a pesar de las advertencias de su padre cuando era niña; entablaba conversación con cualquiera.

Volvió a la noticia. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto? Recibía a diario todos los periódicos de Londres. Quizá se había dejado deslumbrar por su triunfo y solo había prestado atención a la entrevista de *The Graphic*. O tal vez la señora Green, con muy buen criterio o con la mejor de sus intenciones, había escondido aquel periódico para evitarle un disgusto.

—No le dé más importancia —susurró Candela con pícaro complicidad—. Esos *gentlemen drivers* solo son unos gallitos que no soportan que una gallina sobresalga y se encare con ellos. Lo que les gustaría es que nos quedásemos incubando huevos y cacareando a su alrededor.

Pero Dorothy sabía que aquello era algo más que una pataleta de un grupo de caballeros heridos en su hombría. Las amenazas de lord William Somerset se habían materializado; primero, la había llevado ante el juez por el incidente y le había hecho pagar la consabida multa. Y después, había querido echarla de la carrera. No, su intimidación no iba a quedar ahí. Sabía que iría mucho más lejos y Candela también era consciente de ello; de lo contrario, no se habría presentado en su casa, bien para advertirla, bien para espiarla y tener así todas las herramientas para acabar con ella. En cualquier caso, debía permanecer alerta.

—Y dígame, ¿es usted... pariente de lord Somerset? —preguntó en un intento por conseguir algo más de información.

Candela sonrió mientras dejaba la taza de Sèvres sobre la bandeja.

—Es evidente que no —afirmó—. Somos amigos, como le he dicho. Digamos que es un amigo especial con el que tengo una relación comercial —concluyó con un guiño.

Dorothy era cándida y confiada, pero entendió perfectamente en qué consistía aquella empresa. Decidió no seguir por ahí y cambiar el rumbo de la conversación.

—Deduzco que no es usted inglesa. ¿Española? —se aventuró a preguntar a tenor de su apellido.

—¡Ajá! —afirmó la mujer—. Del sur, de Riotinto, concretamente.

Dorothy se complació, no por su intuición al adivinar el origen de Candela, sino al pensar en sus orígenes sefardíes, algo que su padre siempre se empeñó en recordarles a ella y a sus hermanas. «Nunca olvidéis quiénes y qué sois», les repetía. Un gesto de extrañeza sirvió para plantear el por qué estaba en un país extraño, lejos de su familia y de los suyos. Candela adivinó su curiosidad.

—Es una larga historia que, si lo desea, le contaré con una copa de jerez —añadió con cierto

descaro que agradó a Dorothy.

Candela inició su relato en 1888, el conocido «año de los tiros» en el que murieron cerca de cien personas que se manifestaban contra las teleras, nichos donde se quemaban los minerales y que convertían el lugar en el más mortífero de la zona. Los ingleses explotaban la mina y tenían el control de la mano de obra, pues de ellos dependía el sustento de muchas familias. Las autoridades acataban órdenes y en aquella ocasión se les fue la mano. El padre de Candela fue una de las víctimas. Ella tenía entonces doce años y tuvo que entrar a servir en casa de una familia inglesa. Fue una suerte para ella, porque allí tenía asegurada la comida y, afortunadamente, también los principios básicos de educación. La dueña de la casa, la señora Waterston, se negó en redondo a tener a una analfabeta a su servicio, así que dispuso que Candela aprendiera a leer y escribir. Dos veces por semana asistía, junto a la señorita April, la hija pequeña de la familia, a las tediosas clases de la institutriz. Aprendió la gramática y ortografía inglesas mejor de lo que conocía la lengua española, de la cual conocía unas pocas letras. Asimiló las normas de protocolo y cortesía, como aprender a servir el té, cuál era el atuendo apropiado para cada ocasión, peinados, disciplina y conceptos básicos de geografía e historia. Fueron años felices, o al menos tranquilos, y el sueldo que recibía en casa de los Waterston era más que suficiente.

Cuando cumplió dieciséis años, Candela se había convertido en una preciosa adolescente que atraía las miradas de hombres y mujeres por igual. En 1892, Tom, el hijo mayor de la familia, regresó tras acabar sus estudios de ingeniería. Un joven apuesto y culto. Su padre pretendía que completase su formación en Riotinto y que después tomase las riendas de alguna de las empresas que tenía en Inglaterra. La atracción entre ambos fue inmediata. Tom había partido cuatro años antes dejando a una chiquilla famélica y asustada y al volver se había encontrado a una mujer que turbaba sus sentidos. Era aficionado al fútbol, deporte desconocido en España. Jugaba a menudo, ya que lo había practicado durante sus años de universidad. Candela no se perdía un solo partido, aunque no entendiera muy bien el fin de ver a un grupo de hombres correr tras una pelota. Vivieron un romance tórrido y clandestino hasta que llegó el momento en que Tom tuvo que regresar a Londres. Candela creyó morir de pena. Al partir, él le prometió volver a buscarla y llevarla a Londres, pero ella se cansó de esperar. Solo recibía una tibia carta de vez en cuando, frente a las decenas que escribía ella. Un día, desesperada por amor, decidió ir a su encuentro. Metió en un hatillo sus pocas pertenencias y se embarcó rumbo a Inglaterra. Toda una aventura para una jovencita de apenas diecisiete años.

Al llegar, se encontró a un joven Waterston prometido con una señorita de la alta sociedad. La sorpresa para él fue mayúscula, pero para ella significó el descenso al pozo más profundo que la mina abierta de la que había escapado. Lo único que hizo Tom por ella fue darle cinco libras, una pequeña fortuna, y pedirle que no volviera por allí.

Fueron tiempos duros; las pensiones eran caras y el dinero se acababa. Buscó trabajo, pero no

fue fácil. Lo intentó en algunas casas como criada o cocinera, pero sin referencias fue imposible. Llegó el día en que el dinero se acabó y el dueño de la pensión la puso en la calle. Deambuló por callejones en mitad de la noche. Pidió caridad, incluso probó en alguna iglesia. Todo sin suerte. Llegó al puerto y buscó algún escondite donde esperar la seguridad de la luz del alba. Un estibador la descubrió acurrucada tras un montón de fardos de algodón. Candela estaba muerta de miedo. Sabía lo que venía a continuación. Y así fue. Aquel hombre la tiró sobre uno de los sacos y la violó hasta quedar saciado. Quizá un atisbo de compasión se coló en su curtida mollera, pues, cuando se alejaba, metió una mano en su bolsillo y le arrojó un chelín que rebotó contra la madera del muelle. Candela lo observó durante unos minutos antes de apropiarse de él. Aceptar aquella moneda suponía un punto de inflexión en su vida. O así lo vio en aquel momento. Cogió la moneda y salió corriendo.

Pocos días después encontró un empleo en una fábrica textil. Era un trabajo casi de esclava, jornadas interminables en las que apenas tenía tiempo ni para respirar, pero al menos tenía un sueldo con el que pagarse una habitación mugrienta en la que dejarse caer por las noches.

—Allí conocí a algunas mujeres increíbles, auténticas amigas que me ayudaron en los peores momentos —aseguró apenada al recordar aquellos días tan aciagos. La botella de jerez ya iba por la mitad.

—¡Ufff! ¡Toda una historia! —exclamó Dorothy arqueando las cejas. Ella iba a tener dificultades para encajar en un mundo de hombres, pero lo que Candela había hecho para poder, simplemente, encajar en el mundo en general era todo un hito—. Pero dígame. Ahora ya no trabaja en la fábrica y veo que tiene, digamos, una buena posición y amigos influyentes —continuó indagando curiosa mientras repasaba su aspecto.

—Caprichos del destino, mi querida Dorotea. —La botella de jerez había dado paso al tuteo. Dorothy sonrió ante su descaro—. Un día, Siobhán y yo fuimos a un pub. Estábamos agotadas, pero nos merecíamos un poco de diversión. Después de varias pintas de cerveza, yo me arranqué con un fandango de mi tierra. Un par de taconeos y algunos movimientos graciosos de las manos y me los metí a todos en el bolsillo —presumió atrevida—. Trabajé allí unos meses hasta que di el salto al Adelphi. Una noche, después de la actuación, lord William me invitó a cenar. Poco después dejé el escenario y me convertí en su «dama de compañía».

—Entonces, eres... —Dorothy no se atrevió a pronunciar la palabra que acudió a su boca y consiguió detenerla a tiempo.

—Aún conservo el chelín que me arrojó aquel marinero —confesó—. Quizá sea el motivo que te impide pronunciar esa palabra que ahora mismo te quema en la lengua. Yo prefiero considerar que ofrezco mi amistad y mi compañía a cambio de un estipendio. A algunas de mis compañeras no les gustó mi decisión y, sinceramente, no sé si hice lo correcto. Ahora me muevo en ambientes en los que puedo aprender y tengo acceso a muchas cosas, no solo materiales. Ellas lo

descubrieron con el tiempo. Me gustaría presentártelas. Tú representas un punto de inflexión, un hito en nuestra particular carrera. ¿Has oído hablar de la Unión Social y Política de Mujeres?

—¿Son las que estaban en la carrera? —preguntó Dorothy sabedora de la respuesta. Candela afirmó con un simple gesto.

—Ese es uno de los motivos por los que tenía interés en conocerte —reconoció la española—. Lo que has hecho es muy importante y nos gustaría que vinieses algún día a visitarnos. Tienes una gran responsabilidad.

Lo que le faltaba, otra responsabilidad más. Cuando vio cumplido su sueño de conducir su propio coche y de competir, no imaginó que cargaría con el peso de tantas reivindicaciones. Los sueños son hermosos antes de cumplirse y gratificantes cuando se cumplen, pero mezclados con la realidad, se difuminan y pierden entidad.

Era ya noche cerrada. Candela se levantó y se despidió de su recién estrenada amiga con un abrazo sincero. Cuando se marchó, Dorothy tuvo que poner en orden aquel batiburrillo de información. La visita de aquella española de belleza descarada e intimidante hizo que pasase varios días pensando en sus palabras.

Dorothy entró en el despacho de Selwyn dominada por la cólera y por una sensación de desconsuelo. Abordar a su jefe y amante en su oficina le permitiría, al menos, abandonar el lugar con dignidad en caso de que la conversación subiera de tono. Se esforzó en vano por reprimir su ira al ir a mostrarle aquel artículo en el que se ponía en entredicho su valía como conductora. No estaba dispuesta a admitir la idea de que aquello, por muy nefasto que pareciese, suponía más publicidad para Napier. Conocía bien las artes de él a la hora de manipularla a su antojo para tenerla contenta. Llevaba aprendido el discurso, palabra por palabra, el orden y el tono. Solo esperaba no derrumbarse cuando se viese ante él.

La puerta batió con fuerza y el periódico acompañó el estruendo cuando lo lanzó con fuerza sobre la mesa.

—¿Lo sabías? —le escupió.

Selwyn apartó el periódico a un lado, se levantó y se acercó a ella. La rodeó por la cintura para intentar calmarla. Sabía que un simple roce la haría derretirse como un copo de nieve junto a una chimenea. Ella se zafó; él frunció el ceño desconcertado e insistió.

—Debes concentrarte en las carreras —dijo con serenidad—. Dentro de un mes compites en Glasgow, Sun-Rise Hill Climb, Southport... No puedes distraerte con nimiedades como esa. —Era evidente que había visto la noticia y que no se lo había contado.

—Así que lo sabías. ¿Por qué no me lo dijiste? —La rabia de Dorothy crecía de manera exponencial.

—Ese tal Payne no es más que un charlatán, un bufón a las órdenes de lord William Somerset —respondió—. Es un hombre con mucho poder, pero no podrá detener el avance de la sociedad. Y tú y muchas otras tenéis ahora el mando del progreso.

El discurso de Edge sonó tan falso como alambicado. Dorothy no se sentía con fuerzas para replicarle, aunque deseaba decirle un par de cosas que no le habrían gustado nada. Pero no era su poder de persuasión lo que la amedrentaba, ya no. Por una extraña razón no sintió aquella debilidad que había sentido hasta ese momento, esa sensación que odiaba y que la doblegaba hasta convertirla en un títere a las órdenes de él. Fue el deseo de volver a correr, de una competición, el opio de la velocidad y la libertad que se había inoculado tres días antes y del que ya no podría prescindir.

Él, convencido de sus dotes de seductor al ver el desaliento de su presa, atacó de nuevo para

rematar.

—No quería decírtelo hasta dentro de unos días, pero tengo una sorpresa para ti —añadió seguro de sí mismo—. Dentro de una semana aproximadamente llegarán las primeras lanchas motoras y había pensado que quizá te gustaría probarlas.

Había lanzado el anzuelo y ella había picado, aunque la golosina se la comería después con otro compañero de juegos. Los de Edge ya no le resultaban divertidos. Continuó callada, en una incertidumbre muda que trastocó las tácticas de Selwyn. Se zafó remisa, casi abatida, y salió del despacho arrastrando un silencio que desentonó con su entrada iracunda.

La figura de Mohinder pegado a su De Dion verde ya formaba parte del paisaje dentro de las instalaciones de Napier. Dorothy tenía tan asimilada aquella imagen que, al acercarse, ni siquiera se dirigió al lascar, siempre atento a cualquiera de sus necesidades. Él, sin embargo, la saludó con su perenne sonrisa. Al ver que ella subía dispuesta al vehículo, lanzó a un rincón el trapo con el que estaba brillantando los faros y de un saltó se acomodó en el asiento del copiloto. Un impulso inexplicable le decía que no era buena idea dejarla conducir sola. Circularon en dirección oeste. Atravesaron los barrios de Kensington y Chiswick a una velocidad que a Mohinder se le antojó más temeraria de lo que ordenaba la prudencia. Al llegar al río, Dorothy giró a la izquierda y cruzó el puente de Kew. Bordeó el jardín botánico y se detuvo ante la Temperate House. Contuvo la amargura unos instantes hasta que se desplomó sobre el volante y rompió en un llanto desconsolado. Los espasmos agitaban su débil cuerpecito expulsando a embestidas el dolor que llevaba semanas hacinado en su tenue corazón.

Mohinder respetó su desazón y permaneció en silencio como un guardián de la pena. Cuando hubo expulsado todo su desaliento, Dorothy se incorporó e intentó, inútilmente, recomponer su aspecto, como si no hubiera ocurrido nada, como si Mohinder no hubiera estado allí. Lo miró avergonzada. Él iluminó su sofoco con la claridad de su mirada oscura. Rodeó el vehículo y la ayudó a bajar.

Caminaron hasta el interior del jardín. Una alfombra de un verde irreal dirigió sus pasos. Pasaron de largo la gran mole de hierro y cristal. Mohinder sabía que no era momento de suntuosidades. Entraron en uno de los invernaderos, también construido completamente de cristal. Una enorme piscina circular ocupaba prácticamente todo el espacio. Allí, guarecidos de las inclemencias climáticas de Londres, florecían enormes nenúfares que flotaban magníficos, señoriales; los reyes del estanque. Entre ellos, otras plantas mucho más pequeñas, jacintos, lirios, camalotes... Mohinder señaló un extremo del estanque. Cogió a Dorothy de la mano y ella lo siguió por la estrecha senda que lo rodeaba.

—¡Una flor de loto! —exclamó casi conmovido. Se agachó para contemplarla más de cerca, pero puso especial tacto en no rozarla—. En mi país es símbolo de pureza. Si tu espíritu es limpio, nacerá un *padma* dentro de ti.

Ella lo imitó y se puso a su altura para admirarla también. Era una preciosa flor blanca en forma de cáliz, de pétalos tímidamente abiertos y con una pátina rosada en el borde. En el centro, un estallido amarillo, refulgente como la pirotecnia. Era evidente que si existía la pureza absoluta, estaba concentrada en aquella pequeña planta.

—Pero debe tener cuidado de no comerla —añadió en tono enigmático—; si lo hace, olvidará su país y nunca querrá volver a casa.

Dorothy no sentía su alma como un campo abonado y rico en el que floreciera ni el más mínimo brote. Por el contrario, casi le dieron ganas de arrancar aquella flor y engullirla entera para olvidar, al menos aquel día que había amanecido aciago. O quedarse para siempre en la isla de los lotófagos, a la espera del rescate de Homero.

Se llevó la mano al cuello y a las mejillas. La humedad y el calor, necesarios para el mantenimiento de las plantas, la estaban ahogando y empezaba a sentirse un poco mareada.

—Vamos fuera —sugirió él consciente de la atmósfera agobiante.

Aunque la primavera ya templaba el ambiente y los días no eran tan fríos, Dorothy agradeció el cambio de temperatura al salir del recinto acristalado. Respiró profundamente el aire fresco y disfrutó de su paso por los pulmones. Mohinder la observó con una sonrisa que jugaba al escondite tras su boca.

Pasearon un trecho más, sin prisa, tranquilos y sin hablar, hasta que la curiosidad de ella la empujó a preguntar:

—¿Tú has comido flor de loto, Mohinder? Me refiero a si recuerdas tu tierra. ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —quiso averiguar.

Él se sorprendió por el interés. Nadie le preguntaba nunca por sus orígenes. Se suponía que, por su vestimenta, todos sabían su procedencia. Y era eso mismo, su aspecto, lo que lo situaba socialmente en un estrato inferior. Había venido de la mayor colonia de Gran Bretaña, voluntariamente o a la fuerza, pero al llegar a la isla descubrió que su espacio en la sociedad ya le estaba reservado. No difería mucho del tradicional sistema de castas de su país.

—Yo tenía doce años; llegué con mis padres desde Calcuta —explicó tranquilo—. Ellos trabajaban para un rico comerciante de té y nos trajeron aquí. Mi madre murió poco después, al nacer Kiran. Mi padre, hace unos meses; no pudo soportar perder a su esposa. Creo que murió de pena. Estuvo triste todos estos años.

—Lo siento mucho, Mohinder, no tenía ni idea... —Dorothy sintió vergüenza al no saber absolutamente nada de aquel joven que se había entregado a ella en cuerpo y alma. Aún más, se odió por no haberse interesado siquiera. No quiso ahondar más y cambió de tema—. Y Kiran ¿va a la escuela? Es un chico muy listo.

—Sí que lo es —afirmó con orgullo—. Yo le enseño a leer y escribir, como hizo mi padre

conmigo. Le cuento historias de mi tierra, pero también algunas de aquí. Es muy inteligente, lo recuerda todo enseguida.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó al descubrir que no estaba en el colegio.

—Trabajando, en Bryant & May, y en los ratos libres me ayuda con los coches —respondió pudoroso—. Así no está solo todo el tiempo.

Dorothy sintió una punzada en el estómago. Conocía la historia de aquella fábrica. Una de las primeras huelgas conocidas en el país. Las trabajadoras se rebelaron contra las condiciones inhumanas en las que se hallaban. Respiraban fósforo durante más de doce horas diarias y algunas sufrían una enfermedad que les pudría, literalmente, las mandíbulas. Le costaba imaginar a aquel niño risueño y travieso de rostro luminoso con la cara totalmente desfigurada. Decidió no seguir hablando, pues cada comentario parecía una saeta que atravesaba el alma de Mohinder.

Pasaron hasta la pagoda, una enorme construcción en mitad del parque, de ladrillo rojo, con diez niveles de altura rematado cada uno con un tejadillo. De forma octogonal, no se parecía a ningún edificio que ella hubiera visto antes en Inglaterra. En la base, veinticuatro columnas aguantaban el armazón de aquella inmensa estructura cuya cúspide no alcanzaba a distinguir. Se alejaron unos metros para contemplar mejor la altura. Un robusto cedro intentaba competir en crecimiento con la inmensa torre. Permanecieron allí unos instantes, con la vista en el cielo y la mano haciendo visera para poder divisar hasta lo más alto.

Cuando sus cuellos empezaron a resentirse, decidieron sentarse en la hierba, bajo el árbol. Aún era temprano y el parque estaba prácticamente vacío, pero el sol se había levantado generoso y les calentaba el ánimo. Ella seguía en silencio, con el pensamiento en algún rincón desconocido. La pena había echado el ancla en su pecho. No entendía por qué no sentía alegría, satisfacción, plenitud por un sueño cumplido. Por qué era incapaz de darse una recompensa.

—¿Por qué está triste, señora? —susurró él al percibir su estado.

Ella dudó unos segundos antes de contestar, quizá para sujetar la lágrima que, insumisa, subió hasta su pupila. Finalmente, lo consiguió.

—Tal vez nunca nazca en mí esa preciosa flor que hemos visto antes —respondió afligida—. Puede que no tenga la pureza necesaria. Las personas estamos llenas de ponzoña. Además, nunca se me dieron bien las plantas —bromeó lacónica—. Por eso es necesario un invernadero, para mantener su pureza.

—Eso no es cierto, señorita Levitt —rebatía él—. La semilla del loto crece en el lodo que hay en el fondo, en lo más oscuro y sucio. Después, la flor se abre paso hasta encontrar la luz. Solo hay que tener paciencia y cultivarla con cariño.

Quiso creerlo, intentó pensar que dentro de ella podría... pero la idea se esfumaba, se diluía, se desintegraba. Una vez más, Mohinder hizo uso de su magia particular. Modificó su postura, cruzó las piernas y la invitó a ella a hacer lo mismo. Se sentaron el uno frente al otro, rectos como palos.

Dorothy dibujó un interrogante en su cara, él le pidió paciencia. A ella le resultó divertido. Definitivamente, aquel hombre era una caja de sorpresas. Ella puso las palmas de sus manos sobre las rodillas, imitando su postura.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó algo reticente.

—Vamos a plantar la semilla del loto —contestó resuelto—. Solo cierra los ojos.

A ella no le importó que, de pronto, él hubiera pasado al tuteo. El momento era tan íntimo que no tenía sentido interrumpirlo. Obedeció con una sonrisa casi burlona. Imaginaba a Mohinder frente a ella, divertido, gastándole una broma. Entonces abrió los ojos. Él los tenía cerrados, pero aun así le sugirió que los volviera a cerrar. Ella lo hizo. La intuición de aquel hombre la tenía fascinada.

—Imagina una semilla —comenzó a narrar—. Pequeña como la punta de un alfiler, la más minúscula que existe. No es fácil de ver, tienes que prestar mucha atención. Pero antes, es importante espantar los pensamientos. No existen, no los queremos.

A Dorothy le pasaban mil ideas, imágenes, recuerdos, eventos por la cabeza. Aquello era imposible. Nadie era capaz de despejar la mente. Empezó a pensar, entre otras cosas, que aquello era una pérdida de tiempo.

—Cuando llegue un pensamiento, una idea, hay que dejarlo ir —continuó él—. Antes de plantar, la tierra tiene que estar limpia, no puede haber otras plantas. La semilla es diminuta y necesita germinar sola. De lo contrario, las otras no la dejarán crecer.

Lo intentó de nuevo sin éxito. En cuanto dejaba la mente en blanco, algún recuerdo, alguna imagen acudía a ella y su concentración se escapaba otra vez.

—Imagina que los pensamientos viajan en nubes. Cuando lleguen, simplemente déjalos pasar, como si el viento los empujase —añadió él con voz serena.

El silencio que los rodeaba y aquella definición gráfica ayudaron a que Dorothy pudiera relajarse. Comprendió, sin saber cómo, cuál era el objetivo de aquel ejercicio. Sintió una paz extraña nunca antes vivida. Era consciente de su ser y no le importaba aparcar sus preocupaciones en ese momento. Estaba flotando en un mar de calma, arrullada por una de aquellas nubes que cruzaron ante ella. Sintió su corazón agradecido por concederle un espacio de serenidad.

—Ahora el terreno ya está limpio, libre de invasiones, ya podemos sembrar —le escuchó decir—. Busca un rincón dentro de ti, el más protegido. —Se hizo otro silencio que no supo cuánto duró; ella solo seguía las indicaciones. Eligió la parte interna de su corazón, como la cara oculta de la luna, la que nadie había visto, ni siquiera con el telescopio más potente—. ¿Ves la semilla? Es pequeña, pero irradia una preciosa luz dorada. Deposítala en ese hueco para que germine. Es solo un punto minúsculo. Obsérvala. ¿Ves cómo se hace más grande? Apenas se percibe, va muy poco a poco. Ahora es algo más intenso, el punto está creciendo y con él, la luz dentro de ti. Siente

la luz, Dorothy. Siente cómo germina, cómo el brote emerge de ese punto. Tu pecho iluminado, mira cómo la luz se abre camino y alumbró tu interior. Bébela, pero despacio, sin atragantarte.

Dorothy sintió un placer emocional y espiritual inigualable. Aquella semilla imaginaria realmente estaba brotando dentro de ella. Se sentía como si su cuerpo fuera una maceta y dentro medrase un tallo a una velocidad inusitada. Él prosiguió.

—Ahora del brote sale una pequeña hoja. Te hará cosquillas —bromeó—, pero es agradable, ¿a que sí? Otra hoja más a su lado y otra... Uno a uno, los pétalos del loto van creciendo, nacen de tu corazón, de tu semilla, de tu tierra fértil. Siente cómo se despliegan, cómo florecen para ti, para hacerte un espíritu puro, para mostrarte tu alma diáfana. Aspira su aroma, llénate de él. Llénate de ti.

No era posible. Su cuerpo rebosaba de luz y su corazón flotaba en un fluido etéreo. Apenas palpataba, suavizado con el regalo de la placidez. Sosegado, respirando en su pecho, libre de opresiones anímicas. Ni siquiera la emoción se había atrevido a interrumpir el momento místico. Deseó quedarse allí para siempre. No fue consciente del tiempo que estuvo disfrutando de su primera experiencia meditativa. Simplemente, en un momento dado, abrió los ojos. Frente a ella seguía Mohinder, con su mirada de piélago, prolongando aquella paz con la luz que él mismo emitía, casi compitiendo con el sol, que ya tocaba su cénit. Su brillo narcótico enmudeció el entorno, un pitido tenue llenó su espacio auditivo. Náufraga de aquel silencio, encontró un asidero en el salvavidas de su boca. A duras penas, nadó hasta la orilla de la serenidad. Habían pasado pocos minutos, pero parecía que había viajado a un universo paralelo, a una dimensión ambigua, a un espacio de sigilo entre la realidad y el delirio. Ninguno de los dos hizo por retirarse y sus almas fluyeron a través de sus ojos como vasos comunicantes. Ni el amor, ni el sexo, ni la amistad habían creado en ella un nexo semejante, indescriptible, inexplicable, irreconocible, pero inigualable. Solo ellos. Eran amantes más allá del cuerpo y sabía que jamás volvería a sentir un vínculo tan hermoso con otro ser. Aquella mirada fue un compromiso, un matrimonio, una promesa.

Se levantaron, aún sin decir nada, disfrutando de la sensación experimentada y con una sonrisa tatuada en el rostro. Él la ayudó a incorporarse. Cogió su mano, ella se puso en pie y quiso, como en todo compromiso, sellar aquella unión.

Se acercó a él, que la atrajo casi con su aliento. Quiso besarle, pero los labios no eran suficiente. Rodeó su cuello, él su cintura, y se abrazaron durante largo tiempo, un tiempo indefinido. Se abrazaron para que sus corazones pudieran besarse.

A medida que iban pasando las semanas, la popularidad de Dorothy aumentaba y con ella los compromisos deportivos. Un mes después de su primera carrera, llegó la Glasgow-Londres. Cuatrocientas millas ininterrumpidas. Exigió que Mohinder la acompañase como mecánico y copiloto, además de guía espiritual, aunque esto no lo dijo. Al principio, Selwyn se negó rotundamente. Mohinder no era santo de su devoción, lo consideraba poco menos que un animal de carga al que utilizaba para el trabajo duro. Además, no le gustaba que ella pasase tanto tiempo con él. Según su criterio, era más apropiado designar a un inglés preparado y que conociera las características de los vehículos, sobre todo, del Gladiator de doce caballos que querían comercializar. Pero Dorothy hizo valer su determinación y, al final, Edge cedió. Ella no necesitaba un mecánico experto. Ella misma podía encargarse de cualquier particularidad, avería o puesta a punto. Conocía todos los modelos hasta el último tornillo y contaba con la ventaja del espejito de mano, indispensable ya en su caja de herramientas. Sin embargo, sí necesitaba a alguien que le diera la confianza y serenidad necesarias para afrontar los retos venideros.

Mohinder y Dodo, el pequeño pomerano regalo de Camille, formaban su atípico equipo. El perrito la acompañaba en casi todas sus competiciones. El hindú lo hacía siempre que podía, o que se lo permitían. Dorothy consideraba mucho más importante el perfecto estado físico y mental que tener a mano el destornillador adecuado. Quizá fue aquel paseo por el jardín botánico, la mística del ambiente, la leyenda de la flor de loto... En cualquier caso, la semilla que sembraron sentados bajo el roble había germinado en su interior, pero también en el terreno abonado entre sus dos corazones. Entre los dos se había creado una complicidad íntima y perenne. Una mirada, una sonrisa, un suspiro eran suficientes para saber el uno lo que pensaba o necesitaba el otro. Dorothy no estaba dispuesta a cambiarlo por alguien en quien no confiase, por mucho que supiera cómo cambiar una bujía.

Este cambio emocional no pasó desapercibido para Edge, que notaba cómo, día a día, su protegida se distanciaba más de él. Cada vez le costaba más doblegarla a su antojo, convencerla con una simple sonrisa seductora o desarmarla con una caricia. Ella parecía haber cambiado su interés en él por la entrega absoluta a la competición y los desafíos. Dorothy Levitt empezaba a ser una figura célebre, aparecía en la prensa, y las señoras, tanto de la alta sociedad londinense como las extranjeras, se interesaban cada vez más por aprender a conducir. Tanto que, tras la primera carrera, la marca Napier vendió varios vehículos a señoras que los requerían con

premura. Y aunque el objetivo de Selwyn era conseguir promoción y ventas, el incipiente rechazo le escocía en su orgullo de macho alfa.

Eran tantas las mujeres que solicitaban los consejos de Dorothy que decidió publicarlos. Fue el director de *The Graphic* quien le ofreció un espacio semanal en su periódico. Allí, Dorothy ofrecía recomendaciones a la hora de manejar un vehículo: herramientas, recambios, conceptos básicos, así como asesoramiento en vestuario, importante tanto en el estilo como en la practicidad.

Dorothy pensó que quizá también sería buena idea aprovechar aquel espacio en el que podía dar a conocer su pasión para lanzar algún mensaje, siempre velado entre sugerencias mecánicas, que pudiera ayudar o abrir los ojos de algunas mujeres, sobre todo ante ellas mismas. La reunión con Candela Ríos había despertado su curiosidad por lo que empezaba a denominarse movimiento feminista.

Buscó información por su cuenta. Aunque tenía verdadero interés en el movimiento y en sus ideales, prefirió ser prudente. No le convenía significarse con las personas equivocadas. Preguntó en *The Graphic*, pero solo obtuvo evasivas y un par de comentarios discretos. Decidió probar suerte. Llamó a la española para aceptar la invitación a una de aquellas asambleas.

Cuando Dorothy se lo propuso, la respuesta no fue inmediata y eso la desconcertó. Dos días después la citó en el East End, en el domicilio de una de ellas. Quizá su mente inquieta y también algo fantasiosa la hizo imaginar una suerte de aquelarre en el que un grupo de mujeres realizaba conjuros para acabar con el sexo opuesto. Sabía que no sería así, pero la incertidumbre la hizo ser cauta.

La propia Candela le abrió la puerta, tan imponente como la recordaba. Elegante, segura, con un vestido verde botella rematado en el cuello con un precioso broche y uno de sus coquetos sombreros. Y, cómo no, el más llamativo de sus complementos: su sonrisa. Al verla, le plantó dos besos en las mejillas, costumbre importada de su país. La invitó a pasar con la misma familiaridad que si se tratase de su propia casa. En el comedor, sentadas en torno a la mesa, cinco mujeres revisaban documentos, periódicos y tomaban notas. Al entrar, Candela requirió la atención de todas.

—Queridas, os presento a la señorita Levitt, aunque ya la conocéis —confirmó jovial.

Las mujeres levantaron la vista para observarla. La de más edad se colocó sobre la nariz unos quevedos que le permitieron analizar su aspecto con más detalle. La española hizo las presentaciones.

—Esa es Flora —dijo señalando a la de los quevedos—, Annie, Sylvia, Norah, la dueña de la casa, y Lucy.

Reconoció a esta última, la más joven. Era la que conversaba con Candela el día de la carrera. Norah se levantó y la saludó cordialmente estrechando su mano.

—¡Bienvenida! —exclamó. La invitaron a sentarse y Sylvia le ofreció una taza de té que aceptó

con gusto.

Hubo un instante de pausa. Dorothy tuvo la sensación de que la observaban como a un pajarillo en su jaula. ¿Se habría equivocado al querer conocerlas? La taza que Sylvia puso ante ella le dio la oportunidad de desviar la mirada y disimular su incomodidad por un momento.

—¿Qué podemos hacer por usted, querida? —preguntó Flora, que seguía con los quevedos calzados en su nariz. Su tono era dulce, cariñoso, casi maternal.

El desconcierto de Dorothy no pasó desapercibido. Cuando Candela le había propuesto asistir a la reunión pensó, arrogante, que aquellas mujeres alabarían sus logros, la adularían por su gran gesta y la sentarían en un trono para adorarla. Pero nada de aquello ocurrió. Por el contrario, parecían reacias, recelosas de su presencia.

—Bueno, yo... —Tomó un sorbo de té para darse tiempo y pensar su respuesta—. Me interesa saber cuál es su cometido, sus actividades. Creo que las mujeres necesitan personas que las apoyen y...

Lucy, la más joven, negó con la cabeza, mostrando así su desacuerdo. Norah puso su mano en el antebrazo de la chica para calmar su ímpetu. Después se dirigió a Dorothy.

—¿Eso es lo que usted cree, señorita Levitt? ¿Cree que lo que una mujer necesita es ayuda? —preguntó irónica. Dorothy no se atrevió a contestar.

—Vamos, Norah, no seas tan dura —la recriminó Candela—. Mira todo lo que ha conseguido. Es la primera inglesa que logra participar en una competición de coches y no lo ha tenido fácil.

Norah afirmó en silencio como muestra de aprobación. Aun así, expuso otros argumentos que hicieron tambalear las convicciones de Dorothy. Continuó hablando como si no hubiese escuchado la réplica de la española.

—Somos un grupo que, aunque pequeño y aún incipiente, actuamos sin ayuda de nadie. Nos reunimos y planeamos acciones para conseguir nuestros objetivos —explicó Norah—. Estamos formando una organización para conseguir el sufragio femenino, que es el asunto más importante en este momento. Usted, sin embargo, ha conseguido un hueco en un mundo de hombres porque ellos así lo han querido. Ha sido un hombre, o varios, los que han permitido que participe en esas carreras. Usted no ha conseguido nada, querida. Si está en esa posición es porque ellos han dado su consentimiento. Aunque reconozco que su... hazaña, nos beneficia a todas. En su caso, como en el nuestro, no importan los medios, sino el fin. Hay mucho por hacer y le aseguro, señorita, que nuestra prioridad no es conseguir ser iguales que ellos.

Dorothy escuchaba a la mujer con verdadera admiración. No interpretó sus palabras como un agravio, al contrario; le descubrió una perspectiva del feminismo que desconocía. Pensó en todo lo que había vivido en los últimos dos años. La sociedad patriarcal venía inoculada desde el nacimiento y las mujeres aceptaban su papel, sumiso, servicial, maternal, que las reducía a siervas de su entorno familiar y de sí mismas.

—Entiendo, no hacer sus mismas tonterías... —Dorothy recordó las palabras de Camille du Gast en París. De algún modo, parecía que un nuevo estado de las cosas pugnaba por imponerse, salir a la luz, reclamar su lugar en el mundo. Se sintió envalentonada para hacer su aporte a los argumentos de Norah—. Estoy de acuerdo con usted y, aunque he sido la primera mujer en participar en una carrera, no gané. ¿Soy inferior por eso? —Recordó el reproche de lord William Somerset tras la carrera.

Norah la miró con una sonrisa que Dorothy no supo cómo interpretar.

—Ahora empieza a entenderlo, señorita Levitt.

Se sintió reconfortada al notar que empezaba a encajar en aquel puzle del que, en un principio, se creía una pieza extraviada.

—Hemos leído algunos de sus artículos y acudimos a verla competir —prosiguió Sylvia mientras abría un ejemplar de *The Graphic*—. Sus consejos son muy útiles, pero solo para las señoras que pueden permitirse comprar un coche, una minoría muy reducida. La gran mayoría de las mujeres que necesitan esa supuesta ayuda ni siquiera sabe leer. Nosotras queremos que tengan apoyo, educación, identidad propia. Si esa «ayuda» viene de alguien como ellas, una igual, se convierte en empatía, solidaridad. Necesitamos crear vínculos entre nosotras y eso solo será posible a través de la participación.

—Queremos conseguir el voto y poder elegir quién nos gobierna —afirmó Flora al hilo del comentario de Sylvia—. Y por qué no, participar también de la política, formar parte de las Cortes y decidir sobre las leyes que se aprueban o no.

—La mayor parte de las mujeres de este país, y de casi todos, son analfabetas —añadió Candela—. Les deben pleitesía a sus maridos, que deciden por ellas, y apenas tienen derecho sobre sus hijos, a los que, en el mejor de los casos, tienen que mandar a trabajar a edades muy tempranas, siete u ocho años.

Dorothy pensó en Kiran, en su trabajo en la fábrica Bryant & May y en el riesgo que suponía para él; solo para que aquellos señores de la sociedad en la que ella se movía pudieran encender sus puros habanos mientras disfrutaban de un brandi y una copiosa comida en el club. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta la nuca cuando miró a Candela, que la escrutaba fijamente y parecía adivinar sus pensamientos.

—Siento tener que despedirme, pero he de marcharme —dijo Sylvia mientras se levantaba y cogía su abrigo—. Me espera toda una noche en tren hasta Manchester.

Todas se levantaron y la despidieron con cariño. Norah la abrazó durante unos instantes más.

—Ve con cuidado —le advirtió—. Saluda a tu madre y a Christabel. Y diles que en la capital estamos preparadas para la lucha.

—Nuestras armas están aquí —afirmó llevándose el dedo índice a la frente—. Debemos ser

prudentes y actuar con inteligencia, Norah. Señorita Levitt, ha sido un placer. Seguiré leyendo sus artículos y espero encontrar en ellos algo que despierte del letargo a muchas mujeres.

Dorothy se quedó pensando en aquellas palabras mientras las otras acompañaban a Sylvia hasta la puerta. Después, volvieron a sentarse alrededor de la mesa para continuar con la reunión.

—Usted, señorita Levitt, puede ser la voz de muchas de nosotras —aseguró al fin Norah—. A través de sus artículos, puede despertar conciencias, abrir los ojos a las féminas de la alta sociedad o de las clases más cultas. Ya hay algunas mujeres de la nobleza y esposas de políticos que colaboran con nosotras de forma clandestina. Pero necesitamos que sean más. Candela, sin ir más lejos, es un miembro importantísimo de nuestro grupo aquí en Londres.

Dorothy le dirigió una mirada de asombro que se topó con la sonrisa casi burlona de la española.

—Todos los miembros de la alta sociedad, hombres de negocios, políticos..., aparte de tener mucho dinero, tienen que alardear de ello —arguyó Candela—. Las amantes somos un símbolo de poder y posición. En todos los matrimonios, que siempre son concertados, hay una amante. Es más, el que no tiene una es sospechoso de ser invertido, tacaño o, lo que es peor, de ser fiel. —Todas soltaron una ruidosa carcajada.

—Candy nos informa de los movimientos y asuntos del Parlamento, lo cual nos beneficia, ya que podemos adelantarnos a los acontecimientos —aclaró Lucy.

—Willy es miembro del partido conservador, como bien sabes —continuó diciendo Candela—. Yo, y otras como yo, somos simples adornos, no oímos, no hablamos y, sobre todo, no entendemos. Delante de mí trata asuntos de política, del Parlamento, sus propuestas, las votaciones...

No daba crédito. Aquel grupo de mujeres de edades dispares y procedencias y ocupaciones distintas, que en el mundo que ella conocía no se cruzarían unas con otras, estaban unidas por un objetivo común. Habían dejado de lado los prejuicios, las acusaciones, la lucha de clases y las apariencias para construir juntas un proyecto. Se trataban con familiaridad e igualdad, aprovechaban sus recursos para crecer y emprender algo que a ella le parecía maravilloso, aunque quizá un poco arriesgado.

Su visión del mundo cambió aquella tarde. Había recibido una lección de vida y solidaridad, un estímulo que le abrió los ojos e instaló en ella una convicción. Entendió en qué consistía aquel concepto, aquella supuesta quimera que, en su intimidad, definió como fraternidad femenina.

Ya en el coche, mientras se dirigía a Westminster para dejar a Candela en su casa de Strand, aprovechó el viento de la noche para poner en orden su cabeza. La española la miraba divertida a la vez que sujetaba su velo para evitar que el sombrero saliera volando. Llegó a la altura del edificio en el que vivía Candela, a solo un par de portales del hotel Adelphi, donde había trabajado hasta convertirse en amante de lord William.

—Ha sido interesante —afirmó Candela—. Además, les has gustado. Las conozco hace tiempo.

Buenas noches, querida.

Se despidió con un sonoro beso en la mejilla y desapareció tras la puerta del estrecho edificio. Dorothy permaneció allí un par de minutos y arrancó de nuevo el motor.

La noche había engullido el día y digería la ciudad con dilación. En unas horas, la luz brotaría y con ella la nueva Dorothy, la que acababa de romper la crisálida.

Cuando los triunfos o fracasos de los demás son desmesurados, los seres humanos actuamos impulsados por el desprecio o la admiración en igual medida. La línea que separa uno y otro sentimiento es tan fina como el pistilo de un diente de león. Basta un suspiro para que cualquiera de las dos emociones se desvanezca y viaje flotando al otro lado.

Dorothy vivía en ese limbo oscilante entre la gloria y el descalabro. Caminaba con inseguridad en algunas ocasiones, temeraria en otras, torpe las que menos... Tropezaba sin llegar a caer. La senda que se abría ante ella era abrupta y no eran pocos los que le echaban piedras en el camino o le ponían palos en las ruedas. Y el palo más grueso tenía nombre, apellido, título y un sillón en el Parlamento: lord William Somerset.

Si bien en las últimas semanas los intentos de él por hacerle la vida imposible habían disminuido, Dorothy sabía que tenía ojos por todas partes. Los sentía clavados en ella, vigilantes, torvos. Ojos como los de Damian Payne, que observaba tras una cámara de fotos todas sus competiciones. Había sido el responsable de la publicación en el *Daily Mail* del incidente de Dorothy con William Somerset. Desde entonces, aquel pelirrojo repulsivo no faltaba a ninguna de sus carreras. Su presencia era permanente, con su sonrisa burlona y su aspecto de petimetre borrachuzo.

Aquellas semanas de aparente calma, Dorothy las aprovechó para conocer y ponerse al día en todo lo relativo a las lanchas motoras. El nuevo producto fue la golosina que Selwyn Edge le había puesto delante para seguir teniéndola bajo su dominio emocional. Y ella había mordido el anzuelo. No tardó en aprender a manejarlas. Apenas le hicieron falta media docena de entrenamientos en las aguas del Támesis para dominar la nueva adquisición de Napier. Le resultó increíblemente fácil deslizarse por la superficie del agua con aquellas máquinas. Tanto que, ese mismo mes de julio, participó en la carrera inaugural de Cork Harbour haciéndose con la correspondiente victoria.

Como había ocurrido en su primera carrera de coches unos meses antes, Dorothy fue la atracción del día. El público no quería perderse la participación de una mujer en una competición náutica. Un hecho insólito. Ella empezaba a sentirse como un monstruo de feria, una criatura rara expuesta para deleite y curiosidad de los asistentes. Poco la diferenciaba de Joseph Merrick, al que apodaban el Hombre Elefante y que era protegido de la reina Alejandra.

La monarca, junto a su esposo, el rey principiante, y las tres princesas, formaban parte del

público que aquella tarde se arremolinaba en el puerto de Cowes para disfrutar del espectáculo. El yate real estaba atracado en un lugar privilegiado para que la realeza no perdiera detalle de la carrera, sobre todo de la llegada a la meta, el momento más emocionante.

Dorothy aguardaba en la salida, apostada en su lancha. Su diseño aerodinámico contribuyó a que, un mes antes, batiera el récord de velocidad en Irlanda. En aquella ocasión repetía con la embarcación de cuarenta metros de eslora. No le había costado derrotar a la invencible Trèfle à Quatre. Quizá fue la osadía del principiante, por eso procuró ser cauta.

La carrera transcurrió sin incidentes. Un recorrido limpio, en línea recta. Aquello le daba ventaja, pues solo tenía que controlar la velocidad al llegar a la meta. Ni giros, ni curvas, ni desvíos. Utilizó la misma técnica que ya tenía por costumbre poner en práctica en su vehículo: sacar la polvera de plata. El truco del pequeño Kiran de atarla a la ventanilla del coche no le funcionó en esta ocasión. No importó. Tenía la ventaja de «adivinar» los movimientos inmediatos de sus rivales. Podía esquivarlos si, por ejemplo, veía que tenían intención de adelantar por la derecha. Y si estaban lejos, se interponía con un leve viraje del timón. Podía evitar un choque peligroso cuando alguno se precipitaba y se acercaba demasiado a ella. Era un invento, una herramienta que utilizaba con inteligencia. En cualquier caso, estaba convencida de que siempre era mucho más eficaz el talento y la astucia que la fuerza bruta. Recurrió a la frase que había escuchado en los últimos tiempos y que había adoptado como propia: «Imitar a los hombres no sirve de nada». Ella había conseguido hacer lo mismo que un hombre, pero de forma distinta. Quizá ahí estaba el secreto.

La forma alargada de la lancha multiplicaba su velocidad y alcanzaba marcas impensables en automovilismo. Eso elevaba sus niveles de adrenalina hasta cotas casi místicas. La velocidad era su religión y los vehículos sus dioses sagrados.

Miró una vez más a través del espejo. Había dejado atrás al resto de competidores. Solo uno le llevaba la delantera. Apenas necesitó acelerar en los últimos metros para sobrepasarlo. Cruzó la meta con una sensible ventaja sobre el segundo. Redujo la marcha y atracó en uno de los muelles improvisados. El mecánico de Napier la esperaba junto a su equipo. Mohinder desconocía el mecanismo y funcionamiento de las lanchas, por eso no la había acompañado. Edge la ayudó a desembarcar entre felicitaciones y expresiones de júbilo. Fue a abrazarla y ella lo esquivó. El gesto no gustó a Selwyn, aunque no se lo recriminó. La gente aplaudía y vitoreaba mientras los periodistas se agolpaban a su alrededor con sus cámaras y sus cuadernos. La asediaban a preguntas que respondía de forma errática. Incluso contestó a una de las dudas cáusticas del inquietante Damian Payne.

—¿Se siente usted como un hombre, señorita Levitt? —El periodista disparaba a matar.

Ella se detuvo ante él, mantuvo la compostura y blandió su mejor sonrisa.

—Me siento más mujer que nunca, señor Payne. Anótelo bien.

Se giró con desdén y respondió al resto de reporteros. De pronto, el silencio se instaló entre la multitud mientras se abría una brecha entre el público. Un grupo de soldados de la guardia real encabezado por un hombre espigado y ceremonioso que parecía haber agotado su capacidad de sonreír apareció frente a ellos.

—Señorita Levitt, su majestad desea felicitarla en persona. Acompáñeme, por favor. —Y permaneció impertérrito como una estatua esperando a que ella respondiese.

Selwyn Edge la miró emocionado. ¡Nada menos que el rey! Aquello era mucho más de lo que hubiera imaginado. Ella le devolvió la sonrisa.

—Será un placer —respondió emocionada, y se dirigió hacia él con intención de acompañarlo. Edge la siguió, pero se topó con la mano pétrea del emisario.

—Solo la señorita Levitt —le increpó. Y sin más, se giró para escoltar a la mujer hasta el yate real.

Selwyn no esperaba aquella negativa. Sintió cómo le hervía la sangre. Trató de calmar los nervios pensando en los posibles beneficios que aquella publicidad supondría para la marca Napier.

Una vez en el yate, Dorothy intentó hacer un repaso rápido de las normas de protocolo. No era capaz de recordar nada. En caso de duda, optaría por una reverencia, eso siempre funcionaba. No fue necesario. Nada más poner un pie en cubierta, las tres princesas corrieron hacia ella para abrazarla, olvidando cualquier formalismo o cortesía. Ella lo agradeció. Al parecer, no habían olvidado las clases de conducir que les había impartido un año antes. Para ellas había sido una liberación, un modo de abrirse al mundo, al progreso, al nuevo siglo.

Escuchó entonces la voz cálida y firme de la reina.

—Chicas, chicas, no agotéis a la señorita Levitt, por favor. —Las tres jóvenes se apartaron para dejar paso a la pareja real, que se acercaba a saludar a la vencedora de la tarde—. Tendrá que disculparlas, estaban deseando volver a verla.

El matrimonio real era tan imponente en las distancias cortas que parecía que se hubiesen desprendido de uno de los cuadros del palacio de Buckingham para acudir al evento. Él, con su traje y honores militares; ella, con un moderno vestido de organdí y su sempiterno collar de perlas. Al verlos acercarse, entonces sí, Dorothy les ofreció una torpe reverencia.

—No es ninguna molestia, majestad. Para mí es un honor...

—Así que usted es la responsable de que mis hijas anden por ahí correteando en coche. —La voz grave del rey la sobresaltó. Pensó que le iba a caer una reprimenda, pero desechó la idea en cuanto vio la sonrisa del monarca.

—Me temo que así es, majestad.

—Mi esposa y yo queríamos felicitarla por su victoria. Y las chicas se empeñaron en saludarla.

—La señorita Levitt es la mejor conductora del mundo —añadió la joven Maud.

—Seguimos sus logros por la prensa, querida —afirmó la reina.

Dorothy contuvo la respiración. Si habían leído las noticias de sus victorias, seguro que estaban al tanto del asunto del accidente con lord Somerset. Se temió lo peor.

—Y dígame, esa lancha que ha pilotado hoy ¿qué características posee? —se interesó el monarca mientras se zafaba del brazo de la reina y se acercaba a la joven con familiaridad.

—Es una máquina muy potente, majestad. Setenta y cinco caballos de potencia, hélice de tres hojas y una velocidad de hasta veinte millas por hora.

—Interesante... Y tiene una buena envergadura.

—Cuarenta pies, majestad, aunque en mar abierto apenas se nota. Es manejable y muy ligera.

—Los progresos del nuevo siglo... —dijo casi para sí el rey llevando su vista a la lancha—. Debemos avanzar con los tiempos, ¿no le parece? Un nuevo reinado supone mucho trabajo y, por lo que ha comprobado, muchos cambios. Tengo intención de modernizar ciertos aspectos, sobre todo en el Ejército. Creo que su lancha sería una buena adquisición para nuestra flota.

El comentario desinfló un poco a Dorothy. Le inquietaba pensar que lo que para ella suponía un elemento de liberación y bienestar se pudiera convertir en un arma para utilizar en quién sabe cuántas batallas.

—Majestad, debemos zarpar cuanto antes —interrumpió la voz del capitán del yate.

—Ha sido un placer, señorita Levitt. —El rey se despidió ceremonioso y acompañó a su capitán.

Las princesas se acercaron y, cuando su padre se hubo alejado, la abrazaron de nuevo y la invitaron a visitarlas a palacio. Cuando llegó el turno de la reina Alejandra, esta se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Mucha suerte, señorita Levitt, la va a necesitar. —La atrajo hacia ella y Dorothy interpretó que iba a besarla en la mejilla. En lugar de eso, se acercó a su oído y le susurró—: Tenga cuidado con ese lord.

Reina y princesas desaparecieron al interior del barco. Un operario la invitó a subir a bordo de uno de los botes que la dejaría en la orilla. No se percató del recorrido, las palabras de la reina rebotaban en su cerebro. Lo que en un principio debería haberla reconfortado, la inquietó. Aquel hombre era peligroso y hasta la reina era consciente de ello.

Sin embargo, Dorothy estaba convencida de que su enemigo no empañaría todo lo bueno que estaba por venir. Pasó unos meses tranquilos al acabar el año. Despidió 1903 con una buena colección de triunfos y participaciones en diferentes competiciones. Tras su bautizo en la Southport Speed Trial, llegaron más carreras y más éxitos: Glasgow-Londres, SunRise Hill Climb, Southport. A todos ellos se sumaron sus no menos destacadas intervenciones en varias pruebas náuticas. Cork Harbour y Cowes fueron el calentamiento para Trouville, en Francia, donde competían los mejores del mundo. La inversión de Napier en una mujer piloto debía dar sus

réditos y Dorothy los estaba compensando con creces. Sus victorias eran casi míticas y la sociedad de la época estaba conmocionada y sorprendida por su valía. Prácticamente todos los periódicos del país mencionaban a la señorita Levitt cuando publicaban sus artículos deportivos. Ella, por su parte, seguía con sus artículos semanales en *The Graphic*, en los que aconsejaba a las mujeres cómo conducir. Cada semana recibía docenas de cartas de lectoras que le pedían un asesoramiento más personalizado, sobre todo, a la hora de vestir, pues eran conocidas su elegancia y su feminidad, a pesar de, como decían algunos, querer ser un hombre. A esas seguidoras les fascinaba su facilidad para combinar estilo y funcionalidad, cómo era capaz de competir ataviada con una gabardina a juego con su sombrero. Su empeño se centraba en demostrar la igualdad de las mujeres, pero sin olvidarse de su condición.

Pero el cansancio empezó a hacer mella. Cada vez eran más habituales los mareos, el dolor de brazos y cuello, y esa presión en el pecho que apenas la dejaba respirar. Había forzado su cuerpo y era preciso un descanso. Aun así, no quiso que el doctor Alvany la examinase. Por el momento, controlaba la situación. Necesitaba reposo, y la insistencia de Candela, que la visitaba con frecuencia, la convenció.

En Napier se excusó aludiendo a la necesidad de conocer los nuevos modelos, estudiar mejoras para los vehículos y aprender más sobre el mundo del motor en general. Selwyn Edge no se lo tomó muy bien. Intentó persuadirla, usando sus rancias artes de seducción para que siguiera compitiendo. Pero, lejos de convencerla y hacer que perdiera el juicio y se doblegase a sus deseos, solo consiguió que su interés, sus zalamerías y su falso cariño le molestaran cada vez más. Insistió hasta casi dejarla sin argumentos, pero el viejo Du Cros intercedió. La edad y el sentido común le decían que si la forzaban a continuar a aquel ritmo, pronto se quedarían sin su activo más valioso. Edge era ambicioso y no tenía la inteligencia ni la empatía de su socio.

En su bonito apartamento de Portman Mansions, Dorothy revisaba documentos y cartas. Pasaba las horas respondiendo a todas esas mujeres ávidas de conocimiento y consejos. Escribía sus artículos, cada vez más conocidos; incluso recibió propuestas de Estados Unidos para colaborar en periódicos o enseñar a conducir a mujeres forradas de dinero y deseosas de innovar.

Candela entró en el salón con el arrojo y la determinación de siempre, sin presentarse ni anunciar su visita. Simplemente aparecía, para desesperación de la señora Green. Pero Dorothy ya estaba acostumbrada al carácter de su amiga española. Se diría que hasta le divertía su proceder. Ver a Candela era siempre como una mañana de Navidad. Y a Dorothy le encantaba recibir regalos.

—Me he cruzado con Mohinder al subir —soltó sin darle ni las buenas tardes.

—Sí, me trae el correo cada día, es muy amable.

Candela la miró con fingido asombro. Conocía a su amiga y era consciente del magnetismo que

existía entre ambos. Pero sabía que la educación de Dorothy le impedía ni tan siquiera fantasear con algo más allá de una relación profesional entre ella y el lascar.

—Sí, eso se nota, se nota. Es muy amable... —La española era la reina del sarcasmo. Se dejó de florituras y fue al grano—. Podrías invitarlo a cenar o a lo que sea que hace la gente normal cuando está enamorada...

Dorothy se ruborizó tanto que Candela se sorprendió. Había pronunciado la frase sin pensar, llevada por la confianza y aquel carácter suyo tan singular. Para intentar desviar la atención, Dorothy le lanzó a la española, que ya se había sentado sin que la hubiesen invitado a hacerlo, un sobre que tenía apartado sobre la mesita.

—No entiendo lo que dice, viene de Buenos Aires.

Candela rasgó el sobre y leyó en voz baja.

—Mira, es española. Se llama Eva Canel y quiere entrevistarte para su revista. —Dorothy hizo un gesto de asombro, pero no mostró más interés. Candela dejó la carta donde había estado reposando toda la tarde. Después miró el montón de sobres sin abrir que tenía su amiga en el regazo—. Eres la mujer con más correspondencia del mundo.

—¿No es increíble? Todas estas mujeres quieren aprender, saber, conocer. ¡Por fin el género femenino está despertando!

Candela la miraba satisfecha, contenta por aquel pequeño avance.

—Y ya que te has convertido en una afamada asesora..., ¿no le prestarías ayuda a una vieja amiga?

Dorothy la miró sorprendida.

—¿A ti? ¿Desde cuándo necesitas tú ayuda para nada? Eres la persona con más recursos que conozco.

—Eres muy amable, querida —agradeció—, pero sí, necesito tu ayuda. Quiero que me enseñes a conducir.

El valor, ese arrogante caballero que hasta entonces había enamorado a Dorothy, la abandonó y el miedo comenzó su sutil cortejo. Excusándose en la sugerencia del doctor Alvany de descansar, aprovechó para poner al día la correspondencia, avanzar en sus artículos y recuperar la confianza que había perdido tras los incidentes con lord William Somerset. Este parecía haber dejado a un lado su empeño en acabar con su imagen, pues ni en las mil millas de Hereford ni en Southport coincidió con él, aunque siempre se sintió observada por los ojos del fotógrafo pelirrojo, al que pagaba para controlar todos sus movimientos.

Fue en esta última prueba, en Southport, cuando comprendió que, aunque emocionante y liberador, conducir sola por las carreteras de Inglaterra no era seguro. Aquellos cinco días en solitario, sin ayuda ni acompañante, le hicieron tomar conciencia del riesgo que suponía. El mismo que para otras mujeres que se decidían a desplazarse en su propio coche. Dodo le hacía mucha compañía, pero no le proporcionaba la seguridad necesaria.

Había conseguido que Edge nombrase a Mohinder su mecánico oficial. Dorothy lo había amenazado con marcharse a otra escudería; no le faltaban ofertas, incluso del otro lado del océano. La recién creada Ford ya sabía de sus logros y la francesa Mors tenía especial interés en ella. El hindú era la única persona con la que se sentía segura. Su efecto era tal que cuando tenía que competir en solitario, sin él, volvían los dolores de articulaciones, la ansiedad, la falta de aire.

Aquella tarde de enero, que ella recordaría siempre como la más fría de su vida, Candela la esperaba en la puerta de su apartamento con su nuevo y resplandeciente vehículo, un moderno Hispano Suiza recién traído de Barcelona. La española tenía contactos importantes, de eso no había duda, y había movido los hilos necesarios para hacerse con uno de los coches fabricados en España. Dorothy le había hablado de la marca y cuando aprendió a conducir no lo dudó un momento. Cuando vio el automóvil y a Candela al volante, sonrió. Su amiga no dejaba de sorprenderla.

En 1905, Dorothy tenía varias competiciones por delante, algunas en solitario. No estaba dispuesta a arriesgar su marca personal, y mucho menos su vida. Por eso le pidió ayuda a Candela para conseguir el último accesorio que completaría el equipo necesario para una mujer conductora.

—¿Lista, copiloto?

—¡En marcha! —exclamó Dorothy mientras se ajustaba el velo al sombrero.

Cuando llegaron a Mayfair, la oscuridad arrojaba los tejados de Londres. Atravesaron Picadilly y continuaron hasta el Opera House, donde aparcaron el coche. Allí, entre algún que otro vehículo que aguardaba a que sus dueños salieran del espectáculo, no llamaría la atención. Caminaron unos metros por Floral Street hasta llegar a White Lion Street.

Todos los antros a los que hay que acceder bajando escaleras despiertan cierto morbo. La verja de acceso les dio la bienvenida con un gruñido herrumbroso. De la escolta se encargaron dos ratas que bajaban los peldaños apresuradas. Sentada en la calle, absorbiendo la humedad que manaba de los adoquines, una vieja mendiga murmuraba una letanía: «Quien encubre su pecado, jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón», quizá evocando un pasado de lujuria.

La puerta, desde fuera, no era más que la de un almacén de carga, supuestamente para el comercio de la parte superior. Candela la golpeó con determinación. Dorothy se sentía algo incómoda. Abrió una mujer cuyo género solo se revelaba por su abultado pecho; por lo demás, podría haber pasado sin problemas por un estibador del puerto. Su inexpresividad era pasmosa. Rígida como una madera, las miraba sin intención alguna de nada. Era ese vacío corporal lo que intimidaba, como si su alma se hubiera despegado de sus entrañas y fuese su espectro lo que infundía inquietud. Al fin y al cabo, los fantasmas asustan más que los humanos.

Sin preguntas ni suspicacias, abrió un poco más y las dejó pasar. El sonido del portón al cerrarse las sobresaltó; con el golpe, el ánimo que las había olisqueado instantes antes parecía haber vuelto de nuevo a su seno, al estómago del tablón andante, caído a plomo, exhausto. El único movimiento que apreciaron en la cancerbera fue el de su mano invitándolas a adentrarse en la guarida.

Candela, que iba de avanzadilla, retiró con firmeza la pesada cortina de terciopelo rojo que separaba la realidad de los más inconfesables vicios. Abofeteadas por la oscuridad inicial, adivinaron al final del local la luz del escenario. Ocho bailarinas, con camisas y gorras de marinero y unos minúsculos pantalones, bailaban y cantaban en francés. Cabezas y voces acompañaban la melodía mientras arrullaban sus jarras de cerveza y sus vasos de ginebra. Era un local inmenso. Dorothy jamás hubiera imaginado que las entrañas de Londres pudieran engullir tal cantidad de pasiones inmorales.

Apenas avanzaron unos pasos cuando una figura andrógina les indicó que la siguieran. Candela se adelantó. Ella había contactado con el vendedor a través de uno de sus muchos conocidos. Un negocio sencillo y rentable. El ser asexuado describió otra cortina. Fue como entrar en un profundo abismo. Dos velas agonizantes sobre una mesa iluminaban tenuemente a una mujer entrada en carnes y años, con poca destreza para el maquillaje y ropas raídas que un día fueron ricos paños, pero a las que el tiempo había borrado el lustre, al igual que había hecho con su dueña. Abalorios exagerados, cuentas que rebotaban en su enorme pecho, monedas tintineantes

que pendían de sus abruptas caderas. Un pañuelo de seda barata cubría su cabeza, dejando asomar una deslucida melena cenicienta.

Sin inmutarse ante la presencia de las dos mujeres, contaba monedas y billetes que después escondía en algún rincón de sus enaguas. El humo dulzón y pastoso de la estancia ralentizaba hasta los pensamientos. Dorothy intentó examinar el espacio. En los rincones, algunos cuerpos laxos, inertes, descansaban tirados en lujosos sofás y cojines. Sus rostros expresaban naufragios interiores, sueños cadentes, delirios lentos. Candela la cogió del brazo y la invitó a sentarse. La mujer seguía con la mirada perdida en sus ganancias.

—Reconocería ese lunar en cualquier parte —dijo por fin—. Me hizo ganar mucho dinero. Ya no te prodigas mucho por aquí, Candy —se dirigió a la española con cierto aire de reproche—. Veo que has progresado. Siempre fuiste lista. Me alegro por ti.

—¿Tienes lo que te pedí? —Candela atajó el hilo de la conversación. No estaba dispuesta a rememorar su pasado. La vieja Samantha la había ayudado en sus inicios en Londres, pero a un precio demasiado alto.

Con un movimiento casi automático, dejó un revólver sobre la mesa, un Colt que, a buen seguro, llevaba en su mecanismo demasiadas amenazas y no menos muertos. Desgastado, sin brillo, con el nácar de la empuñadura amarilleado. Su mano experta lo cogió y lo abrió para mostrar la mercancía.

—Está en perfecto estado —aseguró resuelta.

Dorothy miraba la escena asombrada. Candela lo examinó y asintió dando así su aprobación. Abrió su pequeño bolso y sacó un puñado de billetes.

—Una libra, como acordamos.

La mujer cogió el dinero y se lo guardó en el escote.

—¿No vas a contarlo? —preguntó Candela sorprendida.

—Nunca me diste problemas. ¿Por qué ibas a hacerlo ahora? Además, dinero no te falta y sabes que no te conviene jugármela.

Candela hizo amago de levantarse y Dorothy la imitó.

—Quizá a tu amiga le apetezca un sueñecito. Invita la casa, por los viejos tiempos —propuso mientras hacía tintinear con un gesto sus abalorios y señalaba los cuerpos que yacían sobre las almohadas de terciopelo.

La española no contestó, tampoco Dorothy. Sin despedirse, salieron del antro a toda prisa.

Dorothy aspiró con fuerza el aire helado de la noche. La atmósfera sofocante del local la había dejado sin respiración y su endeble corazón trabajaba a marchas forzadas para proporcionarle un poco de aliento. Había sido una experiencia desagradable a la vez que fascinante. No había pasado tanto miedo en toda su vida.

Recuperada y con fuerzas renovadas, Dorothy volvió a la competición automovilística dispuesta a batir todos los récords. Completó la carrera Londres-Liverpool, el recorrido más largo realizado por una mujer piloto. Dodo y su revólver le dieron la seguridad perdida meses antes, aunque mantenía ese resquicio de prudencia, o de miedo, fundamental para no relajarse y permanecer alerta.

La Brighton Speed Trials iniciaba su andadura después de muchos contratiempos y no menos dificultades. Asfaltada por fin la carretera de la playa, la prueba ya podía celebrarse. La parrilla de salida, situada en el muelle Palace Pierre, bullía de coches, operarios, mecánicos y pilotos preparados para anotar sus marcas en aquella primera carrera. Mohinder repasaba los neumáticos mientras Dorothy revisaba el carburador. No iba a permitir que se repitiese el incidente del año anterior en Hereford, cuando un fallo de esa pieza la había dejado fuera de la competición. No entendía qué había podido pasar en aquella carrera. Nunca iniciaba una competición si no estaba segura de que todo estaba en perfecto estado. Pensó en las malas artes de personas que querían acabar con ella, pero intentó apartar ese pensamiento de su cabeza. No tenía sentido. ¿O sí? En cualquier caso, nunca estaba de más un último repaso a la maquinaria y al equipo.

Mientras buceaba en las entrañas de la máquina, una voz tras ella gritó:

—¡Dorothy, *ma chérie*! ¡Qué placer verte!

Sonrió con la cabeza aún metida en el motor y a continuación se irguió para recibir a la dueña de aquel acento francés tan peculiar que tan buenos recuerdos le traía.

—¡Camille, querida! —Se acercó a ella y la saludó como solían hacer los franceses, con un par de besos en las mejillas acompañados de un cálido abrazo.

—Cuando me enteré de tu participación, no quise dejar pasar la oportunidad de verte. Y aquí me tienes, dispuesta a machacarte.

Se echaron a reír y se abrazaron de nuevo. Entre ellas no existía la rivalidad, solo una competitividad fraternal que las unía en su pugna. Camille observó el vehículo de Dorothy. Admiraba las cualidades de cualquier coche, aunque no fuera el suyo. Mientras lo rodeaba, Dorothy continuó hablando.

—Me enteré de la prohibición en Francia, una pena —dijo compungida.

—¡Esos mequetrefes machistas! Si creen que me van a parar, están muy equivocados. Si no puedo correr en Francia, lo haré en otra parte. El mundo es muy grande, querida. —Cuando llegó a la parte de atrás, vio al pequeño Dodo tumbado cómodamente en el asiento—. ¡Pero mira quién está aquí! Mi pequeño tesoro. ¿Cómo está mi bebé?

La francesa se deshacía en mimos y carantoñas con el pomerano que años atrás ella misma le había regalado. Era notorio su amor por los animales y se alegró de encontrar al perrito bien cuidado y repleto de cariño.

—Es mi mejor copiloto —añadió Dorothy—. Me acompaña en todas las competiciones. Pero

hoy será mejor que se quede a ver la carrera.

En ese instante se acercó Mohinder que, solícito, cogió al animal en brazos y le regaló a Camille una hermosa sonrisa que la conmovió.

—¿Quién es ese marajá tan guapo? —Dorothy no pudo evitar ruborizarse—. Ah... ya entiendo. No tienes mal gusto, no señora. —Y coronó el comentario con un guiño—. Bueno, querida, te dejo. Mi De Dietrich me espera para darte una paliza.

Camille se alejó lanzando un beso al aire. Dorothy lo atrapó para guardarlo como un tesoro.

Ya montada en su Napier de ochenta caballos, con el motor en marcha y lista para pisar el acelerador, tuvo un momento de distracción. Miró a su izquierda y reconoció el Triumph de lord William. Una fuerza irreprímible la empujó a girar la vista, que se topó con su sonrisa sardónica y repulsiva. En unas décimas de segundo, hizo un repaso mental del estado del vehículo. No le dio tiempo a reflexionar. La bandera se alzó y el resto de coches la adelantó mientras ambos seguían con su pulso visual. Entonces Dorothy llevó la mano al cajón de debajo del asiento, cogió su polvera (aunque su instinto la hizo pensar en el revólver) y aceleró al máximo. No le importaron los demás. Su visión estaba centrada en el reflejo, en no perder de vista a su eterno rival. La inercia la llevó a adelantar a todos sus contrincantes, esquivándolos con destreza. No buscaba la meta, por el contrario, su victoria fue producto de la huida de su mayor enemigo.

El nombre de Dorothy Levitt ya era imprescindible en los circuitos. Los mecánicos y los propietarios de las marcas de coches de toda Europa tomaron consciencia de cuánto habían aumentado las ventas de Napier desde que ella había empezado a competir con sus vehículos. Los periodistas la adoraban, las mujeres querían ser como ella, las otras marcas intentaban estrategias de competencia sin mucho éxito. Fue la francesa Mors la que le ofreció a Dorothy un modelo nuevecito para competir en la isla de Man. La propuesta la seducía más de lo que ella hubiera deseado.

En una de las reuniones con sus amigas de la Women's Social and Political Union, conocida como WSPU, comentó con ellas el ofrecimiento. Lo hizo sin ninguna intención, simplemente como una anécdota. Para su sorpresa, se mostraron encantadas. La animaron a competir en la isla que para ellas era como un santuario. Dorothy no entendía tal exaltación. Fue Millicent Fawcett, a la que conoció ese mismo día, la que aclaró sus dudas.

—La isla de Man es un lugar sagrado para nosotras, querida. Un bastión que defendemos desde 1881. Allí votaron las mujeres por primera vez.

Dorothy prestó más atención.

—No sabía que algunas inglesas ya habían podido votar.

—La isla de Man y Nueva Zelanda fueron los pioneros. Su autonomía permitió que aprobasen la ley de sufragio, aunque solo para las solteras y viudas, claro está. Las casadas ya tienen unos maridos que piensan y deciden por ellas —aclaró Millicent sarcástica.

—Tú no tienes ese problema, querida Millicent —apuntó Lucy, la jovencita con la que Dorothy ya había coincidido en otras ocasiones.

El padre de Millicent había sido un gran defensor de los derechos de la mujer. Luchó de forma activa hasta que consiguió que Elisabeth, su otra hija, ingresase en la universidad y se hiciera médico. El marido de Fawcett también era un conocido feminista, aunque su lucha se veía limitada debido a una ceguera que la propia Millicent compensaba con cariño y paciencia.

—No cabe duda de que sería algo simbólico —agregó.

—Estoy un poco confusa —confesó Dorothy—. Pensé que la lucha por el voto era solo cosa de mujeres...

—Ese es el gran error, querida. —Ahora era Flora quien hablaba—. Es importante educar a las niñas en la igualdad de oportunidades, pero más importante, si cabe, es educar a los varones en

los mismos valores. De ese modo, en el futuro, las mujeres no tendrán que luchar contra los hombres, sino que habrá igualdad y todos formarán parte de la vida.

Dorothy reflexionó sobre aquellas palabras. La clave no estaba en dirigirse en línea recta hacia el objetivo, sino en despejar el camino, abonar el terreno y sembrar los campos que fueran atravesando para obtener los mejores frutos. Pero eran necesarios el tiempo, la paciencia y la tenacidad. Probablemente ninguna de ellas llegaría a ver el resultado, pero su aportación era indispensable. Dorothy se conformaba con ver algún brote, tímido e indefenso pero heroico y fuerte.

Por mucho que ella persistió, el deseo de Dorothy de participar en la isla de Man se vio truncado. Edge, en principio, aludió a la peligrosidad del trazado del circuito, pero ante la insistencia de ella no le quedó más remedio que desvelarle los verdaderos motivos: no podía arriesgarse a perder su mayor activo, la gallina de los huevos de oro que había multiplicado por tres las ventas en los últimos años. Dorothy Levitt era un producto creado por él y no estaba dispuesto a venderlo, mucho menos a regalarlo. Si Mors quería una mujer piloto, que se buscara a otra, aunque él sabía bien que no obtendría el mismo resultado. Él tenía a la auténtica, la original; cualquiera que llegase después supondría una mera imitación. Por no hablar de que resultaría muy difícil, por no decir imposible, que superase a Dorothy. Sería una locura entregarla a los brazos de la competencia.

Los argumentos de Edge ya no venían acompañados de zalamerías ni arrumacos. Se había desnudado, su máscara había caído dejando al descubierto su verdadera personalidad. Le traían sin cuidado las ideas feministas de Dorothy y su apoyo a los derechos de las mujeres; es más, ni tan siquiera sabía lo que era el feminismo. Al contrario, él la había utilizado, como habían hecho prácticamente todos los hombres con las mujeres desde que el mundo era mundo. Dorothy sintió que el nudo de su estómago se apretaba más. La cuerda se había tensado, sabía que estaba atada a él y a Napier, pero ahora era mucho más en corto.

Su débil corazón se esforzaba en procesar el disgusto. La decepción era tal que ni siquiera era capaz de desahogarse con el llanto. Caminó hasta el taller, trastabillando por la turbación. Conducir era lo único que podría calmarla. La velocidad, el viento en la cara.

Mohinder estaba cambiando un pistón y engrasándolo con sus manos expertas. Cuando la vio acercarse, advirtió la tristeza en su gesto. El hechizo en el que estaban atrapados imantó sus miradas. El corazón de él parecía agrietarse al ver su pena. El de ella se templó al encontrar un refugio. Envolvieron sus cuerpos en un abrazo interminable. Lloró sin saber muy bien el motivo concreto, por todo lo que llevaba dentro y no había podido o sabido expresar. Por la sinrazón y los abusos. Pero su corazón libre de zozobra abrió las compuertas y liberó la presión, las lágrimas refrescaron su alma inquieta y flotó en un mar de serenidad. Permanecieron enlazados dos minutos, o dos eternidades. Después, aflojaron sus pechos, se miraron, sonrieron. Él acarició su

mejilla, dejando un manchón de grasa. Sus frentes chocaron, después sus narices, hasta que, al final, sus labios convergieron, como dos afluentes, para desembocar juntos en un mar de ternura.

Inglaterra vivía tiempos desconcertantes. Un pasado tradicional y conservador amparado por más de sesenta años de reinado victoriano se había topado de pronto con una sociedad cambiante, una modernidad incipiente en lo cultural, en lo científico y en lo social. Y por supuesto en lo político. El partido liberal supo aprovechar la circunstancia, ofreciendo al electorado todo aquello que anhelaba. Y dio sus frutos, lo cual no gustó nada a los miembros del Parlamento, la mayoría terratenientes conservadores, entre los que se encontraba lord William Somerset.

—¡Dos tercios, dos tercios del Parlamento! —vociferó el lord mientras golpeaba la cornisa de la chimenea con el periódico—. ¿Sabes lo que significa, Dangerfield?

—Los tiempos cambian, amigo mío —aseguró su colega—. Lo único que nos queda es presionar desde la oposición.

—Primero el presupuesto del pueblo y ahora esto... Ese maldito esquilador de ovejas y su amigo, el mequetrefe de Churchill. Deberíamos haberlo rechazado en su momento. —El enfado de lord William era notable.

—No se ha hecho en doscientos años, sería algo muy raro, pero... cada cosa a su tiempo. Ahora hay otros temas más urgentes que tratar. —Dangerfield desvió levemente el tema sin saber que estaba a punto de alterar aún más a su amigo—. Las sufragistas empiezan a ser un problema.

—¡Ja! Lo que nos faltaba. Si los laboristas han conseguido semejante victoria con el voto masculino, imagina si las dejamos votar a ellas —bramó.

—Pero no solo votarían las sufragistas —continuó diciendo su colega mientras, sin inmutarse, chupaba su pipa y expresaba una idea con cada exhalación—. También lo harían nuestras mujeres, esposas, hijas, madres, vecinas... ¿Y a quién crees que votarían? ¿A los liberales, arriesgándose a perder sus privilegios y su posición de poder? No, amigo; como buenas esposas, votarían a quien su marido o padre dijese; incluso, si tuvieran dudas, su confesor sabría cómo guiarlas por el buen camino. El problema es que el activismo de esas mujeres puede llegar a ser más político que de género.

—¿Me estás diciendo que un puñado de desequilibradas insatisfechas puede llegar a tomar parte en la política? —se burló el lord.

—Están empezando a reivindicar mejoras laborales, salarios, horarios, ya sabes. Y eso puede arrastrar a muchos hombres también.

Lord William Somerset se pasó la mano por el pelo negando incrédulo. En ese momento, Paul,

el mayordomo, interrumpió.

—Tiene una visita, milord —anunció flemático.

Dudó un instante, hasta que recordó que había citado esa misma tarde a Damian Payne, el fotógrafo. Dangerfield aprovechó el anuncio para despedirse.

—Nos vemos este viernes en el club —le recordó mientras estrechaba su mano.

Unos minutos después, el fotógrafo entró en la biblioteca. Antes de saludar, se quitó la gorra y la retorció entre las manos.

—Buenas tardes, lord Somerset.

Sin ni siquiera girarse, su anfitrión le habló al tiempo que abría uno de los cajones del escritorio y sacaba un sobre. Lo lanzó sobre la mesa. Damian ya sabía lo que significaba.

—Necesito material nuevo —fue lo único que dijo.

El fotógrafo cogió el sobre. Hizo un mohín de descontento que lord William no apreció. Se guardó el dinero y salió a la caza de las presas que su cliente le requería.

Había encontrado un nuevo filón y no le sería difícil conseguir carne fresca.

La noche se impacientaba y los esfuerzos de Candela no daban resultado. Había recorrido el East End durante dos días; ya solo le quedaba la zona del Bow, donde se encontraba Bryant & May. La fábrica de cerillas era famosa no por la calidad de sus productos, sino por las revueltas que habían tenido lugar veinte años atrás, cuando las trabajadoras se declararon en huelga y exigieron más protección y mejores condiciones laborales. Desgraciadamente, aquello había caído en el olvido y la factoría había vuelto a contratar a jovencitas en una situación deplorable. Además, habían ampliado su abanico explotador a niños de corta edad como Kiran. Eso fue lo que empujó a Candela a buscar en aquella zona. Era uno de sus últimos recursos tras semanas merodeando por los peores barrios, los antros más infectos, el infierno en vivo. Lugares que había abandonado años atrás, pero que conocía bien. Nadie que haya sobrevivido al infierno desea volver a él.

Aquella fábrica era el último lugar en el que buscar antes de recurrir a donde no quería acercarse: el puerto, terreno de viciosos a los que les daba igual una mujer, una niña o un niño. Intentó no pensar, aunque su pasado hacía que fuera muy consciente de esa posibilidad.

Desde que conoció a Kiran en la carrera de Dorothy, una fuerza la había empujado a interesarse por él. Una preocupación casi obsesiva que la lanzó a las calles en busca del pequeño. Quizá fuese empatía, al recordar las condiciones en las que ella había vivido durante años, o quizá fuese aquello que llamaban instinto maternal. En cualquier caso, encontrarlo se había convertido en un reto y le preocupaba no dar con él. Al principio pensó en contárselo a Dorothy, pedirle ayuda y, entre ambas, sacar al chiquillo de la miseria, pero su amiga ya tenía suficientes problemas como para cargarla con uno más. Además, estaba su relación con Mohinder y también el hecho de que Edge fuera el jefe de los dos... Demasiada gente implicada en un gesto humanitario que, al fin y al cabo, solo tenía importancia para ella. Kiran podía estar en peligro y ella era la única que podía ayudarlo.

Era casi de noche y temía tener que encender los faros. No era habitual ver un lujoso vehículo por aquella zona. Y mucho menos conducido por una mujer. Se estaba arriesgando mucho.

Se detuvo en la esquina de Blondin Street, desde donde podía observar la salida de los trabajadores sin ser vista. Pasaron pocos minutos antes de que la estridente sirena anunciara la salida de los trabajadores. El edificio los escupió como muertos vivientes salidos de sus tumbas. Los harapos, los rostros comidos por la miseria y el cansancio conformaban una escena que daba vergüenza ajena. Tras un grupo de chicas que, aun poseídas por la desventura, reían como quien

invoca la esperanza, salían unos cuantos niños. No le costó reconocerlo; su piel morena y su diminuto sari blanco, desleído por la suciedad, eran inconfundibles. La caterva se fue dispersando y el pequeño avanzó por la acera con paso ligero. Ya había oscurecido y el miedo impulsaba su huida. Ni siquiera se percató del vehículo hasta que oyó la voz de la mujer.

—¡Kiran! —lo llamó cuando estuvo a su altura—. ¡Hola!

Él se detuvo y, al ver el coche, dio un paso atrás. Miraba con curiosidad, algo le resultaba familiar en aquella mujer, pero el instinto de supervivencia lo mantenía en guardia.

—¿Te acuerdas de mí? —Candela utilizó su tono más dulce para evitar que el niño saliera corriendo asustado.

Se estiró un poco hacia la puerta del copiloto. Él se acercó cauteloso. Cuando pudo reconocerla, una enorme sonrisa se dibujó en su cara. Era aquella mujer tan simpática y guapa que le había regalado un curioso caramelo pegado a un palo. Candela abrió la puerta y lo invitó a subir.

—Sube, te llevo a casa.

Los ojos de Kiran se abrieron como luceros. Aunque había visto muchos coches, sobre todo cuando acompañaba a su hermano Mohinder a las carreras o al taller, nunca había montado en uno. Se acomodó en el asiento, los pies aún no le llegaban al suelo.

—Hoy serás mi copiloto —y acompañó el comentario con un guiño.

La inercia del arranque lo empujó a sujetarse a la puerta. Pero cuando su cuerpo se estabilizó, se dejó embriagar por aquella ciudad que, desconocida desde su nueva posición, transcurría a velocidad de vértigo ante sus ojos.

En un portal oscuro, a unos metros de ellos, una figura asomó y la tenue luz de la luna iluminó su barba pelirroja. Observó el coche alejarse. La presa se le había escapado.

Una notable inquietud jugueteaba en las entrañas de Dorothy. Desde hacía tiempo, esa misma incertidumbre la asaltaba en todas las competiciones, justo en la parrilla de salida. Se sintió desasosegada, pese a los intentos de Mohinder de tranquilizarla momentos antes, mientras revisaba el vehículo. Lo conocía al centímetro, nunca dejaba un detalle al azar. Intentó localizar a su enemigo. Ya era inevitable sentir la amenaza de lord William Somerset en cada carrera. Se encontraba dos posiciones por delante de ella, en diagonal. Eso la tranquilizó. Tenerlo a la vista en el arranque le daría tiempo para reaccionar y advertir sus movimientos.

La carrera de Blackpool era especialmente conocida por el trazado, pero sobre todo por la meta, situada en el pequeño parque de atracciones del final del muelle Victoria.

La salida fue tranquila, sin maniobras agresivas. Buscó los huecos que le darían ventaja y dificultarían el adelantamiento de los contrarios. Adelantó fácilmente a varios vehículos, entre ellos el Triumph de lord William, que circulaba más lento de lo normal hasta que desapareció de su campo de visión. Abrió la polvera y lo buscó en el reflejo. Lo localizó tras ella, a bastante distancia y en el lado opuesto de la calzada. No era normal. Su tendencia natural era intimidarla, dentro y fuera de los circuitos. Aceleró, esquivó, serpenteó. En un claro del trazado, centró el vehículo en la calzada. Miró una vez más por el espejo. Una ventaja considerable la separaba del resto. Era su oportunidad. Un nuevo récord al alcance de su mano, apenas unas millas. Pisó el acelerador a fondo y concentró el alma en sus pies. Con la vista fija en la carretera, no percibió la vibración y el leve movimiento del capó. Aceleró un poco más y fue entonces cuando un pedazo de chapa se le vino encima. Sus reflejos llegaron al rescate. Frenó en seco y se agachó hasta casi quedar tumbada en el asiento del copiloto. En décimas de segundo sintió la sombra del metal planear sobre su cabeza. En un instante recuperó la posición y continuó. Apartó momentáneamente la imagen de la pieza volando por los aires. El humo chocaba contra el parabrisas dificultando la visibilidad. Casi por inercia, logró cruzar la meta.

Mohinder y Selwyn acudieron apresurados a asistirle. Solo entonces fue consciente del peligro que había corrido. El cristal estaba roto en un extremo y el motor totalmente dañado. Pero a pesar de todo, había batido su propio récord.

Durante la entrega del premio, en el escenario del pequeño parque de atracciones, su cabeza no paraba de dar vueltas. El público aplaudía y vitoreaba, pero ella parecía observar la escena desde un plano cenital. La chapa volando sobre ella, la pasividad de lord William Somerset, sus

suspicias... Los pensamientos eran tan intensos que su mente fue incapaz de gestionarlos. Su visión se nubló y el vértigo la precipitó al vacío en el mismo instante en que la oscuridad la invadió. Lo último que oyó fue su cuerpo cayendo al suelo.

Candela llegó justo cuando la señora Green despedía al doctor Alvany. Fue una suerte enterarse de primera mano del estado de salud de Dorothy. Acudió lo más rápido que pudo, pero justamente esos días, lord William Somerset la había requerido para un viaje corto a Manchester.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó impaciente.

—Ha sido solo un susto, pero debe guardar reposo. Su corazón es más débil de lo normal, no puede alterarse bajo ningún concepto. —El tono del médico sonó más serio de lo que Candela hubiera deseado.

—Descuide, doctor, nos ocuparemos de que así sea.

—Les he dejado anotados los medicamentos que debe tomar, sin excusas —añadió mirando a la señora Green, que asintió para darle a entender a Candela que ya se había ocupado del asunto.

—Muchas gracias. —Un impulso la llevó a plantarle un beso en la mejilla. Él sonrió con agrado, sorprendido por el carácter besucón de los españoles. Después se despidió con el típico gesto de tocarse el sombrero.

Rodeada de cojines, mantas, almohadones y sábanas bordadas, Dorothy se sentía como un pedazo de carbón en un cofre de terciopelo. Se encontraba bien, no entendía por qué la mantenían aislada como un pajarillo enjaulado, sin poder levantarse y obedeciendo las órdenes del médico y de la señora Green. Cuando vio entrar a Candela, terminó de resignarse. Ella tampoco iba a dejar que se moviera de la cama y mucho menos que saliera a la calle. Lo de conducir, de momento, ni se le pasó por la cabeza.

—Eres una estrella, querida. —Candela irrumpió en la habitación con su arrollo acostumbrado y le lanzó un par de revistas—. Y te desmayas con una elegancia innata. Eso sí que es un desvanecimiento como Dios manda.

—¡Oh, Dios mío! ¿No me digas que los periodistas han escrito eso?

—Nooo, no te preocupes, me lo contó tu querido Mohinder. Mira, aquí: «La chica más rápida del mundo» —le señaló en una de las páginas del periódico—. Y una página completa en el *Penny Illustrated*.

Dorothy leyó con atención y una sonrisa de satisfacción brotó en su cara. No era vanidosa, pero gozaba cuando conseguía hacer bien su trabajo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Candela ya más serena y cariñosa.

—Estoy perfectamente; no sé por qué tengo que estar aquí tumbada, como si fuese una moribunda —protestó.

—Dothy, cariño, el doctor dice que tu corazón está débil. No puedes abusar de tu fortaleza. Y tampoco tienes que demostrar nada a nadie. —Su tono era serio, algo exhortado—. Por cierto, ¿qué hora es?

—Las tres y media —respondió Dorothy mirando el reloj de pared que tenía enfrente—. Y cuéntame, ¿cómo ha ido por Manchester?

—Cada vez odio más esos malditos viajes. Además, desde lo de las elecciones, Willy está de un humor de perros. Creo que hay algo que... quizá son imaginaciones mías, pero tengo la sensación de que está tramando algo. En Manchester se reunió con otros miembros del partido, pero no pude averiguar más. Todo se llevó en secreto. Yo me limité a pasear e ir de compras.

—Deberías dejarlo, Candy, tú te mereces algo mejor —protestó Dorothy—. No puedes estar siempre a su servicio para satisfacer sus deseos. Es un hombre asqueroso, ruin y execrable.

—¿Y qué haría entonces? —Candela siempre era realista—. No conozco más oficio que el que tú sabes. Con él tengo dinero, todos los caprichos que quiero y, además, soy una buena fuente de información para las chicas —dijo refiriéndose a las sufragistas—. La lucha se hace desde todos los frentes. No tengo delirios de grandeza. Mi militancia es valiosa. No salgo en los periódicos, pero eso no me hace menos importante. Y me da ventaja. Hay muchas como yo, incluso dentro de la alta sociedad; algunas mujeres nos ayudan a espaldas de sus maridos. Tú eres una cara visible, un símbolo de nuestra reivindicación, pero hace falta tener argumentos, razonamientos, equipo y, sobre todo, voluntad.

Candela volvió a mirar el reloj. Dorothy la notaba inquieta, algo poco habitual en ella, la reina del temple y la serenidad.

—¿Qué te ocurre? Te noto nerviosa —apuntó al fin.

—Nada, ¿qué me va a pasar? Bueno, y ahora que tienes que guardar reposo, ¿cuál es tu plan? —Candela desvió la pregunta de su amiga.

—He pensado que, ya que mis artículos interesan a tantas mujeres, voy a escribir un libro, una especie de manual. Al periódico *The Graphic* le encanta la idea.

—¿Y qué opina Edge? —preguntó Candela desconfiada.

—Está de acuerdo, siempre y cuando recomiende sus coches. —Su amiga la miraba con recelo—. No me mires así, lo nuestro ya acabó hace tiempo. Solo somos jefe y empleada, nada más. Nuestra relación se ciñe a lo estrictamente profesional.

La española sabía que, aunque Dorothy había conseguido apartarse de aquella relación tóxica gracias a Mohinder, el orgullo de él no le permitiría olvidar el asunto así como así. Igualmente, se alegró por ella.

—Me alegro mucho. —Se inclinó y le dio un beso en la frente—. Ahora tengo que marcharme.

—¡Un momento, señorita! ¿A qué viene tanta prisa? Llevas toda la tarde mirando el reloj. De aquí no te marchas sin antes contármelo —le ordenó.

Candela suspiró.

—Está bien, te lo contaré, pero prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Prometido.

El relato sobre el pequeño Kiran sorprendió a Dorothy. Nunca hubiera imaginado que su amiga se embarcaría en una aventura como aquella. Llevaba varios meses acudiendo a la salida de la fábrica de fósforos para acompañar al chiquillo a su casa. Le compraba ropa y cada día le preparaba un paquete con comida y alguna golosina, sobre todo los caramelos con palo que tanto le gustaban. No sabría explicar la conexión que había sentido con aquel niño cuando lo conoció. Dorothy había sido testigo, pero no imaginaba que fuese tan especial. La bondad de Candela se atisbaba tras su máscara de fortaleza e indiferencia, eso era inevitable, pero ahora había demostrado que esa generosidad iba acompañada de una ternura que, sin pretenderlo, reforzó su maltrecho corazón.

Cuando los deseos y las pasiones se ven interrumpidos por los prejuicios y las normas establecidas pasan a ocupar siempre el segundo lugar, junto a la indefensión. La misma que Dorothy sentía de pequeña en los juegos de chicos, en las carreras o ante la prohibición de montar a horcajadas a caballo como los varones. Por mucho que ella conservase su feminidad, una señorita debía comportarse como tal y no parecer un marimacho.

Hugh Locke King, un *gentleman driver* adinerado y apasionado por los coches y las carreras, había construido el primer circuito permanente de Inglaterra a escasas veinte millas de Londres. Dos millas de asfalto en perfecto estado, con curvas peraltadas y dos rectas de más de media milla. Un espacio perfecto para poner a prueba los vehículos.

A excepción de Bexhill-on-Sea, Dorothy llevaba casi seis meses sin participar en una competición y vio en Brooklands la oportunidad perfecta para volver a las pistas. Su éxito era más que notorio, así como su valía, demostrada carrera tras carrera.

El magnate, que gastó casi toda su fortuna en la construcción del circuito, consiguió que se finalizara en un tiempo récord de nueve meses. Aún estaban acabando los últimos detalles cuando se abrieron las inscripciones. Pero Dorothy se topó de lleno con la realidad: no se permitía la participación de mujeres.

—No entiendo por qué no quieres acompañarme —dijo Edge mientras preparaban el Napier de seis cilindros con el que quería establecer un nuevo récord de velocidad—. Me gustaría presentarte a Ethel; es más, creo que deberías conocerla.

—Es que no puedo creerlo. Fuiste tú quien lo animó a construir esa pista —protestó furiosa—. He batido todos los récords, soy la mejor piloto de toda Gran Bretaña, te conoce. Y Ethel... mejor no quieras presentármela porque le... —Dorothy interrumpió la frase. Estaba tan rabiosa que hasta los insultos le parecían poco.

—Ethel ya tiene bastante con la enfermedad de su marido. Ha tenido que acabar las obras ella sola, sin ayuda. A veces te crees que eres la única mujer que hace algo excepcional —le recriminó él.

—Pues si es tan excepcional y fantástica, ¿por qué no nos permite competir? No soy yo sola, hay muchas más. Larkin, sin ir más lejos, también quiso inscribirse.

Selwyn se acercó y suavizó el tono. En un intento desesperado por recuperar el control, volvió a sus zalamerías.

—Vamos, cariño, te prometo que el nuevo modelo será el mejor. Voy a estar veinticuatro horas metido en esa maravilla. No puedo ponerme nervioso; lo que debes hacer es procurar que esté tranquilo. ¿Lo prometes?

Pero en cuanto se le acercó para abrazarla, ella se revolvió como una lagartija. Apenas soportaba mirarlo y mucho menos que la tocase. Cogió el sombrero y, como despedida, le dedicó una mirada desdeñosa y llena de resquemor.

Selwyn Edge era el rey de las influencias. Seductor y encantador de serpientes, había conseguido que el proyecto inicial de Locke se ampliase para que el circuito, sencillo en un principio, fuese célebre por su velocidad y seguridad.

Dos días antes de la carrera oficial, Edge realizó la prueba de velocidad que lo convirtió en casi una leyenda. Veinticuatro horas en su Napier, a una velocidad constante, parando únicamente para repostar. Él tampoco esperaba aquella prohibición, pero en su fuero interno se alegró de ser él, por una vez en mucho tiempo, el protagonista del evento.

La salida tuvo lugar a mediodía. El Napier se deslizaba por el asfalto como un trineo en un campo nevado. Tomaba las curvas encajando los neumáticos, ajustando el volante con un leve movimiento. Cuando el sol cayó, los operarios se apresuraron a encender los faroles y bengalas que se habían dispuesto alrededor de toda la pista para facilitar la visibilidad. Setecientas noventa vueltas, casi mil seiscientas millas en veinticuatro horas. A las doce del mediodía del día siguiente, Edge atravesó la meta. Los mecánicos acudieron a sacarlo del vehículo, ya que le era imposible hacerlo por su propio pie después de tantas horas. Los asistentes aplaudieron la hazaña. Algunos de ellos permanecían allí desde la noche, otros acababan de llegar. Aquel día, Edge estableció un récord que tardaría diecisiete años en superarse.

Caminando con dificultad, los asistentes encargados de conducirlo a la zona de descanso apartaban a los periodistas que intentaban obtener una exclusiva. De súbito, se oyó una explosión a pocos metros. Cuando el escaso público giró la vista buscando el origen de la detonación, pudieron ver una columna de humo y el derrumbe de parte de una de las gradas. Inconscientes, todos corrieron hacia allí, sobre todo los periodistas, que ya habían conseguido su exclusiva. En su casa de Portman Mansions, Dorothy leía inquieta los periódicos. La señora Green entró con un telegrama en una bandeja. Lo abrió impaciente y un sentimiento agrídulce y desconcertante la invadió.

Récord conseguido. 1.581 millas. Explosión en circuito.

Todos los periódicos del país despertaron con la noticia de la explosión. Ni siquiera se había estrenado, faltaban aún dos días para la inauguración. El sensacionalismo de algunos periódicos apuntaba a las *suffragettes* como responsables del atentado. Argumentaban en sus artículos la negativa a la participación de mujeres en la carrera y el carácter agresivo de las activistas en algunas de sus manifestaciones.

Dorothy tiró el periódico sobre la cama. Algo no le cuadraba. Ella apenas había comentado dicha prohibición con un par de personas, Candela entre ellas, y no había querido, o no se le ocurrió, tratarlo en uno de sus artículos semanales en *The Graphic*. Mucho menos la noticia había podido salir del propio circuito, sería tirar piedras contra su propio tejado. ¿Cómo podían saberlo, entonces, los periodistas? Se despertó en ella una inquietud extraña, un temor errático. Se tocó el pecho con la mano y suspiró hondo. Empezaba a acostumbrarse a ventilar su corazón ante una emoción fuerte o un hecho inesperado, como si la suavidad de su mano pudiera sujetar aquel órgano descascarillado.

Aunque deseaba acudir a las instalaciones de Napier para saber cómo había transcurrido la prueba de Edge, desechó la idea. No le apetecía nada verlo. Finalmente, no necesitó tomar ninguna decisión. El mensaje que le entregó la señora Green decidió por ella: las mujeres la convocaban para una reunión de urgencia en el East End.

La conversación en casa de Norah Elam era más agitada de lo normal. Reproches y acusaciones se mezclaban con elucubraciones, suposiciones y recelos... En cuanto recibió el mensaje, Dorothy supo de inmediato el motivo de aquella reunión extraordinaria. Lo que no esperaba era encontrar un enfrentamiento entre las feministas a las que había conocido y con las que, en mayor o menor medida, se sentía identificada. Candela se acercó a ella.

—Estamos conmocionadas, ha sido un duro golpe para todas. Ahora estamos en el punto de mira.

—¿Es por lo de la explosión en el circuito? —preguntó de forma retórica.

Candela asintió. La conversación mantenía el tono crecido y era casi imposible entenderse. Dorothy reconoció a algunas de las mujeres; a otras no las había visto nunca, pero había oído

hablar de ellas. Las tres Pankhurst, madre e hijas, también estaban presentes. Finalmente, Flora Drummond consiguió elevar la voz y pedir silencio.

—Señoras, señoras, por favor. Un poco de calma. ¡Señoras! —gritó. La habitación quedó en silencio—. Bien, creo que todas sabemos por qué estamos hoy aquí. Quiero darle la palabra a nuestra fundadora, Emmeline Pankhurst.

La mujer se adelantó unos pasos. De estatura media y delgada, tenía el porte elegante y la determinación en los movimientos de quien tiene claro lo que quiere y va a por ello. El gesto dulce, los ojos algo crispados, sin atisbo de vehemencia. Simplemente con su mirada, podría persuadir de cualquier idea a quien se le pusiera por delante. No era una mirada seductora, era convincente.

—Siempre hay una chispa que enciende la mecha —empezó a decir—. Y esa mecha, irremediamente, lleva al detonante que da el inicio a una guerra. Nosotras hace tiempo que empezamos nuestra lucha, pero el enemigo no era consciente hasta ahora. La pregunta es: ¿hemos prendido nosotras esa mecha?

—¿Qué más da quién la haya encendido? ¡Obras, no palabras! Que se enteren de que estamos dispuestas a todo —exclamó la mayor de las Pankhurst.

—¡Cierra el pico, Christabel! —la recriminó su hermana Sylvia—. ¿O es que quieres volver a Holloway?

Aquel intercambio de reproches parecía, en principio, un choque entre hermanas, pero todas fueron conscientes de que se trataba de una discrepancia que iba mucho más allá. Cuando la discusión parecía reavivarse, sonó el timbre de la casa. Millicent, una de las más mayores, se levantó.

—Me he tomado la libertad de invitar a alguien que podrá poner un poco de luz en este asunto.

Se dirigió a la puerta y, al instante, apareció acompañada de una mujer elegantemente vestida, resuelta, aunque con gesto de preocupación.

—Os presento a la señora Ethel Lock.

Dorothy se revolvió en su silla. Su gesto de desagrado era evidente. Le dieron ganas de irse de allí no sin antes decirle a aquella individuo lo que pensaba de ella. La mujer se percató de su incomodidad.

—Usted ya sabe quién soy, señorita Levitt —dijo dirigiéndose directamente a ella.

—No sé cómo tiene la poca vergüenza de presentarse aquí —contestó Dorothy enojada.

Ethel sonrió indolente. El resto observaba sin entender.

—Ustedes no me conocen, soy la esposa de Hugh Locke King, el dueño del circuito de Brooklands, y, en este momento, directora del mismo —aclaró—. Entiendo su enfado, señorita Levitt. Quiero aprovechar el hecho de que esté usted aquí para pedirle disculpas. Con la enfermedad de mi esposo y las prisas por terminar las obras, descuidé el resto de gestiones. Ni

siquiera se me pasó por la cabeza que alguien pudiese prohibir la participación de las mujeres en la carrera. Y por si le sirve de algo, le informo ahora de que esa persona ya ha sido despedida. Le aseguro que para el año próximo ese tema estará solucionado.

Si Dorothy no esperaba la presencia de aquella mujer, mucho menos habría imaginado una disculpa pública.

—Querida amiga, ya has leído la prensa —continuó Millicent—. Queremos que esto se aclare y quizá tú puedas ayudarnos. Puedo asegurarte que ninguna de nosotras ha tenido nada que ver con la explosión.

Ethel y Millicent se conocían desde hacía años. Ethel era célebre por sus obras de caridad, sobre todo con los enfermos. También era una apasionada de los deportes de motor. No ocultaba su simpatía por las feministas y apoyaba el voto femenino. Era una de aquellas mujeres inconformistas de la alta sociedad que se habían unido a la lucha, aunque muchas tenían que hacerlo en secreto.

—Lo sé —agregó—. Conozco hasta el último centímetro de mi circuito. Sé quién ha entrado y salido de él en los últimos meses. Y, creedme, en todo este tiempo no he visto por allí a una sola mujer.

—Alguien tuvo que colarse para colocar la bomba —aseguró Dorothy, que ya parecía reconciliada con la empresaria.

—Cualquiera pudo hacerlo —comentó una joven que había permanecido callada hasta el momento—. Lo mismo fueron los periodistas; a la mayoría de ellos no les gusta que las mujeres reclamemos lo que es nuestro. Mary Richardson —se presentó alargando la mano hacia Ethel Lock.

—La conozco —dijo la empresaria—. La periodista canadiense. Será un placer verla mañana cubriendo la inauguración oficial. —La reportera abrió los ojos escéptica—. No se preocupe, tendrá preparada su correspondiente acreditación. Durante los últimos días aquello ha sido un ir y venir de gente; periodistas sí, pero también algunos de esos *gentlemen drivers*. Incluso llegaron dos desde Manchester, con sus aires de superioridad. Estuvieron husmeando por todas partes, como si aquello les perteneciese. No les hizo ninguna gracia que una mujer los invitase a abandonar el recinto.

Candela escuchaba con atención, como hacía siempre en esas reuniones. Su cerebro se iluminó con un chispazo que la hizo sobresaltarse. A Dorothy no le pasó inadvertido.

—¿Dice que eran de Manchester, señora Lock? —quiso saber Candela sin percatarse del gesto de preocupación de su amiga.

—Así es, querida. Ellos mismos me lo dijeron. —Ethel la miró con interés—. ¿Por qué lo pregunta?

Candela dudó un instante.

—Simple curiosidad —dijo al fin.

Prefirió no hacer acusaciones y encender aún más los ánimos de aquellas mujeres. Pero no dejaba de darle vueltas al viaje que había hecho con lord William Somerset a Manchester pocas semanas antes. Solo al terminar la reunión se dirigió a Dorothy en privado. La cogió por el brazo y la llevó aparte.

—Manchester, Dothy, la reunión con aquellos hombres. Fue él, estoy segura.

Dorothy intentó apartar esa idea de su mente, pero en cuanto Candela lo sugirió, la posibilidad brotó en su cabeza como un tumor. Sabía que lord William Somerset era capaz de cualquier cosa para acabar con ella.

Durante semanas, el asunto del atentado fue tema de conversación en casi todos los círculos políticos. Nunca se pudo demostrar la implicación de las sufragistas, pero desde ese momento, la policía empezó a controlarlas de forma mucho más activa. La explosión había cumplido su objetivo: hacer creer que las feministas eran un grupo terrorista.

Mary Richardson escribió un artículo en el que narraba las sospechas de Candela y Dorothy respecto a la reunión de los *gentlemen drivers* en Manchester. Tenían pocos datos, pero su intuición y osadía completaron las lagunas. Evidentemente, a ningún periódico del momento le interesó la noticia; no por falta de rigor periodístico, sino porque era mucho más atractiva la idea de un grupo de guerrilleras que atacaban a los que consideraban sus enemigos, los hombres. Idea que la propia Richardson alimentó años después, cuando atacó el cuadro de la *Venus del espejo* de Velázquez. Igualmente, ninguna publicación se hubiera hecho eco de algo así aunque tuvieran las pruebas delante de ellos. Así, a pesar de que ninguno de los dos casos estaba probado, el sensacionalismo y los intereses de género pudieron más que los hechos.

El ambiente empezaba a caldearse más de la cuenta y algunas *suffragettes* fueron detenidas por alteraciones del orden público. El nombre de Dorothy Levitt apareció en un par de ocasiones en algunas de las noticias que hablaban sobre las feministas y sus gestas, no como cómplice, pero sí como defensora de los derechos de la mujer y del sufragio. Oportunamente, siempre que se la nombraba en algún artículo relacionado con el tema, aparecía una foto suya hecha por aquel fotógrafo pelirrojo y repulsivo que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Determinó que lo mejor sería tomar un poco de distancia, aunque no tenía intención de abandonar las carreras. En Europa la esperaban varias competiciones que le darían más popularidad de la que ya tenía. Francia y Alemania, principalmente.

Además, cada vez le apetecía menos compartir tiempo y espacio con Edge, así que aludió a la expansión de la marca en el continente para alejarse de él. Selwyn estuvo de acuerdo. Lo que no le hizo tanta gracia fue que Dorothy exigiera que Mohinder la acompañase. Sabía que entre ellos había una atracción especial, una cohesión profunda, una unión inmaterial despojada de conveniencias. Edge no confiaba en las relaciones desinteresadas, ni en los negocios, ni en la amistad ni en la política y mucho menos en el amor. Cuando había interés, todos esos factores se podían conjugar, como en una partida de póker, y jugar tu mejor mano, si tienes buenas cartas. Y si no las tienes, siempre te puedes sacar un as de la manga. Tanta pureza y honestidad lo

desconcertaba y le producía un imprevisible recelo. Su relación con Dorothy se había basado en la manipulación, en crear en ella una dependencia, en el cuerpo a cuerpo. Y ahora ella se estaba dejando llevar por los cantos de sirena del amor sincero, un terreno en el que Selwyn no sabía moverse. Paradójicamente, fue su pragmatismo el que lo empujó a acatar la decisión de Dorothy. Tal y como estaba la situación feminista, y con ella apoyando la causa, lo mejor era apartar la gasolina del fuego. Napier no podía verse involucrada en un asunto político, por mucho que estuvieran implicados hasta el cuello. Se daría a conocer en Europa, aunque mínimamente, pues las marcas que empezaban a surgir en otros países venían pisando fuerte.

Dorothy sintió una satisfacción agrisada. Alejarse de Selwyn Edge y de sus malas artes sosegaba su corazón y su mente. Después de todo, le iría bien una temporada de calma para concentrarse en lo que más amaba. También podría dedicar más tiempo a terminar su libro, un proyecto con el que estaba especialmente ilusionada. Pero le preocupaban los motivos reales por los que tomaba distancia. Le inquietaba la situación de las feministas, a las que ya consideraba sus amigas, y no podía evitar sentir un pellizco de culpa al pensar que las dejaba en la estacada y salía huyendo cuando las cosas se complicaban.

Mohinder mostraba una tranquilidad artificial. Se esforzaba por estar de acuerdo con la decisión de Dorothy, pero ella empezaba a conocerlo bien y su sonrisa acartonada lo delataba. Intentaba hacerse a la idea de que pasaría un tiempo lejos de ella y no esperaba la propuesta que le hizo a continuación.

—Serán unas semanas, quizá tres meses —le aclaró poco convincente—. Además, estaré en buenas manos. Tú cuidarás de mí, ¿verdad?

Mohinder se giró hacia ella. Era la primera vez que manifestaba abiertamente su pasión con tanta naturalidad. La rugosidad de su gesto se tornó en seda, pero solo por unos instantes; inmediatamente, la seriedad se instaló de nuevo en su rostro.

—Lo siento, pero no puedo acompañarte —respondió apesadumbrado mientras apretaba con fuerza una tuerca oportuna. Dorothy lo interrogó con la mirada—. No puedo dejar solo a Kiran, me necesita. Aún es muy pequeño y solo me tiene a mí.

Ella ni siquiera había pensado en eso. A veces se sorprendía a sí misma de su egoísmo inconsciente. No supo qué contestar. No podía llevarse a Kiran; serían varios viajes, varias ciudades. No, sería más un estorbo, no la beneficiaría, ni a ella ni al niño. Hizo un último intento.

—¿No tienes a nadie que se ocupe de él? Algún familiar, alguien de confianza...

Mohinder se limitó a mirarla ofreciéndole el silencio por respuesta. A Dorothy no le hicieron falta más explicaciones. Si seguía hablando, acabaría por estropearlo más aún. Lo mejor sería que cerrase la boca y se largase de allí. Aquello la hizo reflexionar. Pensó en sus padres, a los que había desatendido durante mucho tiempo. Su hermana Elsie le escribía a menudo y estaba al corriente de su popularidad por los periódicos, pero lo cierto era que no la veía desde su boda.

Quizá era el momento de hacerles una visita antes de partir al continente. Era afortunada, tenía parientes, amigos. ¡Amigos! ¡Eso es! Se giró hacia él. Tenía la solución al problema.

—Sí que tiene familia —aseguró risueña—. Y estará encantada de cuidar de él.

—Tienes que prometerme que te portarás bien y que vas a obedecer a la señorita Ríos. — Mohinder se agachó a la altura de su hermano para despedirse.

Cuando Dorothy le contó que Candela estaba cuidando de Kiran a escondidas, no supo si enfadarse por orgullo o alegrarse por gratitud. Lo que más le sorprendió fue que el pequeño lo hubiese mantenido en secreto. Al preguntarle por el asunto, el niño le confesó avergonzado que no se lo había contado por miedo a estar haciendo algo malo. Pero ahora estaba encantado de poder pasar más tiempo con aquella señora tan guapa y cariñosa. Los hermanos se fundieron en un fuerte abrazo. Mohinder se marchaba tranquilo, pues sabía que Kiran quedaba en buenas manos. Después se acercó a Candela.

—Quiero que sepa que le estoy muy agradecido. Estoy en deuda con usted —dijo con una inclinación que denotaba un gran respeto.

Candela, que procuraba evitar el protocolo siempre que podía, recurrió a su particular desparpajo.

—¿Quién ha hablado de deudas? Soy yo la que tiene mucho que agradecer. Necesito un caballero que me proteja y cuide de mí. —Acarició el pelo del pequeño, que se acercó a ella y se aferró a su mano—. Además, podrá jugar con María, ¿verdad? ¿Te acuerdas de ella? La conociste hace unos días. Venga, que se hace tarde. Kiran, ayuda a tu hermano con el equipaje.

Dorothy, que observaba satisfecha la escena, se acercó a su amiga y la abrazó. Candela le regaló un par de sonoros besos a los que ya estaba más que acostumbrada.

—¿Quién es María? —preguntó Dorothy curiosa.

—La hija de mis nuevos vecinos. Llegaron hace unos meses de Barcelona y buscaban alojamiento. El piso de al lado del mío se quedó vacío, así que fue un golpe de suerte. Se dedican al espectáculo. Él es mago y ella hace de ayudante.

—Eres un ángel, querida. Ahora Kiran ya no tendrá que volver a esa cueva infecta en la que viven cuando salga de trabajar.

Candela se le acercó un poco más para susurrarle algo en el oído, pero antes se aseguró de que ellos no la escuchaban.

—Voy a hacer todo lo posible por sacarlo de allí, de esa fábrica. Que aprenda a leer y a escribir —le confesó—. Pero no se lo digas a Mohinder; es orgulloso y nunca lo permitiría. Si se

lo cuentas, que sea cuando ya estéis en Francia. He visto lo que les pasa a algunas de las niñas que trabajan allí y no voy a permitir que él acabe con la cara desfigurada.

A Dorothy se le encogió el corazón. Conocía la generosidad de su amiga, pero nunca imaginó que llegaría hasta ese extremo. Pensó que era curioso cómo el caprichoso destino a veces acierta con sus malabarismos y reúne las soledades erráticas que no tienen un rumbo definido. No supo qué decir, su único impulso fue abrazar a su amiga mucho más fuerte.

—Dodo se va a marear en el coche. —La voz de Kiran, que se acercaba con el pomerano en brazos, terminó con el momento de afecto.

—Es cierto, es un viaje muy largo para un perrito tan pequeño, ¿no crees? Pero no puedo dejarlo solo en mi casa. ¿Quieres cuidar tú de él?

A Kiran se le encendieron los ojos. Nunca, durante su corta vida, se había podido permitir el lujo de tener una mascota. El animal, arisco y gruñón con la mayoría de adultos, se comportaba como un muñeco en brazos de Kiran.

—¡Vamos, Dothy, no fastidies! ¿Tengo que ocuparme también del chuchó? Ni hablar. Me niego. —Candela expresó un falso enfado. Sabía perfectamente que el perro se quedaría con ellos. Kiran también lo sabía. Dorothy ni siquiera le respondió y se despidió con una sonrisa.

Si al principio Candela tuvo alguna duda de su capacidad para hacerse cargo del niño, estas se disiparon a los pocos días de que el pequeño se instalase con ella. Kiran resultó ser obediente, alegre, cariñoso hasta el ridículo y con una imaginación desbordante.

Candela se volcó en él y en su educación. Durante el día, Kiran pasaba horas con María, la hija de los magos, y se hicieron inseparables. El mago Sallim también resultó ser un gran amante de los niños. Su hija se había criado entre trucos de magia, juegos de manos y estaba acostumbrada a ver aparecer y desaparecer objetos ante sus ojos. Todos esos juegos fascinaban a su nuevo amigo, que se esforzaba por adivinar dónde estaba el truco. Aquella casa era para él un espacio fantástico e ideal, llena de chisteras, naipes, bolas y pañuelos de colores, mosquetes y, a veces, palomas y conejos. Dodo no se separaba de él. Incluso alguna vez fue objeto de alguno de los trucos del artista.

Pero lo que más le gustaba al niño eran los cuentos que le contaba Candela. Las noches que ella no tenía compromisos con lord William, se tumbaban juntos en la cama y leían las cartas que les mandaban Dorothy y Mohinder. Ella las leía en voz alta, así compartían los logros de su amiga. Aunque Kiran no se daba cuenta, en aquellas líneas también se intuía la felicidad que los dos viajeros estaban viviendo.

Cuando no había carta, Candela le contaba las historias que había escuchado de niña. Un día, a Kiran se le cayó un diente y fue corriendo a enseñárselo. Ella aprovechó para relatarle el cuento que se convertiría en su preferido: el del ratoncito Pérez, un pequeño roedor que guardaba los dientes de los niños y, a cambio, les dejaba un regalo bajo la almohada. Esa noche, Kiran dejó su

diente de leche con la esperanza de que el señor Pérez se lo llevase y le dejase un regalo. A la mañana siguiente, cuando despertó, levantó su almohada y encontró una preciosa bola de cristal en tonos azulados con minúsculos puntitos en el interior. Un universo particular que el pequeño guardó como su mayor tesoro.

En un par de ocasiones recibieron la visita de la señora Green. Aunque era una mujer arisca y malhumorada, en realidad no podía esconder su bondad. Desde que Dorothy estaba en el continente, no había vuelto a recibir la visita de Candela, así que, con la excusa de llevarles algo de comer, los visitaba. Así se convirtió en la tía Rose, que preparaba unos pasteles deliciosos.

Candela no olvidaba sus compromisos y acudía con cierta regularidad a las reuniones de las sufragistas. Una vez pasado el asunto de la explosión en el circuito, los ánimos se habían calmado, pero solo en el exterior. El grupo estaba vigilado de cerca por algunos miembros de Scotland Yard. Habían pasado de ser simples activistas a delincuentes peligrosas, elevadas al nivel de terroristas. Los conservadores no estaban dispuestos a concederles la más mínima tregua y usaron sus influencias para que la policía las tuviese en su punto de mira. Así se lo había transmitido Candela, por lo que había podido deducir de las reuniones y conversaciones de lord William. Aunque lo cierto era que sus encuentros eran cada vez menos frecuentes y las noticias escasas.

Casi semanalmente las mujeres se reunían en el East End, en casa de Norah. Candela acudía siempre en su Hispano Suiza, un vehículo demasiado llamativo para un barrio tan pobre que no tardó en llamar la atención. Una noche, al salir de una de las reuniones, una sombra se detuvo justo antes de llegar a su altura. Se ocultó en la oscuridad. Reconoció el coche y a su conductora. Hacía meses que no lo veía. La había perdido de vista cuando dejó de acudir a la Bryant & May con aquel mequetrefe. Sonrió y se mesó la barba pelirroja. Allí estaba el dinero que necesitaba para cubrir la deuda recién adquirida en la partida de la que lo acababan de echar a patadas.

Cinco libras era una fortuna a la que Damian Payne no podía hacer frente. Su afición al póker lo había puesto en apuros en otras ocasiones, pero aquella vez la suma era demasiado elevada. Sentía las dentelladas del tiempo que lo apremiaba. Tenía apenas tres días para saldar su deuda; de lo contrario, era consciente de cuál sería su destino: el fondo del Támesis.

Deambuló durante todo el día por los barrios más nauseabundos de Londres. Lord William llevaba tiempo sin hacerle ningún encargo, hecho que le inquietaba. Las últimas piezas no habían sido del gusto del noble. Las timbas de póker y la bebida también habían contribuido a que se alejase de su cometido. Pero ahora debía conseguir dinero y sabía que lord William Somerset era una fuente de ingresos segura, siempre que la mercancía fuese de calidad. A veces, la suerte, errática e injusta, se presenta ante quienes menos lo merecen. Payne le había echado el ojo a Kiran en una de las carreras y lo había seguido durante un par de días después de descubrir a Candela recogiendo al pequeño en su flamante coche. La había visto en compañía de Somerset en muchas ocasiones y no le costó establecer una relación entre Dorothy y ella. No podía creer que tuviera tanta suerte. La amante del lord, además de ejercer la caridad con un mocoso insignificante, estaba relacionada con su eterna rival y, para más inri, ambas se reunían frecuentemente con las sufragistas. Un botín que estaba dispuesto a explotar y que le daría grandes beneficios.

Esperó a la salida de los trabajadores de la Bryant & May, pero desistió. Aquellos niños y niñas estaban demasiado enfermos, desfigurados y débiles para su propósito. En su cabeza había otra presa mucho más suculenta. Aquel crío había mejorado mucho su aspecto desde que la elegante señora se había convertido en su protectora. Él era su objetivo, el único que lo salvaría del ahogo y la oscuridad del río. Era un caramelo demasiado apetitoso y su cliente era muy goloso. Pero no podía secuestrar a Kiran delante de ella. Tendría que pedir ayuda. No debía actuar por impulsos, sino hacerlo con cautela, planificar y no cometer ningún error para obtener el máximo rendimiento posible. Regresó a su casa. Necesitaba descansar para ofrecer un aspecto medianamente aceptable al día siguiente. No podía acudir a casa de lord William de aquella guisa.

Presentarse en casa de alguien sin previo aviso estaba considerado una falta de educación, a no ser que fuera una urgencia o que el visitante no fuese considerado un caballero. En este caso, Damian Payne cumplía ambos requisitos. El mayordomo que lo recibió lo hizo esperar en la

biblioteca. Demasiado tiempo, cuando la urgencia estrangula la paciencia. Lord William apareció casi media hora después con unos documentos en la mano y un gesto de desagrado en la cara. Aunque aquel individuo le resultaba útil a sus propósitos, no podía evitar la repulsa que sentía hacia él. Cuanto más alejado se mantuviera, mucho mejor.

—Espero que lo que tengas que ofrecerme sea interesante —le advirtió, como siempre, sin mirarlo a la cara.

—Créame, milord, lo es —aseguró él circunspecto.

—Ya, y supongo que no será gratis... —sospechó el noble dejando la frase en el aire y esperando la demanda del fotógrafo.

—Diez libras, milord —soltó a bocajarro, casi sin pensarlo.

Lord William Somerset lo miró por primera vez por encima de sus lentes. Dejó sobre la mesa los documentos que llevaba en la mano y se acercó a él, salvando las distancias.

—Te daré cinco libras, pero solo si lo que me ofreces merece la pena.

—No, milord, tengo dos piezas para usted; si las quiere, tendrá que pagar por ellas.

El noble suspiró. El dinero no suponía un problema, pero no le gustaba que le tomasen el pelo. Llevaba muy en serio sus finanzas y era un hombre de palabra, aunque a veces esta fuese difusa.

—Siete y si me convences, te daré tus diez. Habla.

Al finalizar la reunión, el fotógrafo salió de la mansión de lord William con diez libras.

Si algunas zonas de Londres parecían estar situadas en las mismísimas chimeneas del infierno, Canning Town representaba la boca de su fogón principal. Más aún la alcantarilla de Little Tommy Lee, vomitorio de Lucifer, donde se arrojaban todas sus inmundicias, esputos y despojos. Una mujer zarrapastrosa, de las que revuelven en la basura en busca de algún resto mínimamente aprovechable, divisó un bulto informe en el borde. Se acercó arrastrando su evidente papalina y lo examinó con un puntapié. Un cuerpo femenino inerte, desgredado, semidesnudo. Era evidente que ya otros habían pasado por allí y lo habían despojado de todos los objetos de valor que llevaba encima; zapatos, vestido, enaguas..., cualquier cosa que se pudiera vender para obtener unos cuantos chelines. Ya no quedaba nada que pudiera servirle, al menos a primera vista. Se agachó y buscó su rostro. Le abrió la boca en busca de dientes de oro. O los originales. Algunas piezas eran muy valoradas en según qué mercados.

Un tintineo la sobresaltó. A unos metros, distinguió otra figura. La mendiga huyó como alma que lleva el diablo, no supo si por miedo o por vergüenza. La otra mujer se acercó. Observó el cuerpo, otro más de los que aparecían a diario en los muelles. Sus abalorios de latón y sus collares de cuentas entrechocaron emitiendo una música seca, casi macabra, mientras se agachaba para curiosear el cadáver. Parecía sano y bien alimentado. La piel, aunque magullada y amoratada, se distinguía cuidada. Definitivamente, no era una vecina de aquel lugar, donde el cólera y la viruela seguían haciendo verdaderos estragos. Samantha tenía en aquel barrio, en el que se alojaban trabajadores del puerto de todas las nacionalidades, a sus proveedores de opio, la droga cada vez más demandada, que llegaba en los barcos mal camuflada entre la mercancía legal. Los agentes de la aduana hacían la vista gorda, más por desconocimiento que por interés.

Sintió curiosidad. Algunos médicos y anatomistas pagaban verdaderas fortunas por los cuerpos, escasos en aquella época. Desprovista de escrúpulos, le giró el rostro con la mano para examinarlo más de cerca. Lo movió a un lado y a otro. Serviría y le pagarían bien por él. Aún con la mano en las mejillas de la joven, algo le llamó la atención. Entre los hematomas y la sangre, distinguió una señal que le resultó familiar: un lunar negro en la comisura de la boca. Volvió a examinar el rostro. No había duda, era la española que había trabajado para ella años atrás. Reflexionó unos instantes sin dejar de observar la cara desfigurada. En mitad de su cavilación frunció el ceño: un movimiento de la cabeza, un gemido, un suspiro que escapó de la boca. Aquella mujer estaba viva.

—Se está despertando, ven, acércate. —La voz femenina sonaba lejana, tenue, interrumpida por el letargo.

—Ve a buscar más láudano, ya casi no nos queda.

Ahora la voz masculina, gemela de la anterior, parecía aproximarse con lentitud. Hablaba en la lengua que recordaba de su niñez; una lengua familiar que había quedado oculta detrás de su memoria; una lengua que la hizo dudar entre el sueño, la vigilia y la muerte. Intentó abrir los ojos. Sus párpados tiritaban y luchaban por desprenderse. Por una rendija pudo distinguir un bulto, una forma humana, una silueta. Un foganazo sacudió su mente: risas borrachas, dos, tres hombres, empujones, ella zarandeada como un pelele. Se esforzó en abrir más los ojos para sustituir aquella imagen.

El bulto empezó a definirse. Era la figura de un hombre; su rostro le resultó familiar, amable, balsámico. Un bigote negro lo enmarcaba.

—Candela, Candela... ¿Puedes oírme?

Sus ojos volvieron a cerrarse y la imagen regresó. Tres, fueron tres hombres, no podía recordar sus rostros. El ruido de la falda al rasgarse, el impacto de la mano descomunal de uno de ellos sobre su ojo. Hizo otro esfuerzo por volver al presente. Las dos figuras juntas, el hombre y la mujer, ella con un vaso de agua en la mano.

—Está agotada —dijo Julia estirando la sábana con la mano.

Hilos invisibles cosieron sus párpados cerrándolos otra vez. Volvió la escena. Los brazos de uno la inmovilizaban, el aliento fétido de otro bramando en su boca. Sus piernas revoloteando, en un intento por rechazarlo. El tercero, con la mano en la entrepierna. Otro golpe, su cuerpo que cae al suelo, su cabeza golpea los adoquines. Antes de perder la conciencia, una frase: «Os dije que lord William era un hombre generoso». Y la lucidez se disolvió en un coro de grotescas carcajadas.

Pasaron dos días más hasta que Candela volvió a despertar, esta vez más serena y sosegada. Abrió los ojos con facilidad, suavemente. La estancia se dibujó nítida, así como las siluetas de Felipe y Julia, sus vecinos y paisanos. El mago se acercó a ella cuando la vio con los ojos abiertos. Julia le ofreció un plato con algo que no pudo distinguir. Miró a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

—Chist... Tranquila, no debes hacer esfuerzos. El doctor Alvany dice que necesitas reposo.

Candela la miró asombrada. Sintió como si sus mundos, perfectamente encasillados en sus estanterías, se hubieran revuelto y unos personajes y otros se entremezclaran sin concierto.

—La señora Green lo hizo venir. Es una mujer muy generosa.

Definitivamente, o estaba en un sueño, lo que justificaría aquella amalgama de circunstancias, o el mundo se había instalado en la locura más absoluta.

María jugaba con una muñeca en un rincón de la sala. Candela la miró y su cuerpo se crispó.

—¡Kiran! —La voz se le alteró al tiempo que su mente empezaba a recolocarse. Quiso incorporarse, pero el dolor generalizado se lo impidió. Felipe la detuvo—. ¿Dónde está? ¿Qué le han hecho?

La pareja se miró acongojada. Bajaron la mirada y Candela sospechó que lo que iba a descubrir a continuación no era nada bueno.

—Lo hemos buscado durante días —afirmó Felipe—. La señora Green y yo hemos recorrido todos los barrios de Londres. No hay rastro de él.

—¡Tengo que encontrarlo! —gritó intentando incorporarse de nuevo, esta vez ignorando el dolor. Pero las lesiones eran demasiado graves y le fue imposible moverse.

—Lo encontraremos —dijo Julia mientras le acomodaba la almohada.

Pero Candela sabía que aquello era una mentira piadosa. Los recuerdos volvieron a su mente ya de forma ordenada dándole un claro esquema de los hechos. No había sido un ataque fortuito. Alguien la esperaba, alguien enviado por el que había sido su protector y amante. Alguien que gozaba de la impunidad de un noble, un lord, un político. Alguien con poder.

Unos días después consiguió levantarse de la cama. Sus paisanos la cuidaban como lo harían con su propia hija, que no paraba de preguntar por Kiran. La señora Green acudía a visitarla casi a diario; con Dorothy en Europa, su trabajo se limitaba a permanecer en la casa. Además, por mucho que refunfuñase, la doncella le había tomado cariño a aquella extraña mujer que los colmaba de besos a todos, incluida ella. El doctor Alvany volvió para examinarla. Las heridas iban cicatrizando, la hinchazón de la cara y el cuello iba remitiendo y los moratones cambiaban de color casi en cuestión de horas. El problema más preocupante eran las lesiones internas, campo en el que el doctor Alvany no tenía mucha experiencia, pero Candela sabía cómo cuidarse. Aunque el daño en esa zona resultó irreparable.

Un día, Julia le entregó una carta de Dorothy. Esta se extrañaba de la falta de noticias. Ya era la segunda que le enviaba y no había tenido respuesta. Candela no le había contado nada. No sabía cómo hacerlo, sobre todo a Mohinder. Esperaría unos días. Según su misiva, estarían de vuelta en menos de una semana.

Dorothy y Mohinder regresaron a Londres con la maleta llena de trofeos y el corazón repleto de pasión. La vivencia no había podido ser más excitante. Semanas enteras dedicados el uno al otro, sin olvidar las competiciones: Herkomer, Gaillon... Todo triunfos, récords y felicidad. El dañado corazón de Dorothy regresó reforzado, vibrante y vigoroso. Ignoraba cuánto necesitaría aquella fortaleza a partir de aquel momento.

Llegaron a su casa de Portman Mansions pasado el mediodía, hambrientos y agotados. A Dorothy ya le era indiferente si su relación con Mohinder era adecuada o no. Su dicha estaba por encima de todo. Entraron en la casa cargados de maletas y regalos para todos, riendo y bromeando, cómplices, amantes, enamorados. La señora Green los recibió con gesto circunspecto. Dorothy se sorprendió. Quiso saber qué pasaba. La doncella se limitó a apuntar al salón con la mano. La pareja avanzó por el pasillo, empujada por el desasosiego, el desamparo de las malas noticias, el preludio de un desastre. Detrás de ella, Mohinder la seguía expectante.

Sentada en uno de los silloncitos aguardaba la figura de Candela. Dorothy no pudo reprimir un grito de espanto al ver su rostro, aún mancillado por la paliza. Se llevó la mano a la boca para ahogar el sobresalto.

—¿Qué ha pasado? —consiguió decir al fin.

Candela la miró a los ojos rogando una exculpación. Después volvió su mirada hacia Mohinder, que presagió la desgracia. Tras unos instantes, al fin la frase salió de su boca.

—Es Kiran.

Candela hubiera deseado comunicarles la noticia de forma suave, minimizar el daño, mitigar el mal trago. Pero llegado el momento, la realidad se impuso imperiosamente. Fue directa e involuntariamente lacerante.

Un desasosiego irreconocible se adueñó de Mohinder y lo empujó hacia la puerta para lanzarse en busca de su hermano pequeño. Entre las tres mujeres consiguieron detenerlo. Candela se interpuso entre él y la salida. En mitad de la ira y el forcejeo, consiguió explicarle que llevaban una semana buscándolo por todas partes. Habían recorrido hasta el último rincón inmundo de Londres sin éxito. Pero él no conseguía calmarse. Candela le pidió que la escuchase. Tenía información que podría ser útil, pero debía mantener la cabeza en su sitio y prestar atención.

Dorothy lo miró. Cogió su cara entre sus manos y le rogó que hiciera caso de Candela. Acercó a él su rostro, casi hasta rozarse. El choque de sentimientos era tan perturbador que Mohinder se bloqueó. Bajó la mirada y pegó su frente a la de Dorothy. Esta le condujo al salón. La señora Green miró a Candela y ambas dejaron escapar el aire contenido por la tensión del momento.

Candela les narró lo ocurrido, un relato armado con la sucesión de imágenes que habían acudido a su memoria los días posteriores al desastre. Esa tarde, como venía haciendo desde meses atrás, había ido a la salida de la fábrica para recoger a Kiran. Aquel día llegó con tiempo de sobra. Era de noche y sentía esa inquietud extraña que siempre la hostigaba cuando se encontraba allí; una presencia inquietante y turbadora. El lugar era solitario, quizá aquello potenciaba su desazón. Le chocó escuchar voces. Tres hombres se aproximaban. Su aspecto no ofrecía mucha confianza. Corpulentos, hastiados por la miseria y el trabajo a destajo, sus rostros revelaban delitos y vivencias al filo de la vida.

Al ver el coche y dentro a una hermosa mujer se detuvieron. Las groserías salían de sus bocas como la porquería de las cloacas. La observaron con ojos de lascivia y náusea. Uno de ellos se acercó a tocarla. Ella trató de zafarse con un manotazo. Al hombre no le gustó. Los otros dos, que reían las gracias de su compañero, se le unieron y la obligaron a bajar del coche. Después vinieron los zarandeos, los golpes, la posesión inmunda. Las imágenes que Candela narró a continuación fueron las que recordaba con vaguedad, sobre todo, algunas frases sueltas: «Tenemos que hacer un buen trabajo; lord Somerset ha pagado bien». «Así aprenderás a no juntarte con esas ramerías que pretenden ser hombres.» Lo siguiente que recordaba era despertar en casa del mago Sallim y que Kiran había desaparecido.

Mohinder y Dorothy la escuchaban con atención. Permanecieron en silencio unos instantes. Intentaban asimilar los hechos. Después, él se atrevió a hablar.

—Pero ¿por qué no corrió a tu casa al ver que no estabas? —se preguntó Mohinder a sí mismo—. No puedo creer que se haya perdido, es un chico listo y conoce Londres mejor que nadie.

—No creo que se haya perdido —añadió Candela compungida.

—¿Quieres decir que alguien se lo llevó? —Dorothy empezaba a entender—. Puedo imaginar que lord William encargase a esos hombres que te hicieran lo que te hicieron, sobre todo si descubrió que somos amigos y que te reúnes con las sufragistas. Pero ¿para qué quiere a Kiran?

La española tomó aire. Sabía que antes o después tendría que contarles lo que sabía.

—Lord William también está relacionado con eso, Dorothy. Desde hace un tiempo he observado que alguien me vigila, que me siguen, sobre todo cuando voy a la fábrica, cuando estoy con Kiran. —Guardó silencio un momento; después prosiguió—: Lord William Somerset, el gran noble, político, modelo social y moral, tiene una afición. Más que afición, un vicio asqueroso. Lo más repugnante y desdeñable que nadie pueda imaginar.

Levantó la vista, la pareja la observaba; la señora Green lloraba tras la puerta del salón.

—Los niños —dijo al fin—. Le gustan los juegos sexuales con niños. Lo he visto en compañía de alguno en el club, en algún hotel, pero a donde suele llevarlos es a su casa cuando lady Somerset está en el campo, lo que ocurre con mucha frecuencia.

Dorothy se esforzaba por asimilar aquella información. Tragó saliva para ver si con ello digería aquella noticia aberrante. Mohinder se tensó, apretó los puños. No le sorprendió saber que había hombres con tales desviaciones, lo había visto alguna vez. Pero Kiran no, su hermanito no podía pasar por aquello. Él no lo permitiría, no podía consentirlo. Dorothy se percató de la tensión y le cogió la mano para intentar tranquilizarlo.

—Pero tú eres su amante —agregó confusa—. Y perdona que sea tan explícita. ¿Para qué quiere...? No entiendo, no me cabe en la cabeza.

—Yo solo soy un adorno más, un elemento que denota su posición social. Todo noble que se precie debe tener una esposa y una amante, ya lo sabes. A mí hace tiempo que ni me toca, de lo cual me alegro. Pero esos niños...

Las lágrimas encharcaron el rostro de Candela. No podía soportar la idea de lo que debía de estar pasando su pequeño.

—Hay algo más —agregó desconsolada. Dorothy y Mohinder no podían imaginar qué atrocidad más podría cometer aquel monstruo—. Fotografías. Tiene fotografías de los niños. Las guarda en una caja fuerte oculta en su dormitorio. Y ¿quién creéis que se encarga de hacer esos retratos tan especiales?

Dorothy empezó a encajar las piezas. La noticia de su incidente con lord William publicada por

Damian Payne, su manía persecutoria, su presencia en todas y cada una de sus carreras. Siempre supo que aquel pelirrojo despreciable tenía un interés más allá del periodístico.

Mohinder se levantó y se marchó sin despedirse. Esta vez no intentaron detenerlo. ¿De qué serviría? Se quedaron solas. La tristeza y la rabia revoloteaban sobre ellas. Ni siquiera les quedaban fuerzas para llorar. Dorothy paseó su mirada errática por la estancia. No necesitó una excusa para romper el silencio. Algo le llamó la atención. Entonces preguntó al vacío:

—¿Dónde está Dodo?

A pesar del infortunio, Dorothy debía cumplir con sus obligaciones. Tenía pendiente acudir esa mañana a las oficinas de Napier para informar sobre los resultados de las carreras de Francia y Alemania, intercambiar sus impresiones con Edge sobre el funcionamiento de los nuevos modelos de seis cilindros con los que había competido en Herkomer y Gaillon y hacer un informe detallado del comportamiento de los motores. Afortunadamente, siempre llevaba un diario exhaustivo de todas sus carreras; aquel día no hubiera sido capaz de redactar ni una sola línea.

Antes de reunirse con sus jefes, entró en el taller. Quería asegurarse de que Mohinder había ido a trabajar, que no había cometido ninguna locura. Llegó con la desazón de no encontrarlo; era una posibilidad más que factible. Lo buscó impaciente entre los vehículos. El desasosiego momentáneo agitó su corazón, pero este se templó cuando vio la mitad de su cuerpo engullido por uno de los coches que tenía el capó levantado.

Su rostro, que se convertía en luz al verla, no varió en esta ocasión. Permaneció con la mirada perdida en algún lugar de su pesadumbre.

—Estaba preocupada por ti, pensé que no vendrías —se aventuró a insinuar—. Me alegra que hayas reflexionado. Lo solucionaremos, ya verás. Hoy mismo iremos a la policía y...

—¿La policía? —Rio con ironía, ahora sí, prestándole algo de atención—. ¿Crees que a la policía le interesa un miserable niño indio? No le importamos a nadie. Somos el cieno, la basura de esta ciudad. La que todos pisotean y se sacuden cuando empieza a oler mal.

—Te equivocas —le recriminó—. A mí sí me importáis tú y Kiran. Sois mi familia. Iré a Scotland Yard y hablaré con Robert Anderson, el jefe de policía. Lo conozco, ha venido a algunas de mis carreras. Le contaré el caso, seguro que él puede...

—¡Dothy, basta! —cortó en seco—. Ni siquiera escucharon a Candela cuando acudió a ellos. Prácticamente la acusaron de provocar a esos hombres. Apenas le pidieron la descripción y ni tomaron nota de lo que les contó.

Dorothy sabía que tenía razón. Candela, en un raptó de rabia desesperada, había acudido a Scotland Yard, pero había sido en vano. La descripción que les había ofrecido, le dijeron, podía ser la de cualquier buscavidas del puerto. Volvió a casa con la misma impotencia y con una colección de burlas por parte de los agentes que la atendieron.

—¡Pero algo se podrá hacer! —Dorothy estaba cada vez más desesperada. Mohinder la miraba sin verla.

—Lo haré a mi manera —sentenció mientras volvía a las entrañas del vehículo. Ella lo cogió del brazo y lo miró buscando respuestas. Su mirada sirvió de interrogante—. Esta noche. Candela me ha dicho que tiene partida en el Royal Automobile Club y que esas timbas se alargan hasta la madrugada. Lady Somerset está en el campo y el servicio ya estará durmiendo. Me colaré por una de las ventanas.

—Es una locura —afirmó incrédula.

—No hacer nada sí que sería una locura. Tengo que encontrarlo.

—Pero no estamos seguros de que esté allí. Lord William no se arriesgaría a tener a un niño pequeño escondido en su casa.

—Por algún sitio hay que empezar. Si no está allí, seguiré buscando. Aunque me deje la vida en ello.

No había marcha atrás. Cuando la determinación se impone, aparta a codazos cualquier intento de persuasión o argumento. Mohinder estaba dispuesto a todo y ella no podía hacer nada.

—Ten mucho cuidado, ese hombre es muy peligroso —le aconsejó resignada. Rodeó su cuello y lo besó.

Su corazón pateó de nuevo. Sintió el sabor dulce de la última gota de agua de un vaso, del final de un buen libro, de los últimos kilómetros de una carrera perfecta, de los restos de un delicioso pastel. Fue un beso con sabor a despedida.

Mohinder dio un respingo y se apartó. Dorothy se giró. Selwyn Edge los observaba.

—¡Selwyn! Iba a ir ahora a tu oficina —disimuló con una sonrisa forzada—. Uno de los cilindros me dio problemas en Francia y le estaba preguntando a Mohinder si había podido arreglarlo. Vamos, te contaré cómo ha ido todo.

Empezó a caminar hacia él, pero este permaneció parado ante ella.

—Ahora no puedo, Dorothy. Mejor en otro momento. Solo quería asegurarme de que habías llegado bien. —Siguió con la mirada a su mecánico, que intentaba confundirse entre los vehículos.

Dorothy se sorprendió. No era propio de él aplazar una reunión tan importante; más aún cuando la prensa y los especialistas de toda Europa habían estado pendientes de los De Dion y de su mujer piloto. Salió sin despedirse, con una serenidad desconcertante. El corazón de Dorothy se puso de nuevo en guardia. Algo tramaba.

Esa misma tarde, el De Dion de Selwyn Edge se detuvo en la puerta del Royal Automobile Club. El empresario conocía las partidas mensuales que organizaban algunos de los socios en las que se manejaban grandes sumas de dinero. Ese día, él tenía la mejor baza.

Al anochecer, la desesperación quedó mitigada por la rigidez del acecho. La noche era serena tras la tormenta de la tarde; la cortina de nubes se había retirado y el cielo exhibía una luna desabrigada. Tanta claridad suponía una desventaja. El silencio tampoco acompañaba. No había ruido de hojas mecidas por el aire, ni de lluvia, apenas el ladrido de un perro a lo lejos.

Mohinder permanecía escondido detrás del seto desde la puesta de sol. Observó cómo las luces de la casa se iban apagando. Cuando se desvaneció el brillo de la última ventana, supo que era el momento. Tenía las piernas entumecidas por la postura, necesitaba estirarlas. Al incorporarse, los cascos de un caballo que arrastraba un carruaje por la calle lo obligaron a encogerse de nuevo. Pasó de largo. Se aseguró de que ya no se oía nada antes de volver a erguirse. De nuevo el silencio. Se tranquilizó. Cuando se disponía a intentarlo otra vez, algo se movió entre el seto. Las hojas se agitaban ligeras y un par de ramitas se quebraron. Un topo, pensó. Pero entonces se fijó un poco más y pudo distinguir una bola de pelo blanco que le resultaba familiar.

Dodo asomó entre las raíces del macizo. Era el último ser al que Mohinder esperaba ver allí. El animal se le acercó y se acurrucó gimiendo y llorando. No pudo evitar regalarle una caricia. Tenía el pelo áspero y enredado, muy distinto a como solía mantenerse Dorothy. Emocionado, soltó un ladrido agudo. Instintivamente, Mohinder le tapó el hocico con la mano. Después se llevó el dedo a la boca pidiéndole silencio. El animal, como si tuviera las entendederas de un humano, se revolvió y desapareció otra vez entre los matojos.

El silencio nocturno parecía apremiarlo. Se puso en pie. El cedro del jardín le facilitaría el ascenso. Trepó con destreza, abrazando el tronco, que parecía adherirse a su cuerpo. Se detuvo cuando alcanzó una rama gruesa a la altura de la ventana cuya luz había visto apagarse la última. Se deslizó sigiloso, con precaución. Estaba abierta. No podía creer que tuviera tanta suerte. Un salto bien calculado fue suficiente para colarse en el interior.

Cayó de bruces y el batacazo fue más aparatoso que lacerante. Ya estaba dentro. La estancia, como el resto de la casa, estaba a oscuras, aunque la claridad lunar le permitió apreciar que se trataba del dormitorio del matrimonio. Pudo distinguir el rico dosel de la cama y sus pies adivinaron una alfombra mullida. Sus esfuerzos en los últimos días se habían concentrado tanto en cómo acceder que, una vez dentro, no supo qué ni dónde buscar. Recorrió el cuarto mientras sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad revelándole las dimensiones de la habitación. Buscó a ciegas, mirando en los estantes, en la vitrina, en el pequeño escritorio. Recordó la caja fuerte que

había mencionado Candela y se centró en ella. La encontró tras la cortina, en la parte baja de la pared, e intentó girar la rueda en vano. Estaba bloqueada. Agitado como un león enjaulado, se movió por el cuarto en busca de algo que le ofreciese un poco más de luz. No tenía ni idea de cómo iba a abrirla, pero era la única pista fiable de que disponía. Se vio obligado a improvisar sobre la marcha.

Mientras buscaba algo con que iluminar su objetivo, un fulgor anaranjado invadió la estancia dejándolo momentáneamente sin visión. Ahora podía ver el dormitorio perfectamente: los cuadros de los ancestros, la colcha de damasco, las paredes tapizadas de quimón, la alfombra oriental, los muebles victorianos... Desconcertado e incapaz de moverse, intentó ajustar su mente a aquel inesperado giro. Una voz a su espalda lo sacó de su introspección.

—¡Quieto, policía! Levante las manos y no haga ningún movimiento.

El mundo se le vino encima. Permaneció inmóvil, más por incomprensión que por indiferencia. ¿Qué había salido mal? Era verdad que el plan estaba trazado con torpe caligrafía, pero su desespero por encontrar a Kiran había podido más que la frialdad necesaria para elaborar una idea medianamente viable.

—¡Dese la vuelta despacio o dispararemos!

Mohinder obedeció. Un grupo de al menos cinco policías lo rodeaba. Uno de ellos se acercó y, con sobranter brusquedad, ató sus manos a la espalda con las esposas. Mohinder alzó la vista y el rostro de lord William Somerset, que observaba desde la puerta, rijoso, satisfecho, le habló sin palabras; de Dorothy, de Candela, de su hermano. La certeza le invadió solo con aquella mirada que escupía las evidencias que él necesitaba para inculparlo, pero que jamás sería capaz de demostrar. Dorothy estaba en sus manos; Candela, fuera de circulación; Selwyn Edge, a su servicio, en las competiciones y en otras cosas; y Kiran seguía desaparecido. El arrebató y la angustia habían jugado en su contra.

La información recibida el día anterior en el Royal Automobile Club le valió a lord William para calcular, de forma burda, los movimientos. Bastó con dejar la ventana entreabierta y darles el día libre a los sirvientes. El resto fue fácil. Una llamada a la policía con una sospecha y asunto concluido. Ningún agente se negaría a la llamada de alguien tan influyente.

Lo bajaron a empujones por la escalera. La policía no tenía consideración con los detenidos y menos si se trataba de un indio ignorante y maloliente, como solían denominarlos. Lo metieron en un carruaje acorazado, sin ventanas y sin apenas ventilación. Mohinder supo que su futuro acababa ahí.

Los trofeos y medallas caían en la caja amontonados como soldados en mitad de un campo de batalla; abatidos y moribundos. Dorothy no sabía si aquello era una guerra perdida o una victoria pírrica, pero tenía la certeza de que debía retirarse, no intentar un contraataque. Lo único que conseguiría sería salir mal parada. Pero tampoco podía permanecer allí, en aquel bonito despacho que Edge había habilitado para ella, mirando directamente a la cara de la traición, proporcionándole victoria y gloria y aceptando a cambio que le arrebataran a uno de los pocos seres puros que habían pasado por su vida.

Iba de la estantería a la mesa en la que se hallaba la caja como una autómatas, casi sin saber qué guardaba y qué dejaba en aquellas estanterías que iba desnudando sin miramientos.

—Conny, ¿puedes traerme otra caja? —le pidió a la secretaria, su sustituta desde hacía poco, que acababa de entrar visiblemente descompuesta.

La chica, joven, guapa y sumisa, como le gustaban a Selwyn, se quedó bloqueada. Dorothy comprendió enseguida que era la presa más reciente de su jefe. La agitación de la muchacha confirmó sus sospechas. Dorothy hizo un gesto de incrédula resignación y decidió buscar la caja ella misma. La puerta se zarandeó y Selwyn apareció con semblante desconcertado.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —preguntó. Ella se limitó a mirarlo resentida y continuó guardando sus cosas. Él, ante la incomodidad de la escena, se dirigió a la secretaria—. Conny, querida, creo que Harvey te estaba buscando. Sé buena chica y ve a ver qué quiere.

La joven dudó unos instantes antes de comprender que lo que Edge pretendía era quedarse a solas con Dorothy. Un indicio de celos le pellizcó el estómago. Sabía que habían sido amantes. Aun así, obedeció. No le quedaba otro remedio.

—Tu nueva conquista, supongo —dijo sarcástica—. Desde luego, no se puede dudar de tu buen gusto.

—No me has contestado. ¿Qué haces?

—¿No lo ves? Me marcho.

—¿Así, sin más? ¿Se puede saber qué te pasa?

Dorothy abandonó la ironía, nunca había sido su fuerte. Apoyó las manos sobre el escritorio y respiró para amansar su acelerado corazón. Después, se volvió hacia él con los ojos cargados de ira.

—¿Que qué me pasa? ¿Cómo tienes la poca vergüenza de preguntarme eso? Eres canalla, un

gusano asqueroso que merece ser pisoteado y machacado. Desgraciado traidor. No tenías suficiente con exprimirme a mí, has tenido que acabar también con la única cosa pura y auténtica que había en mi vida.

La boca de Dorothy soltó aquellos improperios como si formasen parte de su vocabulario cotidiano.

—¿De qué hablas? No entiendo. —El tono de Selwyn sonaba forzado, empezaba a intuir cuáles eran los motivos de la indignación de ella.

—Nos escuchaste, el otro día, cuando volvimos de Europa —le aclaró Dorothy, por si le quedaba alguna duda—. Sabías cuáles eran sus planes y te faltó tiempo para irle con el cuento a ese malnacido de Somerset.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. —Edge insistía en su ignorancia.

—¡No mientas! —gritó ella enfurecida. Si algo le molestaba, era que la tomasen por tonta. Y en eso, Selwyn era especialista—. ¿Qué te ha prometido? ¿Un puesto en su partido? No me extrañaría.

—Estás loca, definitivamente has perdido la cabeza. Creo que necesitas reflexionar, porque tu mente no funciona correctamente. Te lo digo en serio, Dorothy, no estás bien.

Dorothy se enfureció aún más. Edge era un maestro en darle la vuelta a las situaciones para ponerlas del lado de sus intereses, para tener siempre la razón, dejar al otro en evidencia y hacerle creer que estaba equivocado. Pero ella no estaba dispuesta a dejarse camelar una vez más. No tenía nada que perder y si lo tenía, no le importaba prescindir de lo que hiciera falta. Hacía ya tiempo que había conseguido desprenderse de la dependencia emocional que la había mantenido ligada a sus caprichos, del temor a no ser nadie sin su ayuda, del miedo a sentirse sola... Ahora se sentía dueña de sí misma y de su destino, aunque este fuera oscuro y accidentado. Prefería recorrerlo sola antes que guiarse por la engañosa brújula del veneno de ese hombre.

—No puedes soportar que sea feliz, ¿verdad?, no tener el control —le escupió a la cara—. No soportas que alguien me ame o que yo ame a otra persona. Has arruinado la vida de Mohinder, has hecho que lo encierren sin ser culpable.

—Lo cogieron con las manos en la masa.

En cuanto pronunció la frase, se arrepintió. Dorothy lo miró dolida. Se había descubierto, había reconocido su implicación en la detención de Mohinder.

—¿Y ahora qué, señor Edge? ¿Le vas a ofrecer tus coches al distinguido lord William? Adelante, seguro que él puede llevarlos a las primeras páginas de los periódicos mejor que yo. ¿Qué importa que no haya ganado una sola carrera? —Su discurso era cada vez más agresivo y mordaz—. Ah, no, me olvidaba, el presupuesto del pueblo. Están a punto de votarlo, ¿no? Me pregunto qué le has pedido a cambio.

—Sabes que no podrás abandonar tan fácilmente. —Edge dejó caer su máscara; llegados a ese

punto, ya era inútil seguir fingiendo—. Tienes compromisos firmados con la compañía; si no los cumples, te llevaré a los tribunales. Eres parte de esta marca, no puedes deshacerte de Napier a tu antojo.

—Por mí como si me llevas al mismísimo cadalso —afirmó—. Y ya que soy parte de esta empresa, hazme el favor de decirle a tu querida Conny que me envíe esas cajas a mi domicilio, señor Edge —añadió con ironía.

Salió dando un portazo. En la calle, su De Dion verde la esperaba. Un atisbo de resentimiento se deslizó por su mente al observar el logotipo del parachoques. Tenían razón todos los que la habían advertido: el precio por ser libre estaba siendo muy caro. Subió al coche. En cuanto sus manos rozaron el volante, se reconcilió con la máquina. Aunque era un objeto inanimado, no podía proyectar en él su resquemor, por mucho que su creador fuera un individuo tan mezquino.

El péndulo del reloj de pared marcaba el ritmo de la noche. La luz pajiza iluminaba la inquietud que zarandeaba a las dos mujeres. Dorothy jugueteaba nerviosa con el mecanismo de la polvera, abriéndola y cerrándola constantemente. Candela paseaba por la estancia como una fiera herida. Atrapadas en una trampa macabra, sus cabezas se revolvían buscando el modo de salir de aquel cepo en el que se veían enmarañadas, desprotegidas en el punto de mira del cazador.

Dorothy pensaba en Mohinder, encarcelado en aquella prisión inmunda, rodeado de la peor calaña de Londres, impotente ante las acusaciones si no falsas —un indio que se colaba en casa de un noble en mitad de la noche no era un hecho que se pudiera pasar por alto—, sí malinterpretadas. A menudo el medio es lo único que se tiene en cuenta al intentar conseguir un fin. Lo sabía bien. Ella misma llevaba años justificándose para alcanzar su fin, pero al menos sabía dónde se encontraba.

Candela lo tenía más difícil. Lo que sentía la española por Kiran era verdadero amor maternal. Sus ojos verdes se perdían, desgarrados, en cualquier punto indefinido. Era poca la esperanza que le quedaba. No podía evitar preguntarse dónde estaría, si le darían de comer, cómo se sentiría sin su vaso de leche de todas las noches, sin los cuentos que ella le contaba para que se durmiera. ¿Estaría en un sitio oscuro? A Kiran le gustaba dormir con una luz encendida, decía que la necesitaba para alumbrar los sueños bonitos. Dorothy quiso calmarla. La señora Green entró con una bandeja. Llevaba unos bocadillos y una tetera humeante. Cuando la dejó en la mesita, Dorothy vio que ella también lloraba. Le cogió la mano para darle ánimos.

—¡Ay, señorita! Tan pequeño, a saber qué barbaridades estará pasando... —Viendo que Candela se deshacía en lágrimas, cortó la frase. Ella, con su mal humor y su genio, era de esas personas que demuestran su cariño con enfados y regañinas. Cuando Kiran se colaba en su cocina, lo espantaba con bufidos, siempre después de que el pequeño hubiese «robado» las galletas que dejaba escondidas para él.

—Trae una taza más, Rose —le dijo la española—, y quédate aquí con nosotras. Esta noche no es bueno que estemos solas.

La criada obedeció. Ya no se sorprendía de las ocurrencias de aquella mujer a la que, en secreto, adoraba. Dorothy no puso objeción. Olvidaron la jerarquía, se unieron en la desdicha y, como una hiedra que trepa por los postes, sus mentes se unieron para desmadejar el ovillo de las ideas.

—¡Ese maldonado de Edge! Le faltó tiempo para irle con el cuento a Somerset. ¡Así se estampe contra un muro y sus sesos se queden pegados a la piedra! —Candela maldijo con toda la furia que salía de su alma.

—Es un mal hombre —añadió la criada, incapaz de competir con aquella sarta de improperios.

—Y ese fotógrafo borracho... Estoy segura de que ha sido él quien lo ha manejado todo. Le sacaré los ojos —dijo en español al no encontrar traducción para expresar la amenaza. Ni la criada ni Dorothy pidieron explicaciones. El tono lo decía todo.

—Tenemos que hacer algo —dijo Dorothy exasperada—. No podemos quedarnos aquí, lamentándonos y maldiciendo.

—¿Qué propones? Porque a mí ya se me han acabado las ideas —se quejó Candela.

—Quizá las chicas... —sugirió Dorothy refiriéndose a las miembros de la Unión Social y Política de Mujeres—. Ellas conocen a gente, sabrían dónde buscar.

—No, sería un suicidio. No tienen buena prensa —la contradujo Candela—. Han empezado a manifestarse de forma bastante activa y ya se han producido algunas detenciones. Sería tirar piedras contra nuestro propio tejado. ¿Y Anderson, el jefe de Scotland Yard? Tú lo conoces, puede que te escuche.

Dorothy negó con la cabeza. Sabía que el esfuerzo sería en vano.

—Es un mojigato que solo se rige por los «designios del señor». Recuerda cómo te trataron a ti en la comisaría. No creo que moviera ni solo dedo por un par de indios a los que nadie va a echar de menos.

—¿Es que acaso nosotras no los echamos de menos? —bramó Candela iracunda.

—¡Somos mujeres, Candela! —Dorothy estalló dolida, más por la impotencia que por la contrariedad. Su amiga la miró resentida. Al instante se dieron cuenta de que estaban desviando la conversación por el camino equivocado.

—Si Edge no le hubiera ido con el cuento a Somerset... —rectificó Candela—. Espero que no vuelvas a conducir uno de sus coches o perderás mi amistad para siempre.

—Sabes que eso es imposible. Tengo compromisos, contratos firmados, no puedo dejarlo así como así —se lamentó Dorothy—. Además, mi libro está a punto de publicarse y ellos han pagado la edición. No me será fácil desvincularme, aunque los mandaré al diablo ahora mismo.

Los gemidos de la señora Green, que las observaba compungida, interrumpieron el cruce de reproches. La miraron con ternura e intentaron calmarla. Candela se agachó y le limpió las lágrimas con el dorso de su mano.

—Tranquila, Rose, lo encontraremos. —Solo en ese momento, la mujer fue consciente del cariño que le había tomado a ese pequeño pícaro.

—Es que... ¡Ay, señorita, ojalá pudiéramos dar marcha atrás en el tiempo! Dormirnos y

despertar hace un mes, como en esa historia que publicó su amigo el escritor, señorita Levitt. Una máquina que nos llevase al pasado para evitar esta desgracia.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Dorothy activada por el chispazo que enciende la luz de las ideas.

—Evitar la desgracia, señorita, eso es lo que he dicho —repitió la señora Green.

—No, no, lo otro, lo del escritor —volvió a preguntar, ahora con más interés.

—Sí, su amigo el escritor y esa historia del hombre que viaja al pasado —repitió confusa—. Ay, señorita, no me haga caso, no digo más que tonterías.

—No, Rose, no es ninguna tontería —afirmó animada y pensativa—. ¡Wells! ¡Pero cómo no se me había ocurrido antes!

—¿Qué pretendes? ¿Pedirle prestada su máquina del tiempo? Vamos, Dothy, no seas ridícula —inquirió Candela, incrédula—. Eso sería como creer que mi vecino el mago tiene un nido de palomas en su chistera.

—¡Exacto! ¡El mago! —Dorothy se giró y chasqueó los dedos. Estaba cada vez más emocionada—. Rose, ve a acostarte; mañana tienes que preparar un almuerzo. Seremos cinco. Procura que el asado esté en su punto y saca el mejor vino que tengamos. Candela, envía un mensaje a tu vecino el mago y a su esposa. Diles que mañana están invitados a comer. Rose, a primera hora enviarás un mensaje al señor Wells para invitarlo también.

Candela y la señora Green se miraban confusas.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —preguntó la española. Dorothy la miró con una sonrisa esperanzadora.

—Si no son capaces de ver la realidad, solo nos queda la magia.

La fiesta de cumpleaños de lord William Somerset cerraba cada año la temporada de verano londinense. Su mansión, situada en pleno centro de Westminster, bullía de actividad con los preparativos. Era el gran acontecimiento. Los personajes más ilustres se darían cita en la celebración, que siempre servía de escenario para cerrar tratos, entablar acuerdos, aprobar leyes e incluso iniciar algún que otro romance que, previsiblemente, acabaría en boda.

Pasadas las cinco de la tarde comenzaron a llegar los invitados: políticos, miembros del clero, nobles influyentes y otros en decadencia a los que solo les quedaba el escaparate de los actos sociales. Y, por supuesto, numerosos pilotos pertenecientes a ese grupo denominado por la prensa como *gentlemen drivers*. Lejos de molestarles, a ellos les divertía el apelativo. Llegaron en sus vehículos, modernos motores que hacían rugir para anunciar su llegada y que dejaban estacionados en la explanada de la entrada.

La cena, servida en el comedor principal de la mansión, resultó un exceso de apariencia y deleite, un lujo desmesurado que denotaba la superioridad social de la que todos querían formar parte. Los lacayos iban y venían con bandejas rebosantes de suflés, las mejores codornices escabechadas, ostras frescas recién llegadas al puerto, asados, pescados finamente elaborados, frutas exóticas, botellas de merlot, syrah, cabernet, dulces, pasteles, pudin... Un auténtico paraíso del sentido del gusto. Tocados, sedas, alhajas, plumas, perfumes y falsedad envolvían la velada. Al término de la cena, en contra de lo que se consideraba habitual, que era que los hombres se retirasen a fumar y las mujeres a jugar a las cartas o a formar corrillos para criticar a las ausentes, el anfitrión se levantó y se dirigió a sus invitados.

—Damas y caballeros. Me permitirán que varíe un poco el transcurso de la velada. No todos los días se cumplen cincuenta años, así que me he permitido prepararles una sorpresa. Por favor, diríjense a la biblioteca. Les aseguro que no lo lamentarán.

Los comensales se miraron sorprendidos a la vez que curiosos y ligeramente emocionados. El escritor de moda Herbert Wells, que también se encontraba entre los invitados, se demoró ligeramente. Lord William aprovechó para acercarse a él.

—Espero que valga la pena, querido amigo —le advirtió divertido.

—Felipe Barahona, el Gran Sallim. Toda una promesa en el mundo de la prestidigitación. Le prometo que ni usted ni ninguno de los presentes ha visto jamás un espectáculo como el que van a presenciar.

Lord William interpretó sus palabras como un halago hacia el artista. Había sido Wells, precisamente, quien semanas antes le había dado la idea de un número de mentalismo. Algo transgresor, sorprendente y, sobre todo, entretenido. En una conversación en el Royal Automobile Club, había escuchado al lord lamentarse del tedio anual de la fiesta a la que siempre acudían las mismas damas trasnochadas, arribistas arruinados y personalidades. El escritor, que se había colado deliberadamente en la conversación, le sugirió de forma velada un cambio, un juego, un motivo para que su fiesta fuese la más recordada.

—Eso espero, amigo mío, porque ese español extravagante lleva tres días encerrado en la biblioteca. Lo ha puesto todo patas arriba y ni siquiera ha dejado entrar al servicio hasta hoy —se quejó.

Todo el mobiliario de la biblioteca había sido retirado para colocar varias filas de sillas que miraban a un improvisado escenario estratégicamente colocado al lado de la ventana. Las luces estaban apagadas intencionadamente, como parte del espectáculo. Apenas unas cuantas velas salpicadas por la sala permitían al público orientarse. Los invitados se fueron colocando ordenadamente, respetando la jerarquía.

El ambiente invitaba a una inquietud silenciosa que enseguida se instaló en el ambiente. Todos los ojos se clavaron expectantes en aquella cortina roja que nadie sabía qué escondía. Esta se abrió y ante el público apareció, de espaldas, la figura de un hombre cubierto con una elegante capa negra y una chistera. Se dio la vuelta y, sin tan siquiera hacer una reverencia de saludo, volteó la capa deslumbrando a los asistentes con un brillante forro encarnado. Una mujer vestida de fiesta apareció por uno de los extremos y lo ayudó a despojarse de la prenda. A continuación, desapareció tras la cortina. El mago se quitó la chistera y con un movimiento ágil y preciso extrajo de la misma una paloma blanca que aleteó entre sus dedos sin alzar el vuelo. Los presentes emitieron un murmullo de asombro acompañado por algunos aplausos espontáneos. A su lado, el mago tenía lo que parecía una caja tapada con un brillante paño negro. Lo retiró y dejó al descubierto una jaula de considerables dimensiones. Metió la paloma dentro y volvió a cubrirla. Con gestos exagerados, lanzó su conjuro sobre la gavia, que empezaba a moverse sola, aún cubierta con la tela. Se dirigió a ella con ademanes que formaban parte del número, la observó y luego se giró hacia el público. Retiró de nuevo el paño con cuidado y, para sorpresa de todos, la jaula se abrió por la parte superior y de ella emergió la figura de la mujer que previamente había recogido su capa. La sorpresa generalizada arrancó un sonoro aplauso. Ambos saludaron, ahora sí, con una reverencia.

Algunos criados, previamente instruidos, encendieron entonces algunas de las luces. En ese momento, el mago hizo la presentación previa al verdadero espectáculo.

—Damas y caballeros, bienvenidos a mi humilde espectáculo. Soy el Gran Sallim y ella es la bella Julia, mi esposa y ayudante. —El acento español le otorgaba un punto exótico que enriquecía

la puesta en escena—. Antes de nada, déjenme dar las gracias al anfitrión por esta oportunidad y pedirles un fuerte aplauso como regalo de cumpleaños.

El público obedeció diligente y complacido. Lord William Somerset se levantó de su asiento y agradeció el gesto. En uno de los extremos de la biblioteca, como siempre en segundo plano, Herbert Wells observaba el número, atento a cada gesto, cada movimiento, cada palabra, disimulando el nerviosismo con tragos de champán.

—¡La mente! Ah, cuán insondable es la mente humana. Nadie puede saber qué pasa por ella, por mucho que nuestros gestos parezcan revelar su actividad. Tanto es así que ni tan siquiera nosotros mismos somos conscientes de lo que esconden nuestros preciados cráneos. ¿Les gustaría saber qué piensan los demás? Usted, el señor del bigote tan elegante, ¿le gustaría saber qué pasa por la bonita cabeza de la joven tan atractiva que tiene al lado? —El joven al que se dirigía, un efebo amanerado que acompañaba a una muchacha rubia demasiado llamativa, miró de soslayo a uno de los *gentlemen drivers* que tenía a su lado y sonrió.

El Gran Sallim ya había sembrado la expectación con su prólogo. Leer la mente de los demás, saber qué piensan, el morbo de cualquier mortal.

—Voy a necesitar a cinco de ustedes para que me ayuden.

Varias manos se alzaron con la esperanza de que sus dueños fuesen los elegidos para participar en tan fascinante experimento. Mientras hablaba, el mago se desprendió del estiloso frac con el que siempre se presentaba en sus espectáculos y se quedó en mangas de camisa. Así tendría más movilidad. Otro elemento que enriquecía la representación. Julia, diligente, apareció para hacerse cargo de la prenda. El mentalista oteó el grupo de cabezas y les fue nombrando uno a uno:

—Usted, el señor serio del extremo. —Señaló a Selwyn Edge, invitado de última hora. Este se puso en pie. El mago desvió la vista hacia otro punto—. El caballero aguerrido y varonil que está al lado de mi amigo del bigote. —Uno de los *gentlemen drivers* se levantó igualmente un poco incómodo—. La señorita estilosa de allí. —Se refería ahora a la rubia que acompañaba al petimetre afeminado y a la que desde el inicio de la velada todos habían identificado como la nueva amante de lord William. Se centró entonces en la primera fila—. Lady Somerset, ¿sería tan amable de participar en este juego? —La mujer se ruborizó, pero accedió a su petición—. Por último —buscó con la vista a la persona que tenía previamente seleccionada—, usted, el señor que está a su lado. —El elegido fue Robert Anderson, el jefe de Scotland Yard, personaje indispensable en la ciudad al que todos procuraban tener contento.

Las cinco figuras se erigían como postes en mitad de un campo yermo mientras esperaban las instrucciones del mago.

—Ahora, queridos amigos —se dirigió directamente a ellos—, ya que estamos en una biblioteca, utilicemos la literatura. Bien es sabido que los escritores suelen volcar sus peores instintos y sus ardientes pasiones en sus obras, ¿no es así, amigo mío? —Y se dirigió a H. G.

Wells, que observaba discretamente desde el fondo de la sala. Al verse observado por todos, alzó la copa a modo de saludo. El mago continuó—: Quiero que se acerquen a las estanterías y elijan un libro al azar, el que sea, no se detengan a mirar el título. Simplemente alcen la mano y cojan uno cualquiera.

Los cinco seleccionados salieron de entre el público y cada uno de ellos cogió un volumen. El Gran Sallim les invitó a volver a sus asientos.

—¿Ya tiene cada uno su libro? Bien. Usted, el señor serio. —Edge se esforzaba por esbozar un remedo de sonrisa—. Díganos el título de su libro.

Selwyn obedeció. Miró la portada y lo pronunció en voz alta.

—*La tempestad*, de William Shakespeare.

—¡Magnífica elección! El más grande escritor de Inglaterra —añadió solemne—. Ahora, abra su libro por una página al azar y lea la primera frase con la que tropiecen sus ojos.

—«El infierno está vacío, todos los demonios están aquí.»

El silencio que gobernaba la sala hizo que su voz y el mensaje sonasen sensiblemente tenebrosos.

—¡Vaya, parece que hemos empezado con fuerza! —añadió el Gran Sallim—. Pero no se apuren, no todos los demonios han sido desahuciados... aún. —Todos rieron el comentario—. Señorita, ¿es tan amable de imitar al caballero y compartir su elección con nosotros? —Era el turno de la presunta amante de lord William, que la miraba receloso.

—Mi obra es *Frankenstein*, de Mary Shelley —anunció risueña y satisfecha por el fugaz protagonismo.

—El monstruo, moderno Prometeo. Buena elección también, señorita, muy apropiado. Su frase, por favor —la invitó.

—«Era el autor de males irremediables, y vivía bajo el constante terror de que el monstruo que había creado cometiera otra nueva maldad.» —La mujer leyó con torpeza, lo que no evitó que se colase en la sala un atisbo de desconcierto.

Wells observaba el espectáculo desde su posición. De momento, todo transcurría sin incidentes. El público estaba entregado y el mago había conseguido captar toda su atención. Era lo que les interesaba; el más mínimo fallo daría al traste con el plan.

—Caballero, su turno —le indicó al *gentleman driver*.

—*Confesiones de un fumador de opio*, de Thomas de Quincey. —Algunos de los asistentes dejaron escapar una leve risilla. Sabían que, en este caso, la mente sí que le había jugado una mala pasada—. «Madrastra de corazón de piedra, tú que escuchaste los suspiros de los huérfanos y bebiste las lágrimas de los niños, finalmente fui despedido de ti.»

El alboroto fue generalizado. Los mensajes no eran, precisamente, fragmentos de novelas

románticas o libros de historia en los que se vanagloriaban las gestas del pueblo británico. Parecía que el mentalista tenía realmente un don.

—Calma, señores, esto es solo parte de un juego. Pronto descubriremos cuál es su fin. —El mago intentó calmar los ánimos. No le costó demasiado, pues todos esperaban ansiosos el desenlace del espectáculo—. Lady Somerset, por favor, si es tan amable.

—Mi libro es... —La mujer estaba realmente compungida. Nunca hubiera imaginado que en su biblioteca se almacenasen tal cantidad de frases indecentes. Pero no quería estropear la fiesta a su marido, que cada vez se mostraba más inquieto—. *El matrimonio del cielo y del infierno*, de William Blake. —Se escucharon un par de risas contenidas—. Y la frase: «Las prisiones están construidas con piedras de la Ley, los burdeles con piedras de la Religión».

Nadie se atrevió a emitir el más mínimo suspiro, pues entre los asistentes se hallaba el obispo de Canterbury, que jamás se perdía un jolgorio y mucho menos una buena comilona. El mago se percató de la incomodidad y dio paso al último colaborador.

—Caballero, por favor, si es tan amable.

Robert Anderson, el jefe de Scotland Yard, un hombre de avanzada edad, con prominente calva, cabello nevado y gesto bonachón, parecía disfrutar del espectáculo. Pensó incluso que quizá aquel hombre podría serle útil en sus investigaciones. Se levantó e imitó a los otros cuatro.

—Mi libro es *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells. —Todos miraron al autor, que seguía en su posición, y emitieron un tímido aplauso—. Y mi frase: «Usted no puede moverse de ninguna manera en el tiempo, no puede huir del momento presente». ¡Vaya, tengo la sensación de estar deteniendo a alguien! —dijo con gracia y el público le siguió la broma; todos menos lord William, que a cada instante parecía más angustiado.

—Muchas gracias a los cinco —añadió el mago—. Pueden sentarse, pero guarden sus respectivos libros en el regazo, voy a necesitar su ayuda una vez más. —Entonces se dirigió al público en general—. Nuestras mentes hablan por nosotros. Estas cinco personas parece que hayan elegido al azar, pero lo cierto es que han sido sus mentes, su subconsciente, lo que ha hecho que elijan ese libro y esa frase en concreto. Pero ¿qué nos han querido decir? Observemos el mensaje completo: «El infierno está vacío, todos los demonios están aquí. Era el autor de males irremediables, y vivía bajo el constante terror de que el monstruo que había creado cometiera otra nueva maldad. Madrastra de corazón de piedra, tú que escuchaste los suspiros de los huérfanos y bebiste las lágrimas de los niños, finalmente fui despedido de ti. Las prisiones están construidas con piedras de la Ley, los burdeles con piedras de la Religión. Usted no puede moverse de ninguna manera en el tiempo, no puede huir del momento presente».

»¿A quién se están refiriendo ustedes con sus mensajes? —preguntó—. Quizá a alguien a quien conocen, quizá a alguno de los presentes. Estoy seguro de que están deseosos de saber quién es el destinatario de ese mensaje. Enseguida lo descubriremos.

El mago exageraba sus movimientos y sus palabras con el fin de mantener la atención del público.

—Ayudantes, por favor, abran de nuevo sus libros por la página que han leído, si son tan amables.

Los cinco partícipes cogieron sus libros. Para su sorpresa, en cada una de las páginas encontraron algo que no estaba allí antes. Unas fotos extrañas que, en principio no supieron interpretar. Las sacaron para observarlas mejor. En ellas, un perverso lord William aparecía en compañía de algunos niños en situación no muy decorosa. Las fotos que Candela conocía estaban ahora a la vista de todos, incluido el jefe de Scotland Yard. El estallido de un par de copas al caer dio paso al asombro. El morbo hizo que todos inclinasen sus cuellos hacia las fotos que sujetaban los ayudantes del mago. Lady Somerset no pudo soportar la imagen y se desmayó; un par de doncellas acudieron con un frasco de sales a asistirle.

Robert Anderson, el jefe de Scotland Yard, intentó poner orden. Como pudo, reunió todas las fotos y abandonó la casa. Al instante, regresó acompañado de un par de agentes que flanquearon al lord. La voz de Anderson tronó solemne:

—En nombre de su alteza real, queda usted detenido, lord William —le dijo flemático.

—¡Esto es una patraña, un truco infame de ese maldito amigo de las feministas! —bramó dirigiéndose a H. G. Wells—. ¡Pagaré por esto, escritorcillo del demonio! ¡Nadie leerá nunca más sus obras, caerá en el olvido, se lo aseguro! ¡Está acabado, su carrera está muerta!

Lord William pataleaba y se revolvía mientras los dos agentes le ponían las esposas. El alboroto avivó la situación. Los invitados se miraban incrédulos. Enseguida empezaron las murmuraciones, las opiniones gratuitas lanzadas al aire. La noticia sería la comidilla de la alta sociedad londinense durante años. Un miembro del Parlamento, de noble cuna y mejor posición, entregado a aquellos vicios inmundos.

Lady Somerset sufrió tal conmoción que permanecería en cama durante casi tres meses, aunque sería más la vergüenza que el malestar lo que la enclaustraría en su domicilio. Los chismes y estigmas sociales estaban servidos.

Los invitados fueron abandonando la casa llevándose con ellos el murmullo del escándalo. En la explanada de la entrada, ya con la casa prácticamente vacía, Herbert Wells y el mago hablaron por primera vez en toda la noche. El jefe Anderson se acercó a ellos e interrumpió la conversación.

—Señor Baraho... señor Sallim, mañana a primera hora espero verlo en Scotland Yard. Tiene mucho que explicar, sobre todo el origen de esas fotos —dijo el jefe de policía con firmeza.

—Descuide, comisario, allí estaré. Todo quedará aclarado. —El mago se mostró solícito y colaborador. Él era el primer interesado en esclarecer todo el asunto—. Veo que sus hombres ya se retiran, ¿han inspeccionado toda la casa? ¿No han encontrado a nadie dentro?

El mago y el escritor estaban aturcidos. Habían conseguido desenmascarar a lord William, pero Kiran seguía desaparecido.

—¿Y a quién íbamos a encontrar? Están los criados y lady Somerset. Además, es un asunto policial. Pero sí, ya hemos terminado.

En ese momento, por una esquina de la mansión, apareció una bola peluda que se acercaba a toda velocidad emitiendo un ladrido agudo y casi desesperado. Uno de los agentes iba tras él intentando darle caza. Cuando llegó a la altura de los tres hombres, se detuvo, aunque sin dejar de ladrar y de moverse nervioso.

—¡Eh, yo te conozco! —Sallim trató de coger a Dodo en brazos, pero este se revolvió hasta zafarse de su abrazo.

—¿Es el pomerano de la señorita Levitt? —preguntó Wells casi retórico. El mago asintió.

El policía que había protagonizado la persecución se dispuso a atraparlo. Ya habían tenido bastante trabajo por esa noche; era tarde y no tenía ganas de corretear detrás de un perro perdido. Pero Robert Anderson no le quitaba ojo al animal, que iba y venía de su posición a la entrada de la casa.

—¡Espere! —ordenó al agente—. Tengo curiosidad. Los perros son animales muy inteligentes y tienen un olfato diez veces superior al de los humanos. Sé que hay cuerpos de policía que utilizan perros para seguir rastros. Veamos qué quiere nuestro amiguito.

El jefe ordenó al agente y a otro compañero que fuesen con él. El animal les condujo al interior de la mansión.

Wells y el mago Sallim fumaban inquietos. Ninguno se atrevió a hacer un comentario sobre el supuesto instinto de Dodo. Resultaba absurdo que un perro pudiese encontrar... No, de ninguna

manera. Seguro que era una falsa alarma, algún animal muerto que habría cazado o un hueso apetitoso que habría enterrado. Los animales son imprevisibles, pensó Wells, no se podía confiar en su instinto, si es que lo tenían.

Tres cigarrillos y cien suspiros después, el comisario Anderson salió de la casa. Lo seguía Dodo, que no dejaba de revolotear a su alrededor. Wells reclamó la atención del mago con un codazo. Se encaminaron prestos hacia la puerta. Sus miradas impacientes interrogaron al policía. No necesitaron respuesta. En ese momento, emergieron por la puerta los otros dos agentes, cada uno con un niño en brazos. Los pequeños los abrazaban y resguardaban la cabeza entre sus cuellos. En un principio no pudieron distinguir sus rostros. Solo cuando Dodo empezó de nuevo a ladrar, el mago reconoció claramente el rostro asustado de Kiran, que buscaba al animal, el único ser reconocible en mitad de tanto desconcierto. Cuando Barahona lo miró, el pequeño se lanzó a él y rompió a llorar. El mago lo abrazó con fuerza. La otra niña, un poco más pequeña que Kiran, miraba a todas partes confusa y atemorizada.

El mayordomo acudió a ellos con una bandeja llena de dulces y un par de vasos de leche para los niños. Él los había conducido por la dirección que les había marcado el perro y había abierto las puertas que el animal les había ido indicando hasta llegar al sótano, donde ni siquiera el servicio entraba nunca por mandato expreso de lord William. Tuvieron que forzar la puerta.

Los pequeños engulleron el refrigerio mientras jugueteaban con Dodo, que no paraba de saltar y lamerles las manos y la cara.

—Cuando acaben, llévenlos a la comisaria y llamen al director del orfanato —ordenó Anderson a sus hombres.

—¿Qué van a hacer con ellos? —preguntó Wells preocupado.

—Nadie ha denunciado su desaparición, así que, si no se localiza a las familias, quedarán ingresados en una institución gubernamental para huérfanos.

El mago y el escritor se miraron. Entendieron cuál era el siguiente paso.

—Yo conozco a la familia del chico —respondió H. G. Wells—. Si no tiene inconveniente, lo llevaré junto a los suyos.

El comisario se encogió de hombros, algo escéptico, pero accedió. La otra niña se marchó con el agente.

—Ha sido una noche indescriptible. —Desde el escándalo del Destripador, Robert Anderson no había vivido una operación policial tan intensa. El broche de oro antes de su jubilación—. Recuerden que mañana deben presentarse en Scotland Yard. Nos espera mucho papeleo y protocolo. Buenas noches, caballeros.

Kiran, agotado, se había quedado dormido en los escalones de entrada a la casa. Dodo, tumbado junto a él, guardaba su sueño. Los dos hombres contemplaron la escena, triunfantes.

—Debo irme, las chicas estarán impacientes —dijo Barahona satisfecho.

—Una historia con final feliz, como en las novelas. —Rieron con ganas, expulsando así la tensión acumulada—. Y permítame felicitarle por el espectáculo. Ha sido fascinante.

—No hubiera sido posible sin tu ayuda, Herbert. —El mago se permitió la licencia de tutearle.

Al día siguiente, tendrían que explicarle muchas cosas al jefe de la policía, pero eran hombres astutos, sabrían salir airosos del percance. Además, el riesgo había merecido la pena. Ayudar a una compatriota, hacer justicia con unos pobres niños indefensos, vengar a Dorothy por todos los ataques sufridos durante los últimos años... Cuando las dos mujeres les propusieron el plan, ninguno de los dos se lo pensó un instante.

—Tengo una curiosidad, Felipe. —Wells le autorizó el tuteo dándole el mismo tratamiento—. ¿Cómo conseguiste que los cinco eligieran el libro y el fragmento que previamente habíamos seleccionado?

—Un mago nunca revela sus trucos —respondió con un guiño.

—No me malinterpretes. Siento curiosidad, quizá te convierta en un personaje en alguno de mis libros —intentó seducirlo.

—Permíteme, querido amigo, citar a uno de los mayores escritores del mundo, salvando las distancias, claro está: «Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son».

El escritor se limitó a sonreír. Nunca conseguiría que el mago le desvelase su secreto. Era magia y en la magia no había lugar para la lógica. Le apretó la mano con fuerza y el gesto engarzó una complicidad que con el tiempo daría paso a la amistad.

El apartamento de Dorothy en Portman Mansions se había convertido en el centro neurálgico de toda la operación. Allí las tres mujeres esperaban con desasosiego el desenlace. Eran conscientes de que había muchas probabilidades de que todo saliera mal, pero el optimismo podía más y se aferraban a la esperanza, la única que permanecía intacta en aquella caja de Pandora en la que se habían convertido sus vidas en las últimas semanas.

Pasadas las tres de la mañana sonó el timbre. Dorothy y Candela se pusieron en pie, dispuestas a acudir a la entrada. La señora Green emitió un grito que no supieron interpretar. No les dio tiempo a comprobarlo. Por el pasillo, Dodo empezó a correr hacia su dueña. A su lado, venía Kiran, a la misma velocidad; se abalanzó sobre Candela, que lo envolvió en un abrazo magnético y le cubrió de besos la carita, que se le hizo pequeña para tanto amor. Lloraba y reía desconsolada y nerviosa.

—¡Dodo me ha encontrado! Es el perro más listo del mundo —exclamó el niño cuando pudo separarse unos centímetros.

—Sí, cariño, es muy listo. Y tú eres muy valiente, mi amor. —Volvió a cubrirlo de besos y

cosquillas que le hicieron reír.

El estigma quedaría para siempre en lo más hondo de Kiran, pero el amor de Candela y de todos los que lo querían conseguiría que permaneciese dormido en el desván de los sentimientos inútiles.

Dorothy se acercó al mago.

—¿Dónde está el señor Wells? ¿No le ha acompañado?

—Se ha marchado a descansar. Mañana nos espera un día duro. El comisario tiene muchas preguntas que hacernos. Quizá tengas que ir tú también, Candela —le dijo a su paisana—. Tendré que contarle cómo conseguí las fotos.

En ese momento, la señora Green se llevaba a Kiran para darle un buen baño antes de meterlo en la cama.

—Lo que haga falta, Felipe. Estamos en deuda contigo. —Se dieron un par de besos cariñosos en las mejillas.

El mago se despidió. Su esposa Julia se había retirado en cuanto empezó el alboroto. Debía cuidar de María, su hija pequeña, a la que habían dejado con una vecina. Seguramente ella también lo esperaba impaciente.

Ya más tranquilas, brindaron con una copa de jerez. La ocasión lo merecía. Dorothy, aunque contenta por cómo se habían sucedido los acontecimientos, seguía con el corazón encogido. Mohinder aún estaba en prisión y no parecía probable que fuera a salir en breve. Candela, consciente del abatimiento de su amiga, intentó consolarla con una caricia. Pero ardía en deseos de estar con su pequeño. Lo había perdido una vez y se había prometido a sí misma que no volverían a separarse jamás.

No tenía sentido que Candela y Kiran siguieran viviendo en el diminuto cuartucho que la española tenía alquilado en el Strand, de modo que se decidió que se instalaran en casa de Dorothy. A partir de entonces, la educación del pequeño fue el eje sobre el cual giraron sus vidas. Candela no vivía para otra cosa que no fuera la formación del que se había convertido en su hijo adoptivo. No le costó realizar las gestiones para iniciar el proceso de adopción. Claro que en ello tuvo mucho que ver Robert Anderson, el jefe de Scotland Yard. La colaboración de ella en la investigación del secuestro y de las fotos fue vital para esclarecer el asunto; aunque el hecho de que Candela hubiera coincidido con el comisario y su amante en alguna fiesta vespertina de algún que otro club privado de Londres también ayudó. Solo necesitó arquear los ojos al mirarlo para que Anderson allanase el camino del procedimiento. En poco más de tres semanas, Kiran pasó a ser Kiran Ríos, nombre exótico donde los hubiera. Candela abandonó la vida pública. En aquellos años había ahorrado dinero suficiente como para vivir cómodamente. Lord William Somerset siempre había sido un hombre espléndido con ella y, aparte del dinero que le había aportado, estaban las joyas y los regalos, a los que siempre podría recurrir en caso de necesidad.

Mientras madre e hijo disfrutaban de su recién estrenada familia, Dorothy pasaba el día entre cartas, instancias, peticiones y súplicas a todos sus conocidos. Había emprendido una batalla por sacar a Mohinder de la cárcel. Recurrió a todos sus contactos. Robert Anderson fue el primero, pero, como era de esperar, este no pudo hacer nada. Mohinder había sido atrapado infraganti dentro de una propiedad privada y manipulando la caja fuerte. Era culpable y tendría que asumirlo tarde o temprano. De nada sirvieron las explicaciones, los motivos que habían llevado a su amado a actuar de tal forma. La ley era clara y el comisario no era quién para quebrantarla.

También se comió su orgullo y recurrió a Selwyn Edge, a pesar de su promesa de no volver a verlo nunca más. Le suplicó, casi se humilló, pero su todavía jefe apenas si le prestó atención. Estaba dolido y aquella era su particular venganza.

La última baza fue acudir a lo más alto. Escribió directamente a la reina Alejandra, con la esperanza de que, recordando los viejos tiempos, mostrase algo de compasión. Le abrió su corazón doliente y volcó en la misiva todos sus desvelos. No tenía ninguna garantía de recibir una respuesta, pero, para su sorpresa, esta llegó un par de semanas después, aunque no con el mensaje que ella hubiera deseado. La reina le enviaba su comprensión y lamentaba lo sucedido. Se había

interesado por el asunto, por eso había tardado en responderle, pero lamentablemente no podía hacer nada, pues los hechos eran palmarios.

Harta de abrir sobres que escupían excusas y negativas, los arrugó y los lanzó a la chimenea. La señora Green entró entonces con una última carta. Dorothy la abrió con desgana, pero la expresión de su rostro cambió ligeramente cuando leyó el remitente.

Ethel King la invitaba a participar en la carrera inaugural de aquel año en Brooklands. Según su mensaje, se había encargado personalmente de que la inscripción fuera abierta, que hombres y mujeres pudiesen participar a partir de ese año. El «despiste» del año anterior había sido un error que a punto estuvo de costarle muy caro. Afortunadamente, el asunto de la explosión había quedado en el olvido. Ethel se encargó de hacer unas declaraciones a la prensa en las que explicaba cómo un terrible accidente con unos depósitos de combustible había provocado la detonación. Así fue como quedó zanjado el tema.

Dorothy releyó la carta una vez más y reflexionó sobre la situación. Sabía que ese año tenía que cumplir los compromisos adquiridos con Napier, pero no tenía ni el ánimo ni la fuerza suficientes para afrontarlos. Cada vez se fatigaba más, le costaba una odisea realizar cualquier esfuerzo. Quizá aquella carrera le diese el empuje necesario para afrontar el último tramo de su trayectoria personal. Según le contaba Ethel, ya se habían inscrito un buen número de mujeres: inglesas, francesas, americanas... De todas partes.

El duendecillo competidor, al que había relegado en los últimos tiempos, se rebeló y exigió la atención negada. Estaba aburrido y necesitaba un poco de emoción. Era el momento de recalentar motores.

Un espacio dedicado únicamente a la velocidad, donde poner a prueba los modelos de todas las marcas, un circuito cerrado y permanente en el que dar rienda suelta a los récords. El sueño de cualquier enamorado de la automoción. Todo era muy diferente al año anterior, cuando apenas unos pocos participantes y escaso público habían acudido a la inauguración. En esta ocasión, las gradas bullían de gente, los periodistas, algunos llegados incluso del otro lado del mar, revoloteaban entre los coches, hacían fotos, entrevistaban a los pilotos, sobre todo a las mujeres, grandes protagonistas del evento. Allí se encontraban las más insignes del momento: Bertha Benz, que a sus sesenta años aún seguía conduciendo y compitiendo con su propio vehículo; la duquesa de Uzès y su perenne elegancia; Camille du Gast, cómo no, que saludó a Dorothy con el cariño que la caracterizaba. Y Florence Lawrence, una bella canadiense de infinitos rizos rubios, actriz de Hollywood, según supo después, que había ideado un ingenioso sistema para indicar la dirección a tomar en los cruces de vías.

Viendo a todas aquellas mujeres moverse en aquel entorno de forma tan natural, Dorothy sintió

una satisfacción confusa y desconocida. El mundo avanzaba sin distinción de sexos.

Tras el encarcelamiento de Mohinder, ella no había querido contratar a ningún otro mecánico. Tenía los conocimientos suficientes como para poner a punto su coche sin ayuda. Repasó, casi por inercia, cada pieza, el equipo, las herramientas. Solo se extrañó cuando al abrir el compartimento de debajo del asiento descubrió que el Colt que siempre la acompañaba no estaba. Su instinto la llevó a pensar que Mohinder lo había cogido cuando planeó el fatídico intento de rescate. El recuerdo de su amor hizo que su corazón se saltara un latido, pero no quería pensar en eso ahora.

Ethel King, aunque nunca participaba en las carreras, también amaba la velocidad y el motor. Así, fue ella quien realizó la vuelta de honor al circuito antes de la competición. Mientras los participantes se situaban en la parrilla de salida, completó el recorrido a una velocidad moderada, suficiente para que los periodistas y fotógrafos pudieran registrar la crónica de una jornada histórica. Era evidente que aquel día las protagonistas eran las mujeres. Por primera vez, ellas ocupaban el lugar reclamado en un mundo reservado únicamente al sexo masculino.

La carrera comenzó como muchas otras: acelerones, posicionamientos favorables, rehúses y rugir de cilindros y bielas. Dorothy permanecía tranquila. Su alma había evolucionado de la competitividad al disfrute. Al pasar por una de las gradas, distinguió fugazmente a un grupo de mujeres que vestían de blanco y la animaban efusivas y entregadas. Eran las sufragistas, todas aquellas compañeras con las que había compartido tardes de debates, discusiones y sueños de cambio. No habían querido perderse el acontecimiento y habían acudido al evento en grupo desde Londres. Torpemente alzó la mano para saludarlas. Ellas le correspondieron con gritos de aliento.

Por inercia, Dorothy había cogido la polvera del compartimento de debajo del asiento, aunque en esta ocasión no la utilizó para superar a sus adversarios. Miró el espejo y observó en él a todas esas mujeres, jóvenes, valientes, aguerridas, intrépidas, que se acercaban a ella, que la adelantaban, que superaban sus marcas, que recorrían el camino allanado por ella y por otras pocas que se habían atrevido a esquivar los baches y escollos que los hombres les habían puesto delante. El reflejo le mostraba el pasado, el suyo; las dificultades, la improvisación, el rechazo, la superación. El futuro estaba delante, sobrepasando su posición. Adelantando su época. Encaminado hacia la igualdad. Cerró la polvera y la lanzó al asiento del copiloto. En ella quedaron atrapados los malos momentos y los recuerdos amargos. Ahora se sentía capaz de elegir cuándo recordarlos o, por el contrario, dejarlos atrapados allí. Relajó el cuerpo y dejó que aquellas chicas vivieran su sueño, uno que ella ya había disfrutado, o sufrido, durante los últimos seis años. Disfrutó de la carrera como si fuera la primera vez; con serenidad, con sosiego, con quietud, con paz. En una de las rectas, sintiéndose levitar, miró al cielo. Una avioneta sobrevolaba el circuito. El corazón le dio un vuelco. Había dominado la tierra y los mares, quizá era hora de probar el tercer elemento. El camino estaba abierto, despejado para todas las jóvenes, presentes y

ausentes, dispuestas a reclamar su identidad. Había cumplido una misión y, ajena a la historia, se había convertido en una leyenda.

La campanilla impertinente avisó a la dependienta de Hatchards, la librería más conocida de Piccadilly y de Londres, que amontonaba cajas y colocaba volúmenes en las avejentadas estanterías. Al girarse, la reconoció al instante. La saludó con una gran sonrisa. Llevaba días viendo aquel rostro a diario y había tenido el privilegio de ser una de sus primeras lectoras. A pesar de la evidente notoriedad, la mujer prefirió presentarse.

—Buenos días, soy Dorothy.

—Sí, señorita Levitt, ya tengo preparado su paquete —le dijo la joven de pelo castaño y ojos chispeantes al tiempo que sacaba un volumen envuelto delicadamente en papel de estraza atado con un fino cordel—. Si me lo permite, me gustaría felicitarla. Su libro ha sido para mí una auténtica revelación. Y... —se acercó a ella cómplice— he decidido ahorrar para comprarme mi propio coche.

Dorothy aceptó el cumplido con cortesía, pero sin gran emoción. En otras circunstancias, quizá hubiera conversado con la chica, incluso le hubiera dado algún consejo para el futuro. Pero su espíritu se había ralentizado, al igual que su corazón, y ahora parecía circular en punto muerto. Le dio las gracias y le regaló una tímida sonrisa.

Salió del establecimiento levemente complacida. Subió a su De Dion y dejó el paquete en el asiento del copiloto.

El edificio relativamente moderno de la prisión de Wandsworth se ubicaba al suroeste de la ciudad, en el margen derecho del Támesis. Una explanada acogía la puerta regia, flanqueada por dos torretas. Continuaba la construcción con gruesos muros que remataban el conjunto en otras dos atalayas aún más grandiosas. La fachada resultaba inquietante, acorde con las culpas o actuaciones que allí expiaban sus moradores.

Un guardia dormitaba en la garita de la entrada. Al verla aparecer, se enderezó como pudo. No era habitual que mujeres tan elegantes visitasen a ninguno de los reclusos. Por eso el funcionario dudó unos instantes. Sus modales estaban bastante oxidados, acostumbrado a tratar con gentuza del peor pelaje. Las normas de la prisión lo obligaban a pedirle que dejase allí todos sus objetos personales. A ella le fastidió, pero no dijo nada.

Otro funcionario la acompañó hasta la zona de visitas. Atravesaron un corredor que daba

acceso a una de las galerías, la de los presos comunes. Si el exterior del edificio era intimidatorio, el interior resultaba escalofriante. Más que su apariencia, lo que lo hacía verdaderamente sobrecogedor eran los sonidos, las voces, que parecían revolotear como gemidos de almas en pena. Gritos de angustia acallados por golpes en los barrotes, maldiciones e improperios que, de normal, ella no escuchaba en su día a día, cerrojos atrancándose, un chasquear rítmico de látigos, risas siniestras. El desvalido corazón de Dorothy se encogió, tiritando, y se escondió en lo más recóndito de su ser. En un gesto inconsciente, se ajustó el pañuelo que llevaba al cuello.

Una mesa con una silla a cada lado era todo el mobiliario que había en la sala de visitas. La mayoría de aquellos infelices nunca recibían invitados, así que la dirección de la prisión no se había molestado mucho en adecentar el lugar para los familiares o amigos. Le pidieron que esperase sentada. Ella obedeció; permaneció allí durante casi media hora. La impaciencia la estaba matando. A punto de levantarse para llamar la atención de uno de los funcionarios, vio aparecer a Mohinder tras los barrotes, esposado y custodiado por un agente. Su sonrisa inconfundible no lo había abandonado, ni siquiera en aquellas circunstancias. Ella, que había permanecido circunspecta todo el tiempo de espera, forzó a su vez una sonrisa tímida para corresponderle.

A empujones, el empleado público lo hizo sentar. Mohinder trastabilló hasta casi caer al suelo. Las entrañas de Dorothy se desgarraron al observar el trato que aquella mala bestia le dispensaba. De forma inconsciente, alargó sus manos hacia las de él, aún esposadas. Un golpe en los barrotes la asustó; Mohinder miró al funcionario con ira.

—¡Sin tocar! —bramó colérico.

La decepción alejó sus manos, pero no sus corazones, que volvieron a uncirse, a reconocerse, a fundirse solo con verse. Dorothy no supo cómo empezar la conversación. Fue él quien rompió el silencio.

—Cuéntame, ¿cómo está Kiran? —Su sonrisa y el tono de su voz indicaban que ya sabía que su hermano estaba a salvo.

—Estupendamente —dijo ella satisfecha de darle una buena noticia—. Candela está como loca. Lo ha adoptado y lo llena de mimos y cariño. Pero él pregunta mucho por ti, te echa de menos. Todos te echamos de menos. —Su rostro se escondió hasta encontrarse con su pecho.

—¡Eh, vamos! No quiero verte triste, sabes que no me gusta. Si Kiran y tú estáis bien, yo estoy bien. Y Candela, por supuesto. Por cierto, dale las gracias al señor Wells; según creo, tuvo mucho que ver en la detención de lord William Somerset.

—No entiendo. ¿Cómo es posible que tengas toda esa información? —le preguntó Dorothy asombrada.

Mohinder sonrió y el corazón de ella se llenó de oxígeno al comprobar que incluso en aquel

lugar sombrío su luz seguía brillando.

—Poco después de llegar yo, ingresó cierto fotógrafo pelirrojo con muy poco aguante —dijo con un guiño.

—Ten mucho cuidado, cariño. Ese hombre es peligroso —intentó advertirle.

—No temas, aquí la jerarquía es distinta. Aquí el poder lo posee el más fuerte, o el que tenga más contactos. Afortunadamente, yo me he encontrado con algún que otro conocido.

La conversación continuó con el relato de los hechos, el truco de magia, la detención del noble y la ayuda inestimable de Dodo a la hora de encontrar a Kiran. De momento y hasta que se celebrase el juicio, lord William permanecía internado en el asilo de Bedlam, aislado en un ala habilitada especialmente para él. A pesar de sus desvaríos, sus tentáculos llegaban demasiado lejos. No había conseguido librarse, pues los hechos eran evidentes y los testigos muchos, pero sí reducir la condena. Poderoso caballero es don dinero, decía Candela.

—¿Y tú? Cuéntame lo de Brooklands —le pidió él emocionado. Dorothy se sorprendió una vez más de la cantidad de información que manejaba, pero no hizo preguntas. Se limitó a relatarle la experiencia.

—Estoy muy contento por ti. Eres una leyenda, un personaje de la historia. La chica más rápida del mundo, recuérdalo. —El orgullo se dejaba ver, insolente, en los ojos de Mohinder.

—Creo que ha llegado el momento de dejarlo —murmuró ella tímidamente con las lágrimas tintineando en sus ojos. Dorothy esperaba una negativa, una frase de ánimo, un empuje. Pero no pasó nada de eso. Mohinder era consciente de su deterioro y de la fragilidad de su corazón.

—Solo son coches —sentenció—. Lo importante lo llevas dentro, esa semilla que ha hecho florecer un hermoso jardín y tú, la flor más bella de todas.

—Una flor que se marchita si no tiene quien la cuide. Una flor que ha crecido más rápido que la vida —añadió hecha ya un mar de lágrimas.

—No, vamos... Incluso las flores más exóticas crecen en circunstancias adversas. Recuerda la flor de las nieves, la rosa de Jericó o nuestra flor de loto. Son hermosas porque la adversidad ha forjado su alma. Guardan dentro de sí la belleza auténtica, la pureza reservada solo a quien consigue llegar al lugar de su floración. Tú eres una de ellas, mi flor del camino, la que perfuma el mundo.

Dorothy, inmóvil, escuchaba a Mohinder; sentía su amor desbordar la estancia, derramarse sobre ella. Permanecer allí dentro con un sentimiento tan puro le parecía un sacrilegio, un pecado mortal que podía condenarla a los infiernos. Él prosiguió:

—Prométeme que tu fragancia persistirá más allá del tiempo.

Dorothy solo acertó a asentir con la cabeza. Las palabras se le agolparon en la garganta y la pureza del amor immaculado y honesto cinceló sus corazones. Ya no importaban los momentos vívidos, ni el posible futuro, ni las variantes que marcarían sus destinos. Las imágenes se

diluirían, los recuerdos serían relegados al desván de la memoria, la esperanza quizá acabase por salir de la caja de la diosa. Pero la esencia, la pasión, el palpito, el éter eterno de la pureza solo se apagaría cuando exhalasen su último aliento.

—¡Se acabó el tiempo! —La voz del funcionario volvió a atronar.

Tardaron unos instantes en levantarse. Quizá aquella fuera la última vez que estuvieran juntos. Dorothy hizo un esfuerzo por apartar la idea de su cabeza. En pie, con las miradas enganchadas, demoraron el momento de separarse. Cuando el agente se disponía a llevarse a Mohinder, ella metió la mano en su abrigo; un billete de una libra que había burlado el control del guardia de la entrada captó al instante la atención del funcionario, que abrió los ojos como platos ante aquella pequeña fortuna. Así fue como compró un minuto de vida. El hombre miró de soslayo y se dio la vuelta. Ella se acercó a Mohinder y lo abrazó, se refugió en su pecho y escuchó sus latidos; quería llevarse con ella aquella melodía. Él rodeó su cabeza con las manos esposadas y la abrazó como la primera vez bajo el cedro. Sus cuerpos se estrecharon una vez más y sus corazones se fundieron en un beso eterno.

Ya no lloraba. La tristeza le resultaba un sentimiento demasiado cobarde. Sentía desasosiego, preocupación..., pero una paz indescriptible repuso su abatimiento. Sabía que estaba preparada para afrontar la pérdida de Mohinder, de la persona, pero no de su espíritu. Condujo de vuelta siguiendo de nuevo el margen del río. Al llegar a Kew Gardens, detuvo el automóvil. El jardín botánico en pleno invierno le pareció la quimera enfermiza de un sueño.

Dentro del invernadero, los nenúfares se dejaban arrastrar por la quietud del estanque. Realizó el mismo recorrido que hiciera tiempo atrás con él y buscó la flor del olvido. Apartó la maleza y esta asomó tímida, muy pequeña, escondida tras un matojo de algas. Dorothy se agachó, arrancó uno de los pétalos y se lo metió en la boca. Era tan intenso el sentimiento que habitaba en su interior que prefirió olvidar antes que desprenderse de la sensación de divinidad que la dominaba. Deseó que la flor bajara por su esófago borrando todo el mal, la vileza y la suciedad de su mundo imperfecto.

Con el paquete de la librería en la mano, buscó la pagoda. Bajo el cedro, contempló la majestuosidad del edificio. Aquella construcción se le antojó la escalera al nirvana del que Mohinder siempre le hablaba, el paraíso donde reencontrarse al final de sus vidas, donde se reencarnarían para amarse eternamente. Era uno de esos días soleados de invierno en los que el aire frío regala una caricia purificadora. El sol ya coronaba el cénit.

Abrió el paquete y contempló la portada del libro. Se vio a sí misma en aquella foto tomada poco tiempo atrás, con aquella sonrisa misteriosa, su rostro inclinado hacia el volante, la mirada en el infinito, el alma envolviendo al corazón. Tenía una misión: perfumar el mundo con la

fragancia de su libertad. Aquel libro era el frasco que contenía las primeras gotas de la esencia de la igualdad. Lo depositó junto al tronco, guardián de quién sabía cuántas historias. El árbol aceptó el regalo. Quizá aquella semilla también germinase, aunque Dorothy sabía que el fruto podría tardar años, incluso siglos, en brotar.

## Epílogo

El periodista agitaba su vaso de limonada para disolver el poso de azúcar que se resistía en el fondo. La señora Green, ama de llaves durante veinte años, lo había conducido hasta el salón. Esperaba a la mujer a quien quería entrevistar; aunque más bien era alguien cercano a la persona quien había despertado su interés. Hacía apenas un par de meses que se había topado, por casualidad, con un artículo en el *New York Herald* en el que la citaban como «la mejor deportista de todos los tiempos». Mientras aguardaba, se dedicó a observar el entorno. De la casa parecía emanar el olor del abandono. Un carillón desvencijado arrastraba los minutos y sus agujas tiraban del tiempo que parecía negarse a avanzar. Sobre los estantes, trofeos, medallas, placas de reconocimiento, premios; vestigios de una vida vibrante, merecedora de alusión. No era probable que ningún periódico español publicase la entrevista, pero valdría la pena intentarlo.

Julio Camba había vuelto a Londres por segunda vez, tras una estancia de varios meses en 1909. Lo había hecho para visitar a un viejo amigo, sin compromisos profesionales, pero aquel hallazgo no podía dejarlo pasar. Sintió la necesidad de escribir algo. Su sorpresa fue mayor cuando, al contactar con la mujer que, supuestamente, había sido «la más rápida del mundo», se encontró al otro lado del teléfono con una compatriota. Eso había facilitado las cosas.

Un joven apuesto, de unos veinticinco años, de tez morena y sonrisa magnética, apareció en la estancia. Al verlo, se acercó a saludar.

—Usted debe de ser el periodista —dijo en un casi perfecto español—. Mi madre me dijo que vendría. Tenía interés en conocerlo. Yo también soy periodista, ¿sabe? Aunque aún estoy empezando.

Los dos dialogaron e intercambiaron impresiones y experiencias. El chico parecía fascinado y no paraba de tomar notas. Camba se sintió como el sabio que instruye a su escudero en un viaje iniciático.

Candela Ríos apareció por el extremo derecho del salón. Junto a ella, un hombre de unos sesenta años, con traje de tweed a cuadros de clásico corte inglés. Su maletín de piel abultado no dejaba dudas de que se trataba de un médico.

—Es fundamental que guarde reposo —ordenó con sequedad—. Y, sobre todo, que nada ni nadie la perturbe.

—No se preocupe, doctor. Yo me encargaré de que no sea molestada —aseguró Candela—. Hoy está mucho más tranquila y eso nos alegra a todos. Confíemos en su pronta recuperación.

El médico no respondió. Miró a la mujer con cierta ternura.

—Le he dejado las dosis necesarias hasta el jueves —la informó eludiendo el comentario—. Recuerde que no debe sobrepasar la medida que le he indicado. Es importante que siga mis instrucciones.

—Descuide, conmigo puede estar tranquilo. Le acompaño hasta la puerta.

Candela y el doctor Alvany pasaron por delante del periodista. La mujer ni siquiera giró la vista hacia él. El médico tuvo la cortesía de llevarse la mano al sombrero al llegar a su altura.

Apenas unos segundos después, ella volvió al salón. Al verla, Julio se levantó para recibirla. Esta vez sí, su mirada y su atención se centraron en el hombre que llevaba ya casi media hora de espera. Julio la miró unos instantes más de la cuenta. La presencia de Candela siempre provocaba una suerte de turbación.

La mujer rozaba la cuarentena, aunque su aspecto era estilosamente juvenil. Un vestido estampado en tonos negros y crema, de corte al bias, última moda impuesta por madame Vionnet, hacía de sus movimientos un baile de elegancia. Un moderno peinado, de pelo corto y simétrico, enmarcaba un rostro que un día fue ligeramente cobrizo. Sus ojos desprendían el magnetismo irremediable del pasado, de historias no contadas, de recuerdos adheridos a una mente saturada.

El joven se levantó y recogió su libreta. Se despidió del periodista y besó a la mujer en la mejilla.

—Espero que no hayas molestado a este caballero, Kiran —le reprochó ella.

—En absoluto —dijo Camba—, hemos tenido una charla muy interesante.

—Volveré para cenar. —Se despidió de su madre y estrechó la mano del hombre—. Ha sido un placer.

El periodista se acercó y besó la mano de Candela, un acto ya cada vez más inusual en la sociedad londinense. Ella lo agradeció. Hacía tiempo que nadie tenía con ella esa deferencia. Con un leve gesto, lo invitó a sentarse de nuevo. Candela lo hizo frente a él, en el viejo silloncito de estilo victoriano tapizado en seda damasquinada.

—Déjeme agradecerles que hayan accedido a recibirme —manifestó el periodista con visible sinceridad.

—Lamentablemente, creo que yo seré su única interlocutora —se excusó ella—. Ya ha oído al doctor; la señorita Levitt no debe ser molestada bajo ningún concepto. Pero intentaré responder a todas sus preguntas en la medida de lo posible.

Él disfraczó su decepción con una incómoda sonrisa. Aprovechó el momento de desencanto para coger el minúsculo cuaderno y el lápiz que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—No importa —mintió—, seguro que usted puede contarme muchas cosas. Además, siempre es una ventaja contar con alguien que habla el mismo idioma. Sería muy incómodo tener que traducir todo. ¿Lleva usted muchos años en Londres? Su inglés es prácticamente perfecto.

Candela emborronó un gesto de disconformidad. No iba a permitir que aquel «plumilla» se desviase de su cometido.

—Señor Camba —le interrumpió—, si lo que pretende es coquetear conmigo, le aconsejo que vuelva a guardar su cuaderno y regrese a su hotel. La señorita Levitt me necesita y le aseguro que el tiempo dedicado a una amiga será mucho más provechoso que transigir a sus ínfulas de donjuán.

La dulce sequedad de aquel comentario desvaneció cualquier intento de seducción, fuese o no consciente. El periodista disimuló su desconcierto con un leve tosido y se arrancó con la primera pregunta:

—Dígame, señorita Ríos, ¿cómo fueron los inicios de la señorita Levitt? ¿Cómo llegó a convertirse en un mito?

—Verá usted, señor Camba, la mitología nunca ha sido mi fuerte —aseguró ya con el gesto y la voz más relajados—. Yo no entiendo nada de dioses o seres superiores. Mi especialidad siempre han sido las personas, la gente de carne y hueso. Por eso, si me lo permite, prefiero dejar a un lado al mito y hablarle de la humanidad de Dorothy. De la piloto, la mecánica, la aviadora, la amazona. De la mujer.

Julio Camba fijó la vista en los ojos de su paisana. Aquella no iba a ser una entrevista fácil.

Al terminar, el periodista se despidió de Candela con un leve movimiento de sombrero y se dirigió a la puerta, desde donde pudo distinguir en la oscuridad las luces del coche que lo esperaba. Dos mujeres fascinantes, pensó. Dorothy Levitt por su tesón, su personalidad, sus aventuras, su lucha y por la superación y el esfuerzo por lograr una migaja de igualdad. Y Candela... No había conseguido arrancarle una palabra sobre su pasado. Tampoco sobre cómo había acabado una española de Riotinto en Londres. Pero ¿qué importaba? Aquella tarde la mujer había pasado a formar parte de su particular imaginario, de su olimpo de mujeres ideales a las que evocar en sus desvelos.

Candela cerró la puerta y trató de espantar los duendes del pasado con un parpadeo. Aquel periodista la había obligado a invocarlos y revoloteaban a su alrededor como molestos moscardones; y no parecían muy dispuestos a volver a descansar en el lecho de su corazón, ahora abierto de par en par.

En la mesita del salón, la señora Green había dejado unas tostadas y un consomé humeante. Era la que más se esforzaba, preparando con todo su amor los mejores platos para la señora. Subió la escalera con la bandeja, vadeando la espesa luz cobriza de la lámpara de petróleo. Empujó la puerta con un ligero toque del codo en el picaporte.

—¡Mira qué hora es! Ese condenado periodista me ha hecho perder toda la tarde —se quejó—. Espero que al menos escriba algo digno.

Removió con la cuchara el consomé un par de veces. Lo probó. Aún quemaba. Mientras hacía tiempo para que se enfriase, le puso otra almohada bajo la cabeza. Sus movimientos a la hora de

acomodar a su amiga eran la delicadeza en estado puro. El frágil corazón de cáscara de nuez huera de Dorothy amenazaba con quebrarse ante cualquier estremecimiento. Acarició su rostro con dulzura y se acercó para ver una de las pústulas de sarampión que le sobresalía sensiblemente junto a la ceja.

—Te he dicho que no te rasques —la regañó con ternura—. Ya sé que pica mucho, pero tendrás que aguantar.

Alargó la mano hasta la mesita de noche y cogió el frasco de alcohol de romero que había mandado preparar en la farmacia. Con el algodón en la otra mano, se giró para aplicarle el líquido en la cara. La mirada de Dorothy parecía haberse quedado enganchada en la mesita de noche.

—Es para que te pique menos —aclaró al ver su desinterés.

Pero los ojos de ella seguían allí, en aquella pequeña superficie atiborrada de medicamentos. Candela miró a la mesita y después a su amiga. Trató de adivinar sus pensamientos. Hizo un primer intento:

—No, aún no es hora del tónico. Es mejor que lo tomes justo antes de dormir —aseguró vacilante.

Dorothy seguía señalando con su mirada algo que Candela era incapaz de interpretar. Hacía meses que había perdido la capacidad de hablar; o quizá la había abandonado intencionadamente, quién sabe. Candela también miró a la mesita. Hizo un rápido repaso de los objetos: el frasco con el tónico, el hueco de la botella de alcohol de romero, un rollo de algodón, un vaso de agua, dos pañuelos pulcramente planchados, las dosis de morfina que había dejado el médico; nada que le diese una mínima pista de qué pretendía decirle su amiga. Se disponía a interrogarla de nuevo cuando vio cómo Dorothy apuntaba con su dedo. Candela la miró pasmada. Al fin había comprendido lo que quería, por qué la observaba con ojos de convincente súplica.

—No, Dothy, no... —gimió en un sollozo estrangulado.

Sabía que aquel ruego no era más que un puñetazo al aire. Siempre había sido consciente de su enfermedad y en los últimos meses había sido testigo de su deterioro. Su motor estaba desgastado, ya no controlaba la dirección, los frenos, el nivel de combustible y mucho menos la velocidad. No quería acabar su última carrera empujada por el último miembro de su equipo. Prefería atravesar la meta derrapando, aturdiendo a todos. Candela lloraba en desconsolado silencio. Un pensamiento ambiguo la invadió: quizá fuera lo mejor; para Dorothy, pero también para ellos. Intentó desechar ese pensamiento de su cabeza. Su amiga ya había alargado la mano y su dedo casi rozaba uno de los botecitos de morfina. Candela estuvo tentada de pedirle unos minutos más, contarle cosas, rememorar momentos, recordar el tiempo que habían pasado juntas. Pero ¿para qué? Sabía que todo aquello que pudiera decirle ella se lo llevaba consigo. No había secretos entre las dos. No habría escena de confesión en el lecho de muerte. Sin pensarlo, cogió uno de los frasquitos. La jeringuilla estaba en una caja metálica. Con una sola mano la abrió y colocó la

aguja, que absorbió todo el líquido. La sostuvo en alto unos instantes y trató de recordar lo que le había dicho el doctor: «Debe aplicarlo bajo la piel, jamás en las venas». Cogió el brazo de Dorothy respirando agitadamente. Buscó el cordón azul de su antebrazo y con un leve empujón la aguja entró en la arteria. No lo pensó más; apretó el dedo pulgar con fuerza y vació el contenido. Mientras la morfina iniciaba su carrera particular por el cuerpo de la piloto, esta miró a Candela. La vida se le escapaba. El amor de una amiga, una cómplice, una hermana, la inundó. Sus ojos se cerraron, poco a poco, como una flor que implosiona y retorna al capullo, al origen, a la tierra, dejando a los vivos impregnados de su esencia. Sus manos apretaron con fuerza intentando mantener unido el débil nudo que, incomprensiblemente, vincula a algunas almas; hasta que la cáscara de nuez se quebró a la vez que la mano de Dorothy se aflojó. El alma dura que había hecho de ella la mujer que fue, abandonó el cuerpo y lo dejó laxo como el de una marioneta.

Candela no se movió. Continuó horas aferrada a la mano de su amiga. Pensó que podía haberse negado, pero nadie mejor que ella conocía el sufrimiento por el que estaba pasando en los últimos meses. No salió de la habitación en toda la noche. Solo la turbia luz del alba hizo que levantase la mirada. La claridad permitió que la inquietante belleza de la muerte aflorase en el rostro de Dorothy.

Se levantó y se atusó el pelo decidida a bajar. Dorothy dejaba de ser suya; ahora pertenecía a su familia. A ella le tocaba retirarse. No sabía, ni le interesaba, qué harían sus herederos. Pensó en su compatriota, el periodista. Quizá finalmente le publicasen su entrevista en algún periódico español. Aunque por lo que sabía de su país natal, no lo veía probable.

Quizá debería dejar pasar el tiempo. Los años, o los siglos, son lo que forjan los mitos, las leyendas. Quizá algún día, dentro de más de cien años, alguien, curioseando, se topase con el nombre de Dorothy Levitt. Puede que sintiese interés y consultase en las bibliotecas. Quizá hubiese máquinas, como las que había descrito Wells en sus libros que le facilitasen al instante lo que quisiera saber. Quién sabe. El futuro era un enigma. Si ella había aprendido algo durante todos aquellos años, era que para tener un futuro digno había que actuar con responsabilidad en el presente y dejar así un pasado glorioso.

## Breve apunte de la autora.

### Componentes de vehículos inventados por mujeres

**Espejo retrovisor.** Como se cuenta en la novela, Dorothy Levitt utilizaba un pequeño espejito de mano para observar quién se acercaba por detrás. En su libro *The woman and the car*, aconseja llevar siempre uno encima. Sin embargo, fue Elmer Berger quien registró la patente en 1911.

**Pastillas de freno.** Bertha Benz es conocida por ser la primera mujer en realizar un viaje en automóvil (junto a sus hijos). Durante ese viaje se enfrentó a varios problemas, entre ellos, los frenos. A su vuelta, propuso incorporar una especie de fundas o forros de cuero en los frenos (las actuales pastillas). Pero fue su esposo, Carl Benz, quien las patentó en enero de 1886.

**Intermitentes y luces de freno.** Florence Lawrence, actriz de reconocido prestigio en la época que murió arruinada, inventó un sistema de indicadores en forma de flecha para avisar a los peatones y a otros conductores qué dirección iba a tomar. Una vez más, fue un hombre, Edgar A. Walz, quien lo patentó en 1925.

**Limpiaparabrisas.** La estadounidense Mary Anderson sí consiguió patentar, en 1904, un sistema rudimentario que limpiaba el parabrisas sin necesidad de detenerse, pero su invento no tuvo éxito entre los fabricantes de coches. Es más, los conductores y empresarios se burlaron de su mecanismo, ya que consideraban que era una distracción para el piloto. En 1964, Robert Kearns patentó el limpiaparabrisas, eso sí, mejorado.

**Calefacción para coches.** La estadounidense Margaret A. Wilcox ideó un sistema que expulsaba el aire caliente sobrante al interior del vehículo. Ella sí pudo patentar su invento.

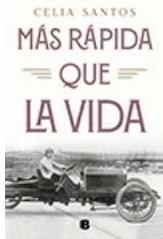
**Kevlar para los neumáticos.** La química de origen polaco Stephanie Kwolek inventó el poliparafenileno tereftalamida, más conocido como kevlar. Además de para los neumáticos, este material es utilizado en los chalecos antibalas, debido a que es cinco veces más resistente que el acero. La patente pertenece a Dunlop, empresa para la que trabajaba.

**Válvulas de camisa para el motor rotativo.** En 1902, Margaret E. Knight inventó dichas válvulas, que reducían la vibración y las fricciones. Años después continuó investigando y, ella sí, consiguió tres patentes, una incluso a título póstumo. En 1991 se prohibieron los motores rotativos.

**Líneas divisorias que separan los carriles.** June McCarroll, médico de profesión, un día tuvo que salirse de la calzada cuando un camión que venía de frente invadió su lado de la carretera. Entonces se le ocurrió que debía existir una línea que separase los carriles. Nadie secundó su idea y ella misma pintó algunos tramos peligrosos. Junto a una asociación de mujeres, emprendió una campaña hasta que consiguieron que el estado de California pintase cinco mil seiscientos kilómetros de carretera. Hoy en día es difícil imaginar una carretera sin esas marcas.

## Hay vidas que contienen toda la emoción de una gran novela.

### Londres, 1903.



**Londres, 1903.** Dorothy Levitt salta a la fama tras convertirse en la primera piloto de carreras del Reino Unido y una de las primeras del mundo. Las fotografías al volante de su automóvil ocupan la primera plana de los periódicos. En una época en la que la conducción era un asunto de hombres, la hazaña es recibida con desdén e incluso con amenazas, pues muchos temen que el ejemplo de Levitt anime a otras mujeres a aprender a conducir o, aún peor, a ser independientes.

Tras el éxito de *La maleta de Ana*, Celia Santos aborda la apasionante vida de una mujer avanzada a su tiempo que rompió con todos los prejuicios. Injustamente olvidada, Levitt inventó el espejo retrovisor, inspirándose en la polvera que utilizaba para ver quiénes la seguían en las carreras, enseñó a conducir a las aristócratas británicas de la época y se la relacionó con el movimiento sufragista.

Una traición, un amor y una gran amistad acompañarán a Dorothy a través de todos sus éxitos y difi cultades, siempre en un escenario fascinante: la Inglaterra de comienzos del siglo XX, cuando el recuerdo de la era victoriana se unía a una incipiente modernidad.

**Celia Santos** (Bergara, 1972) reside en Barcelona. Durante siete años dirigió la sección de recomendaciones literarias en Tele Taxi TV, así como la web literaria *Más que palabras*. Tras cursar estudios de narrativa en el Ateneo de Barcelona, ha escrito numerosos relatos y cuentos, en su mayoría dirigidos a un público infantil y juvenil. Su primera novela para adultos, *La maleta de Ana*, basada en la historia de las mujeres españolas que emigraron a Alemania a trabajar en los años sesenta y setenta, cultivó un gran éxito. *Más rápida que la vida* es su nueva novela, en ella narra la historia de Dorothy Levitt una mujer que rompió con todos los prejuicios de la época.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2020, Celia Santos

Autora representada por Antonia Kerrigan Agencia Literaria

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Anna Puig

Foto de portada: Heritage Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6699-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Más rápida que la vida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Breve apunte de la autora

Sobre este libro

Sobre Celia Santos

Créditos